

SI LA VIDA TE DA LIMONES
PIDE SAL Y TEQUILA.

ANNA VIBES

A falta
de un
Te amo
bueno es un
Tequila



A falta de un te amo bueno es un tequila
Si la vida te da limones pide sal y tequila

Anna Vibes

Derechos de autor © 2024 Anna Vibes

Título original: A falta de un te amo bueno es un tequila.

© Anna Vibes, 2024

ISBN: 978-99920-3-428-6

Depósito legal: AND.230-2024

Safe Creative: 2405218052427

Impresión y editorial: Editorial Batecs

editorialbatecs@gmail.com – www.editorialbatecs.com

Diseño de portada: Anahi S.

Maquetación: Gràfica de Ferro

graficadeferro@gmail.com – www.graficadeferro.com

Imágenes del interior: Canva

Corrección: Laura Socías

Aviso legal: No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos son producto de la imaginación del autor o son utilizados de manera ficticia. Algunas experiencias narradas son reales y forman parte de mi vida personal, mientras que otras son fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, acontecimientos reales o lugares es pura coincidencia.

*A Laura F., Laura V. y Elenita. Que nuestras locuras sean eternas como las palabras que están aquí
plasmadas.*

SI LA VIDA TE DA LIMONES
PIDE SAL Y TEQUILA.

ANNA VIBES



NOTA DE AUTORA

¡Hola, queridos lectores!

Estoy emocionada (y bastante nerviosa) por presentaros el primer libro de esta delirante serie *Chicas limón. A falta de un te amo, bueno es un tequila* está inspirado en algunos hechos reales, aunque debo avisar de que la trama y los personajes son fruto de mi imaginación.

Esta novela marca el inicio de un viaje que espero que compartáis conmigo, lleno de risas, alguna que otra lágrima y, por supuesto, momentos que os harán arder de deseo.

Cada libro de la serie es autoconclusivo. Podéis comenzar por cualquiera de ellos y, aun así, disfrutar de su historia. Aunque os recomiendo empezar por aquí, por el principio. Haciéndolo podréis ver cómo cada personaje crece, cómo sus historias se entrelazan y cómo los pequeños detalles, que en un principio podrían pasar desapercibidos, cobran importancia más adelante.

Al final de la novela os he preparado una sorpresa que, espero, os deje con ganas de seguir explorando esta serie que he creado con tanto cariño.

Gracias por darle una oportunidad a este libro, por permitirme compartir con vosotros estas historias que tanto significan para mí. Os invito a sumergiros en esta aventura, a reír, a llorar y, sobre todo, a amar junto a nuestras chicas limón.

Anna

A falta
de un
Te amo
bueno es un
Tequila

PRÓLOGO

*TÚ ME DEJASTE CAER,
PERO EL TEQUILA ME LEVANTÓ*



El espacio era idílico, digno de una escena de película Disney. La novia estaba en el centro de la sala, con su maravilloso vestido blanco de estilo sirena que abrazaba su figura con gracia, mientras sujetaba con fuerza el precioso ramo de lirios que representaba la pureza y la inocencia de mi prima. De él salían diferentes cintas de tono rosa pastel y cada una de las solteras que habíamos asistido a la ceremonia teníamos cogida una. Sí, porque yo, aunque llevase más de diez años con Mario, aún seguía formando parte de ese equipo. La suerte estaba echada. Empezamos a girar a su alrededor mientras sonaba el rítmico estribillo de «Single Ladies», de Beyoncé. Poco

a poco, ella, con unas tijeras y los ojos tapados, fue cortando cada una de las tiras hasta quedarse solo con una. La mía.

Mi prima, Nerea, al retirarse el vendaje y verme, vino hacia mí todo lo rápido que sus zapatos de tacón kilométrico la dejaron avanzar. Estaba eufórica, como si hubiese estado rezando que me tocara desde que decidió hacerlo de aquella manera tan original.

—¡Eres la próxima, eres la próxima! —Saltó de alegría cediéndome el ramo.

Eso parecía. ¿Sería la siguiente? Giré la cabeza con rapidez hacia mi futuro prometido. Los ojos de todos los asistentes y mi familia siguieron mi dirección y se clavaron en él, mientras Mario, sin darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor, tenía la boca llena de croquetas de jamón cinco jotas hasta el punto de casi ahogarse. Suspiré.

Mi prima, al ver mi cara de circunstancias, llamó a todos y volvió a ser el centro de atención.

Me dirigí a paso ágil hacia él con una radiante sonrisa en el rostro. Cuando por fin llegué a su altura, no reparó en mí hasta que puse el ramo delante de sus narices.

—¿Y esto?

No había que ser adivino para saber lo que significaba, aun así, decidí aclarárselo.

—Según Nerea, somos los próximos.

Mario palideció ante mi afirmación, parecía estar a punto de darle un ataque al corazón.

—Yo...

—Porque nos casaremos, ¿verdad?

Estaba harta de enviarle indirectas bastante directas mostrándole solitarios, posibles destinos para la luna de miel e incluso había numerado todas las bodas a las que habíamos asistido juntos, preguntándole con disimulo cuándo sería nuestro turno. Así que era el momento de ser clara.

—Mira, Abby... —empezó, sudando como un cerdo como si fuera de camino al matadero—. Yo te quiero, de verdad que lo hago. Somos unos amigos estupendos y hace tiempo que quería decirte esto y no encontraba el momento.

No sería capaz. Le hice un gesto de stop con la mano, me giré hacia el camarero que justo pasaba por nuestro lado y agarré una de las copas. Me la bebí de un solo trago ante la atenta mirada de Mario y la solté haciéndola estallar contra el suelo junto a mis planes de futuro programados. Así me permití un acto de rebeldía que me hizo sentir poderosa, al puro estilo Hollywood.

—Perfecto, ya puedes continuar.

—Deja de hacer el numerito, no te pega. Todos nos están observando, Abby.

—Deja tú de comportarte como un cobarde y dime lo que hace tiempo no te atreves a decir.

—Abby, no quiero formar parte de tu futuro ideal establecido. No quiero casarme, tampoco críos ni una hipoteca. Lo siento. Como amigos funcionamos a la perfección. Pero los dos sabemos que nos falta algo, esa magia de la que todo el mundo habla.

—¿Me estas dejando en la boda de mi prima?! ¿Magia? ¿De qué estás hablando, Mario? Y, ¡no!, yo no puedo ser tu amiga, ¡jamás!

—No quería decírtelo de esta manera y mucho menos en...

Volví a pararlo mientras alzaba un dedo, con un tic nervioso en el ojo, pidiéndole un minuto. Me volteé de nuevo hacia el camarero, agarré una copa otra vez. ¡Oh, Dios! ¡Lo iba a hacer! ¡Lo iba a hacer! Ante la atenta mirada de Mario, giré hacia él con una sonrisa más falsa que un billete de treinta euros, levanté el brazo por encima de su cabeza y le derramé el contenido hasta la última gota. Qué desperdicio.

—Pero... ¿te has vuelto loca?! —Parpadeaba frenéticamente, boquiabierto.

—No quiero verte en la vida.

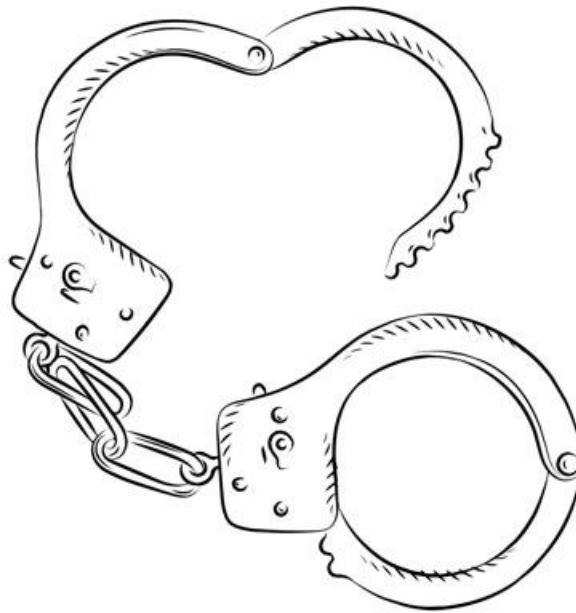
Mario se marchó empapado y con un cabreo de tres pares de narices. La gente que nos observaba se giró en el momento en el que finalizó la actuación. Resoplé.

A partir de ese momento de la noche mis recuerdos se volvieron algo borrosos. Debo admitir que el tequila me ayudó a sobrellevarlo de la mejor manera posible, porque habíamos pasado toda una vida juntos y, por mucho que me hubiese puesto una coraza, dolía. Dolía a horrores. Aunque a partir del décimo chupito mi mente se quedó en blanco. Menos por una llamada telefónica de mi hermano Luca a Andrea, una de mis mejores amigas, que fue lo último que escuché.

La mañana siguiente desperté en mi cama, con una resaca monumental, el corazón roto, mis planes de futuro programado hecho trizas y sin saber muy bien cómo había llegado hasta allí.

CAPÍTULO 1

*DONDE NUESTRA HISTORIA
TERMINA ANTES DE EMPEZAR*



Dos meses antes

Iba de copiloto, sumido en mis pensamientos, mientras aguantaba el sobre con toda la información detallada de un caso importante y misterioso que hacía unos días me habían delegado. Estaba extasiado, con el corazón martilleando mi pecho a mil por hora, fruto de la adrenalina del momento, de lo mucho que me gustaba mi trabajo. Aunque sin dejar ver ninguna muestra facial que mi equipo de misiones pudiese detectar. Esa era mi labor después de todo: mantener todo bajo control, no revelar ninguna debilidad, conservar mi mente analítica en alerta constantemente, sin demostraciones de afecto, de sentimientos y guardándolo todo en un cajón

bajo llave al que nada ni nadie pudiese acceder.

Patrullábamos por la zona de las Tres Torres, una que no solíamos frecuentar, era un barrio de clase alta dentro del distrito de Sarriá-Sant Gervasi. Ese sitio me transportaba a mi niñez, cuando vivíamos allí y mi padre me enseñaba a ir en bicicleta en la plaza de Joaquim Pena. El lugar había cambiado desde mi última visita, y yo también lo había hecho. Los recuerdos de aquellos momentos me asaltaron y los reprimí con fuerza. No podía permitirme que el pasado me asaltase en ese momento, distrayéndome.

—Jefe —susurró Manu, uno de mis mejores amigos y compañero, sacándome de mi ensoñación—, ¿sabes si durará mucho esta misión? Me aburre patrullar.

Lo sabía, a mí también me agobiaba, era más de acción, de trabajo de campo, como ellos. Manu y Ben me acompañaban, eran unos agentes del Cuerpo Nacional de Policía, a los que conocí en la comisaria y enseguida se ganaron mi lealtad, formando entre nosotros un lazo de confianza inquebrantable y un gran equipo.

—Espero que terminemos con el caso rápido.

—¿Tatuaje nuevo? —señaló Ben la parte alta de mi antebrazo que estaba cubierta por una envoltura transparente.

Asentí. No quería hablar de ello, la semana pasada hizo veinte años que había perdido a mi padre, ese fatídico día que marcó mi vida para siempre. Presenciar la angustia silenciosa de mi madre, quien lloraba sola por las noches, fue el golpe más duro al cual me tuve que enfrentar. Desde entonces un dolor sordo me atormentaba, haciéndome ver que yo sí que seguía vivo. Sin embargo, me sentía más muerto que nunca, ya que mi padre se llevó una parte de mí el día que falleció, obligándome a cerrar mi corazón al amor y a la felicidad y desviviéndome por mi madre.

Temía que, si alguien se acercaba demasiado a mí, acabase sufriendo si, al final, terminaba corriendo la misma suerte que mi padre. Acabé refugiándome en mi carrera de Criminología, donde mi mente aguda y analítica me permitía mantener el control sobre mi vida. Evité las relaciones sentimentales y me limité a unas estrictamente sexuales. Y, por el momento, me bastaba.

—Qué pibones, si no estuviese prometido...

Giré mi cabeza hacia las figuras femeninas que habían aparecido y que cruzaban en ese preciso instante la carretera.

—Como te oiga Marga... A ver si al final no hay boda —bromeó Manu.

Y entonces, como si mi alma la reconociera entre el tiempo y el espacio, mis ojos se posaron en ella. Una corriente eléctrica me recorrió el cuerpo e hizo desvanecerse todo lo que había a mi alrededor, para dejarme solo con la visión de aquella muchacha que andaba junto a sus amigas, muy feliz, por la calle.

Mi corazón, ese que guardé durante años detrás de una firme muralla, empezó a latir con una intensidad que nunca antes había sentido.

Unos instantes después nuestra mirada se encontró, nos la mantuvimos de manera intensa. Sus ojos color avellana, profundos y brillantes, me desarmaron. Su pelo ataviado en una coleta despeinada alta y esa maldita sonrisa resguardada por sus carnosos labios me quitaban el aliento. Una atracción física, animal, pasajera que debería poder esquivar. Solo pensar en lo bien que me iba la normalidad que había instaurado en mi vida y el hecho de no querer complicaciones tendría que servir.

«Mía» resonó una voz, sin pretenderlo, en mi cabeza.

—A mí me gusta la de la izquierda, esos ojazos...

Me giré y maté con la mirada a Manu.

—Estamos a lo que estamos, ¿entendido? —farfullé muerto de celos? ¿Cómo podía ser?

—Oído —respondieron los dos al unísono.

Durante las siguientes semanas continuamos con el mismo recorrido, la cosa se estaba alargando más de lo que creía. Pero, por lo menos, tenía una excusa, una coartada para verla, ya que siempre coincidíamos por allí. ¿Viviría por la zona?, ¿sería el punto de encuentro con sus amigas?, ¿cómo se llamaría? Lo importante era que la podía observar a conciencia sin ser visto.

Hasta ese día. Me la encontré saliendo de un portal del barrio de al lado, acompañada por un hombre de constitución delgada vestido con un traje de tres piezas, muy formal, del cual se despidió con un beso de película en la entrada de la que imaginaba que sería su casa. Resoplé. Ya tenía la prueba definitiva que tanto estaba esperando para sacármela de la cabeza: tenía pareja y se la veía feliz. Ahora, ya podía olvidarla.

—¿Todo bien? —preguntó Ben, que estaba a mi lado, sorprendido por mi suspiro.

Asentí con mi cabeza y, de pronto, mi teléfono pitó. Era un mensaje. Lo saqué de mi bolsillo y pude leer: «Jorge te ha añadido al grupo Despedida de soltero de Ben», y, a continuación, el móvil de Manu también vibró y entendí el porqué: también lo había agregado.

Jorge:

Tíos, queda poco y no tenemos nada organizado. Al final, ¿quién se encarga?

CAPÍTULO 2

EN MODO AVIÓN



El timbre sonaba sin descanso y no paraba de martillearme la cabeza. ¿Es que esa tortura no se detendría?

—Abby, haz el favor de abrirnos la puerta, ¡ya hace una maldita semana!

—No nos hagas utilizar la llave de repuesto.

—¿Queréis decir que está en casa?

—¡Claro que sí! —chillaron Andrea y Martina a la vez, acallando las dudas de Natalia.

No quería verlas, ni darles las explicaciones correspondientes. Me había comportado como una mala amiga y me sabía fatal.

—Te lo hemos avisado —manifestó la voz de Andrea mientras abría y se adentraban en el piso

en tromba.

—¡Qué asquerosidad! —escuché a Natalia quejarse a lo lejos.

—Es peor que una leonera —le contestó Martina, haciendo referencia al estado de mi guarida—. Chicas, tendremos mucho trabajo...

Me tapé con la sábana hasta las orejas; aunque me cociera allí dentro, no saldría ni por todo el oro del mundo.

Una vez las tres llegaron a mi habitación, se pusieron manos a la obra. Andrea corrió las cortinas de un tirón y la luz de la mañana se filtró en la estancia, mientras que Natalia retiraba la manta y Martina me pillaba de las muñecas para levantarme.

—Qué olor... ¿Se puede saber cuánto tiempo hace que no te duchas? —Me inspeccionó de arriba abajo Martina, con cara de asco—. ¿Eso marrón que tienes en el brazo es roña?

Miré el punto que decía y negué con la cabeza. No, no lo era. Era a causa de un experimento con el que me entretuve la noche anterior. Estaba creando una pomada para un centro de pieles atópicas que me había contratado y la necesitaba para dentro de unas semanas. Aunque, desde que pasó lo del innombrable, nada me salía bien: no estaba centrada, no paraba de llorar por las esquinas, era una montaña rusa de emociones que en cualquier momento me desbordarían. Y lo único que me animaba eran el helado de mango, porque odiaba el chocolate, y las películas moñas.

—Es del trabajo, el extracto líquido de la *hamamelis* se me cayó.

—Ya estamos con los nombrecitos extraños de tus plantitas... —bufó Andrea mientras abría la ventana para ventilar.

Había desistido en explicarles en qué consistía mi trabajo como fitoterapeuta, ellas seguían con la misma mentalidad: experimentos con las plantas de mi invernadero. Sin embargo, cómo corrían las tías a pedirme cosas cuando alguna de ellas se encontraba mal...

—¿Y no te lavas? Qué guarra eres —bufó Natalia empujándome hacia el baño que tenía en mi habitación—. Esto lo vamos a solucionar a la de ya, no puede ser que me ganes en visualizaciones en Instagram y tengas estas pintas. ¡Me niego!

—¿De qué hablas? —Me paré en seco mirándola extrañada sin entender nada.

—Chiqui... ¡eres la Queen de las redes! Te pediría un autógrafo si no supiera que lo estás pasando francamente mal.

Corrí hacia mi teléfono que lo tenía apagado y abandonado en el fondo del cajón de la mesita de noche para que nadie me molestara. Tardó unos segundos en encenderse y otros más en abrir la aplicación. Me habían etiquetado en un vídeo del día de la boda de mi prima y salía en primera escena, cuando le tiraba la bebida encima a un más que enfadado Mario.

Mario. Mi rostro se contrajo, dolía. Los ojos se me empezaron a empañar sin que pudiera controlarlo. ¿Por qué me había hecho eso? A raíz de lo mal que lo pasé con la separación de mis padres, siempre había idealizado el amor. No quería ser como ellos. Quería una vida llena de pasión, cariño y sinceridad. Lo que nunca obtuve de mi familia. Y ahora, después de más de una década de relación con Mario, me pasaba esto, todos mis planes se habían caído de un plumazo. Adiós boda, adiós hijos, adiós casa... Y me derrumbé de nuevo.

—Shhh... —Se acercó a mi Andrea, sentándose a mi lado de la cama—. Ya está, cariño.

—No se merece que estés así por él. —Imitó Martina a Andrea dándome ese achuchón que tanto necesitaba—. Esto se ha acabado. ¿Me oyes? Quiero verte como en el día de la boda, me gusta la Abby que mostraste. Mario no te llega ni a la suela de los zapatos, tienes que cambiar el chip.

—¡Exacto! Eres mi heroína, ¿te has visto? ¡Es una pasada! —Se puso delante de mí Natalia

con los brazos en jarras—. Que sepas que en los comentarios del vídeo lo han puesto a tono. Seguro que le han pitado mogollón los oídos.

Sorbí los mocos, eran las mejores amigas que alguien podía tener. Sabía desde siempre que Mario no era de su agrado, aun así, nunca se metieron en nuestra relación ya que decían que las decisiones eran mías y que ellas solo estarían cuando me vieran caer. Y eso era lo que me estaba pasando, estaba cayendo en un profundo abismo y ellas me tendían la mano desde la superficie mientras intentaban sacarme a flote.

—Venga, nena. Necesitas una ducha con urgencia, mientras tanto nosotras recogeremos este desastre —señaló Andrea su alrededor mientras se levantaba y me arrastraba con ella para conseguir su propósito.

—Y después... ¡nos tomaremos un par de estos! Porque, a veces, queridísima Abby, nos hace falta un poco de alcohol para desinfectar la vida de mierda que nos viene —sentenció Martina, sacando una botella de licor de dentro de su bolso con una espléndida sonrisa—. ¡Porque cuando se cierra una puerta, se abre un tequila! O ¿cómo era?

Andrea y Natalia negaron con la cabeza divertidas, dándola por imposible.

—Tenemos algo que proponerte y no te puedes negar. —Fue Natalia hacia mi armario y saco de él una prenda y me la tendió.

Miedo, cuando ellas planificaban algo era para ponerse a temblar. Aunque, por esta vez, contra todo pronóstico, había decidido que me dejaría llevar.

Hice lo que me dijeron, una vez terminé y me puse la ropa, salí en su búsqueda. La casa estaba impecable, todo estaba en su sitio y no había ni rastro de las probetas sucias que dejé en la encimera ni tampoco de las tarrinas de helados terminadas. Eran unos soles.

—Siéntate —me ordenó Natalia sacando su paleta de maquillaje del neceser que siempre llevaba con ella mientras me miraba con atención—. No está mal, pero se puede mejorar.

Consentí que sus magníficas manos hicieran magia. Al acabar, me miré en el espejo, no parecía yo. Una vez más, Natalia se había lucido dejándome perfecta.

Martina ya tenía los chupitos preparados, con el salero en la mano y unas rodajas de limón cortadas con precisión en un plato.

Nos sentamos las cuatro alrededor de la barra americana y Andrea aprovechó el momento para sacar un sobre que reconocí al instante.

—Me niego.

—No puedes.

—Ya no es válido.

—Que yo sepa, estamos solteras y ninguna ha contraído matrimonio.

Martina y Natalia asintieron a su afirmación, tenía todas las de perder. Dentro había una promesa, un juramento que hicimos con dieciséis años cuando, en plena adolescencia, vimos *Resacón en Las Vegas* y quisimos una aventura similar. Si ninguna de nosotras teníamos pareja a los treinta, haríamos una fiesta para celebrar la soltería, haciendo ver que una de nosotras se casaba para poder acceder a la juerga que se marcaban en esas despedidas. Después de unos cuantos tira y afloja que me llevaron por el camino de la amargura, cedí bastante enfadada. Sin embargo, como ellas decían, era un compromiso que firmamos con sangre y no lo podíamos romper.

—Y ahora, ¡empieza la aventura!

Todas cogimos nuestro chupito de tequila, ellas se miraban emocionadas y yo, en cambio, tenía la intuición de que este episodio terminaría mal.

—¡¡Ey!! —Nos paró Martina antes de lamernos la sal que habíamos depositado en el dorso de

nuestras manos—. ¡Este momentazo se merece un grito de guerra!

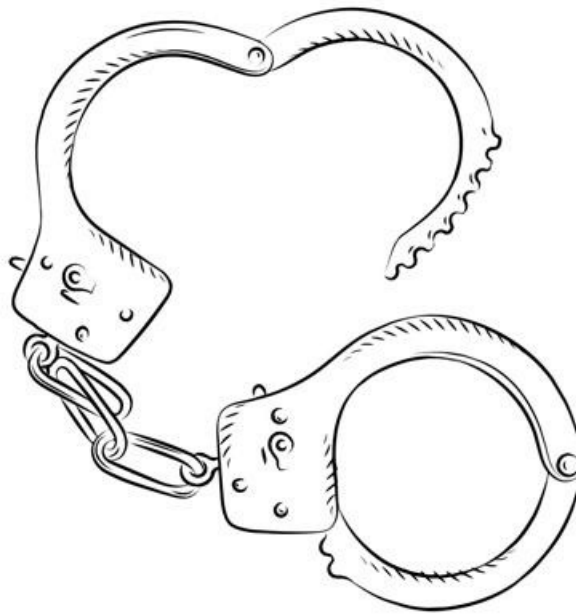
Todas la miramos expectantes.

—¡A falta de un te amo, bueno es un tequila!

Las cuatro chupamos la sal, alzamos nuestros vasitos y bebimos su contenido de un solo trago. Ardía. Justo después, mordimos el limón dando por inaugurada nuestra locura.

CAPÍTULO 3

LLEGANDO A TI



Odiaba el puente del quince de agosto. Y aún lo aborrecía más si encima me tocaba trabajar por falta de personal, doblando turno de noche y haciendo controles escondido en la carretera. Aunque lo necesitábamos, ya que debíamos encontrar de una maldita vez las pruebas del puñetero caso. Casi lo teníamos, detestaba tardar tanto y no dominar la situación. Algo se me escapaba de las manos y no lo podía tolerar. La radio no paraba con las transmisiones, llevaba así toda la noche y a las nueve y media de la mañana ya tenía la cabeza a punto de reventar. Solo media hora más y podríamos irnos, aunque el fin de semana se presentaba movidito.

Un Fiat Doblo se acercaba, sobrepasando por poco el límite de velocidad, en la entrada de la C-32.

—Jefe. ¿Lo paramos? —preguntó Ben esperando a que le diera luz verde para seguir adelante.

Asentí con la cabeza, solo les daríamos una advertencia. La calzada estaba repleta de coches y debían conducir con prudencia para disminuir el riesgo de accidentes. Parecía mentira que la gente fuera así de irresponsable.

Manu encendió las luces del vehículo como aviso y bajamos los tres del coche patrulla. En respuesta, el conductor redujo la velocidad hasta detenerse en el arcén obedeciendo nuestras indicaciones. Al ver que nos acercábamos, apagó el motor, sacó la llave de la cerradura y bajó la ventanilla.

Cuando descendí la cabeza para observar el interior me quedé helado. No esperaba verla allí, y aún menos en esas condiciones.

No podía ser. ¿Sería otra señal? De copiloto se hallaba la chica que durante meses se había colado en mis pensamientos. Mis ojos se perdieron en los suyos, como si fuera un barco atrapado en una tempestad provocando un naufragio, hundiéndome a una inseguridad que desconocía. Sin embargo, aún con las alertas asaltándome sin parar, ellos se negaban a desvincularse. Me quedé inmóvil e inexpresivo, me había descolocado por completo. Estaba al borde del colapso cuando la vi humedecerse los labios en un gesto involuntario para después esbozar una radiante sonrisa. Joder, mi bragueta cobró vida al presenciarlo. Ella parecía igual de afectada. Iba ataviada con un vestidito veraniego de flores, que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, el pelo castaño suelto y maquillada de forma sutil y natural. Estaba preciosa. La acompañaban sus amigas, esas que tantas veces había visto con ella. Y mi yo más controlador, por muy macabro que sonara y aunque supiese que no debía hacerlo, necesitaba con urgencia saber de quién se trataba.

—Buenos días, agente —dijo la conductora con voz temblorosa mientras la copiloto silenciaba la música del reproductor.

—Buenos días, sus documentaciones, por favor.

CAPÍTULO 4

NO SE HABLA DE MARIO



Contenta, enfadada, feliz, rabiosa, maravillada, disgustada, radiante, destrozada. Había pasado por todas y cada una de esas facetas. ¿Cómo podían obligarme a hacer algo que no quería? Me habían sacado a rastras del apartamento, con una maleta encima y sin saber el destino. Ciertamente el alcohol ayudaba a sobrellevarlo todo, pero para realizar aquella locura debía, por lo menos, estar igual de ebria que Martina y Natalia, que se lo pasaban bomba en la parte trasera del coche, sin parar de cantar las canciones de la *playlist* de Disney que habíamos puesto mientras se metían con nosotras.

—Me meooo... —se carcajeó Natalia dirigiéndose a una malhumorada Andrea, que conducía sin una gota de alcohol en la sangre al ser la responsable del grupo—. ¡Mira que no saber que el

DNI lo podías digitalizar! ¡Nos hubiésemos ahorrado tener que pasar por tu casa!

Entre mis reticencias a la escapada y su olvido, ya íbamos justas de tiempo para lo que habían organizado y no habían querido compartir conmigo.

—No todas sabemos tanto de la tecnología —le contestó Andrea mientras apretaba con fuerza el volante y aceleraba para no girarse y darle una torta.

—*Ni tidis sibimis tinti di li ticniligii* —se mofó de ella en respuesta.

Andrea se puso roja de la rabia y yo me reí con ganas, eso había sido divertido.

—¡¡Uau!! ¡Esta canción no podría definir mejor el momento que estás pasando, pero con un cambio de nombre! —Se acercó Martina con dificultad a la parte delantera para subir el volumen y empezó a canturrear—: *No se habla de Mario, no, no, no... ¡No se habla de Marioooo!*

—*Justo en la boda de tu prima fue...* —continuó Natalia con la performance —. *Todo estaba listo para que fueras la siguiente esa vez...*

Las miré con mala cara, no me podía creer que me hicieran esto, tenía ganas de arrancarles la cabeza. Qué malas amigas... Ignorando la advertencia de Andrea, que las fulminaba con la mirada, continuaron con la *cover* alternándose al entonar.

—*Mario, con voz misteriosa habló...*

—*¡Y terminaste con la relación!*

No pude más, me giré y empecé a darles con la mano abierta, ya estaba bien con la tontería.

—Mierda... —susurró Andrea—. ¿Podéis estar quietas? Parecéis unas niñas pequeñas. Es la policía, lo que nos faltaba.

Andrea fue disminuyendo la velocidad hasta detenerse. La música continuaba sonando por los altavoces y cuando bajó la ventanilla palideció al momento por la situación, y la silencié.

Madre mía, cómo estaba el cuerpo policial de España.

Al verlo, mi primer gesto fue de sorpresa, esa cara la había visto en algún lugar, con mi mirada clavándose en sus enormes y cautivadores ojos verdes. Amplié una de mis encantadoras sonrisas, regalándosela. Hacía tanto tiempo que no coqueteaba que me parecía estar haciendo el ridículo, ya que el hombre que se nos acercó me respondió con rostro serio. Parecía no andarse con chiquilladas y un pequeño rubor me subió a las mejillas al haber sido pillada. Disimulé desviando la mirada a los que lo acompañaban, que tampoco estaban mal, pero me decanté por el del aura de perdonavidas y lo escaneé a conciencia. Debía medir metro noventa, ¿y esa espalda? Ancha y musculada, con unos brazos acorde a su cuerpo y llenos de tatuajes. Pelo corto castaño y una boca de escándalo. Todo lo contrario a Mario, y me encantaba.

Cuando nos pidió la documentación, pfff... creí morir. Su voz era ronca, firme, interesante e incluso inquietante. No solía exagerar, pero ese hombre era impresionante. Con una energía sexual, no apta para menores, que te fulminaba las neuronas.

Esta era la nueva Abby, la que acordamos antes de salir a la aventura. ¿Pasaría algo si le pidiera el número de teléfono al terminar? Deseché la idea de mi cabeza. «Paso a paso, Abby, con tranquilidad.»

Por extraño que pareciese, Natalia y Martina se estaban comportando. Menos mal, porque la situación en la que nos encontrábamos tenía todos los números para empeorar. Les dimos nuestros DNI cuando, de golpe, de la parte trasera empezó a sonar a todo volumen:

*Otra noche
Otra luna sin tu vida
Esta loca
No te olvida*

Andrea y yo nos miramos y giramos la cabeza a la misma dirección. Natalia estaba grabando a los policías, con esa canción de Ana Bárbara que se había vuelto tan viral en TikTok. De esa sí que no nos librábamos. Ella intentó disimular mientras trataba de bloquear el teléfono. Pero fue en vano. Los tres agentes nos miraban ojipláticos, sin acabarse de creer lo que estaba sucediendo. Normal, yo tampoco lo hacía.

—Entrégue el móvil —ordenó el policía en el que me había fijado a Natalia, que no podía parar la música.

Su ronca y seca voz me estaba poniendo a cien, mi mente me jugaba malas pasadas y me lo imaginaba en todas las posturas sexuales habidas y por haber del Kama-sutra. ¿Qué me sucedía? ¿Era eso atracción sexual? Hacía décadas que no sentía algo así por nadie.

—Esto... hip... no es... hip... lo que cree —logró terminar la frase Natalia. Estaba nerviosa, el hipo la delataba, y menuda pelotera llevaba la colega.

—Entonces no tendrá ningún problema en cedérmelo.

Ella, muerta de vergüenza, terminó dándoselo. El guardia reprodujo el vídeo y sus compañeros se acercaron a él para verlo mejor. A ellos parecía hacerles gracia. Por el contrario, el tatuado estaba molesto, su rictus así lo demostraba. En menudo berenjenal nos había metido Natalia. Solo esperaba que se quedara en una broma, nos lo hicieran borrar y nos dejaran continuar nuestro camino. Pero no íbamos a tener tanta suerte.

—Esto es inaceptable —manifestó al fin—. Señorita... —miró los DNI que les habíamos entregado en busca de su nombre— Natalia, ¿sabe que lo que ha hecho es delito? —preguntó manteniendo su mirada fija en nosotras dispuesto a tomar las medidas correspondientes—. No tengo otra opción que multarles.

—¡No! —se quejó Andrea—. ¿Y si lo borramos? Le prometemos, señor agente, que no volverá a suceder.

—Dense con un canto en los dientes por que no haga soplar a la conductora. Seguro que daría positivo y la multa ascendería muchísimo más —replicó su compañero.

—Eso sin contar con la elevada velocidad en la que iban circulando —terminó él.

Todo lo que tenía de buenorro lo tenía de cabrón e insensible. Aunque, en esos casos, lo mejor sería aceptar sin refunfuñar, la cosa podía empeorar si no lo hacíamos.

—Está bien —decidí intervenir y él clavó sus profundos y claros ojos verdes en mí—. ¿Cuánto les debemos?

Después de pagar una multa considerable, nos pudimos marchar, no sin antes dejarles nuestros números de teléfonos para mantenernos en vigilancia pasiva durante unos días. ¿Hasta ese punto había llegado la maldita broma? Nos había salido muy cara, y ahora sí que sí que llegábamos tarde. También nos encontramos una cola digna del puente del quince de agosto y Andrea no tuvo otra alternativa que llamar a la organizadora del evento. Quedamos directamente allí, en el recinto, sin pasar por el hotel para hacer el *check in* y perdiendo la lanzadera que nos llevaría de un lugar a otro, un plan perfecto para olvidarnos de quién conducía a la vuelta.

Al llegar, muertas de cansancio por todo lo sucedido, aparcamos en un terreno arenoso. Bajé del interior del coche y observé lo que me rodeaba. Estábamos en un lugar al aire libre repleto de hinchables, tirolinas y muchas pruebas de resistencia.

—¿Habéis reservado para hacer un humor amarillo? —pregunté maravillada con la idea. Me encantaba la adrenalina, los retos y, sobre todo, ganar.

—Te dijimos que te gustaría. —Me guiñó un ojo con descaro Martina, ella incluso era más competitiva que yo. Menudo equipo hacíamos.

—Venga, vamos allá que nos están esperando. —Cerró Andrea con el mando el coche y nos

encaminamos hacia la recepción.

Al entrar, esperamos nuestro turno.

—Hola, teníamos una reserva al nombre de Andrea —dijo mi amiga a la encargada, ella empezó a teclear en su ordenador.

—Despedida de soltera de Abby, ¿verdad? —Era parte del plan, las muy condenadas de mis amigas decidieron por unanimidad que yo haría el papel de novia. La chica se giró hacia nosotras, y su gesto había cambiado—. Hace una hora que deberíais estar aquí.

—Llamamos a la organizadora mientras estábamos de camino para informale de todo, hemos tenido unos cuantos percances para llegar —le comunicó Andrea sin perder la paciencia.

La mujer nos dejó unos minutos allí solas, y se encaminó hacia sus compañeras para notificar nuestra situación. Nos miramos las unas a las otras con una pregunta rondándonos la cabeza. Y ahora, ¿qué pasaba?

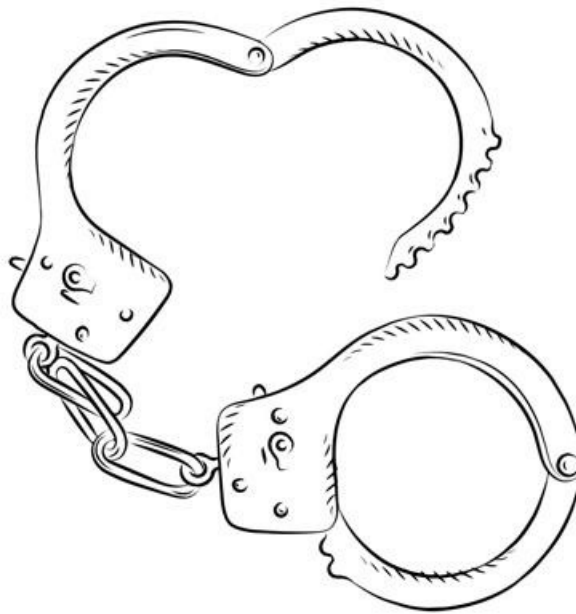
—Lo siento, chicas, vuestro turno a finalizado —nos aclaró ella volviendo a su lugar—. La única solución que hemos hallado es que os esperéis al siguiente grupo y, si ellos aceptan, compartir su actividad.

Las cuatro asentimos con determinación, lo haríamos sin ningún problema tomándonos unas cervezas bien fresquitas. La actividad se realizaría a las once de la mañana, mientras, y con los ánimos algo decaídos, nos dirigimos a la barra del restaurante donde, al finalizar todo, comeríamos una buena barbacoa.

Nos fuimos encendiendo a medida que el reloj avanzaba y no nos decían nada. Eran las once y diez y el equipo aún no había aparecido. Eso era el colmo. Cuando la paciencia ya brillaba por su ausencia, unos chicos, junto el animador, se acercaron a nosotras. No podíamos creer lo que estábamos viendo. ¿Era una broma pesada? ¿Dónde estaba la cámara oculta? ¿Qué hacían ellos allí?

CAPÍTULO 5

SIN DEJAR DE TOPARME CONTIGO



El turno se me hizo largo, pero mi encuentro con ella lo había cambiado todo, con un solo acercamiento mejoró mi día sin pretenderlo. Abigail. Por fin ponía nombre a esa mujer que me traía de cabeza, por la que estuve suspirando durante meses. No quería ir más allá de darles un aviso, sin multarlas. En cambio, cuando las vi, algo en mi interior hizo clic y no me pude resistir. Lo que había pasado normalmente no era motivo de celebración, aunque esa vez, por mucho que lo negara, sí lo fue. No entendía qué me pasaba con ella, y más sabiendo que tenía pareja, pero, por más que lo intentara, era una cosa que se escapaba de mi control, y eso no me agradaba.

Mi teléfono empezó a sonar y me distrajo por completo, lo busqué en los pantalones que había dejado tirados en una esquina del suelo mientras me cambiaba de ropa. Era la organizadora de la

despedida de Ben. Al final, habíamos optado por lo fácil. Ninguno de los tres sabíamos qué hacer para la gran fiesta y decidimos contratar a una profesional. Eso nos ahorró comeduras de cabeza y solo debimos ocuparnos de una cosa: los disfraces. Fue sencillo, optamos por unos de policía, ya que muchas de las cosas podríamos aprovechar de uniformes anteriores. Aunque, ahora, lo que estaba escuchando de su boca me irritaba.

—¿Qué pasa? —cuchicheó Manu, aprovechando que Ben había ido a la ducha.

Le pedí un segundo a mi interlocutora y tapé el micrófono con la mano.

—Un grupo de chicas ha llegado tarde al humor amarillo y nos preguntan si pueden hacerlo con nosotros.

Odiaba la gente irresponsable y que llegaba tarde a los lugares. Yo era de esos que intentaban estar siempre media hora antes por si las moscas, aunque a veces se truncaban mis planes por culpa de Ben y Jorge, que formaban parte del grupo de los que se hacían esperar.

—¿Y dónde está el problema? —me contestó con una radiante sonrisa.

¿De verdad me lo preguntaba? Lo miré con mala cara. No me gustaba interactuar con la gente más de lo estrictamente necesario. Y eso fastidiaría la escapada, ya no me sentiría tan cómodo. Aunque, sin duda, él parecía estar feliz con la noticia.

—Vamos, hombre. Cuantos más seamos mejor lo pasaremos. ¡Solo esperemos que las chicas estén de toma pan y moja y triunfamos!

Estaba seguro de que los demás pensarían lo mismo, así que le comuniqué a la chica que me esperaba en línea que no había ningún problema y colgué.

—¿De qué estáis hablando? —Llegó hasta nosotros Ben con una toalla anudada en la cadera.

Manu, con su típica impaciencia, soltó la bomba con un gran entusiasmo contagioso.

—¡Termina de vestirte, que nos vamos!

—¿Dónde? —Empezó a enfundarse la camiseta con rapidez.

—¡A tu despedida de soltero! Será épico, Jorge nos está esperando fuera con el coche, y tranquilo, que tu Marga ya lo sabe.

Ben se apresuró a recoger su ropa con una enorme sonrisa. Unos minutos después salimos de los vestuarios, listos para la inesperada aventura que le habíamos preparado.

El recinto al aire libre estaba decorado de forma extravagante y tenía la música demasiado alta para mi gusto. Al llegar, el monitor nos cogió los datos y por fin pudimos prepararnos para empezar con el juego. La emoción de mis amigos era palpable. Jorge, ataviado con una gorra y unas gafas de sol estilo aviador, como siempre, para esconderse, estaba lleno de energía y entusiasmo. Eso de ser uno de los *streamers* con más seguidores del país a veces era un maldito problema. Aunque hoy lucía feliz, le encantaban ese tipo de pruebas, era muy competitivo. Manu y Ben estaban en su salsa, disfrutando del ambiente festivo. Y yo, intentaría llevar la escapada de la mejor manera posible sin que se notara mi desagrado. Así que me comportaría igual que ellos. Sin embargo, antes de que apareciera una sonrisa, mi rostro se congeló mientras nos acercábamos a las chicas con las que compartiríamos el momento.

¿Abigail? ¿Qué hacían ellas allí? Ahora que la tenía enfrente pude deleitarme en sus pequeñas y bonitas facciones presididas por aquellos expresivos ojos almendrados. Tan espectaculares que era imposible desviar la atención de ella. Hasta que me fijé en algo que me impactó: llevaba el mismo vestido con el que la había visto esa mañana, aunque ahora con una corona de princesa enganchada a un velo. Y el enfado volvió a mí.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Jorge preocupado por mi expresión seria.

—Son ellas. —Señalé al grupo de amigas.

—¿Quiénes? —Se giró él hacia donde indiqué.

—Las chicas con las que hemos tenido un encontronazo esta mañana —le contestó Manu.

—¿Y? —cuestionó Jorge sin entender el problema.

—Pues parece que al chiquillo le gusta una de ellas —se mofó Ben dándome palmaditas a la espalda.

—Pues te la tiras y ya está, ¿no? Problema resuelto.

Si mis amigos supieran por qué me negaba al amor no harían broma de ello. Mis padres se amaban, a más no poder. Él la colmaba de alegría, de cariño, de amor. Y ella bebía los aires por mi padre. Siempre hicieron un gran equipo, hasta el día en el que el general de mi padre vino a vernos a casa y nos dijo que había muerto durante el servicio. Eso fue un gran golpe para nuestra familia. Y me ocupé de todo, haciéndome cargo de la inestabilidad emocional de mi madre e intentando sustituir, dentro de lo posible, su figura. Incluso en el momento en el que decidí seguir sus pasos y estudié criminología. Por eso sentencí que jamás de los jamases dejaría que una mujer, aparte de mi madre, formara parte de mi vida. No quería que sufriera por mí.

—Quizá me lo pensaría si no estuviera comprometida. —Salí del paso con esa excusa.

Se giraron de golpe y pudieron ver lo mismo en lo que me había fijado segundos atrás. Y la expresión de Jorge mutó de una divertida a una de espanto.

—Joder. Quien la acompaña es Martina, mi archienemiga —susurró sin apartar la mirada de las muchachas.

—¿La que te pone de vuelta y media con sus críticas? —preguntó Ben para posicionarla, y él asintió.

—¿Estás seguro de que es ella? —Cabía una pequeña posibilidad de que se hubiera equivocado.

—Sí. No sé qué está haciendo aquí, pero no es una buena señal.

Al final, llegamos a ellas y sus caras, como las nuestras, debían ser un puto poema.

—¿Os conocéis? —Nos cuestionó José, el animador, al ver nuestros rostros sorprendidos.

Hubo muchas respuestas distintas a la vez, parecíamos gilipollas. Al final, José nos dio por perdidos y nos empezó a explicar una a una por encima las pruebas que realizaríamos, desde una carrera montados en unos unicornios hinchables a unos troncos que debíamos cruzar. Ya habíamos perdido demasiado tiempo. La tensión en el aire era palpable, pero decidimos seguir adelante e intentar disfrutar dentro de lo posible.

—¿Por qué no hacemos esto un poco más interesante? —Se puso delante de todos Martina mientras José se fue en busca de unos petos para diferenciar los equipos.

—Ya estamos... —bufó Jorge poniendo sus ojos en blanco—. ¿De esto también harás una crítica? Tu lengua afilada no tiene límites.

—¿Acaso tienes miedo? ¿Dónde has dejado tu cámara? —Lo había descubierto, claro que, con su maldito comentario, como para no hacerlo.

—No la llevo —dijo él entre dientes—. Y esto es pan comido.

—Oh, Jorge, creo que necesitas un poco de humildad en tu vida. Esto podría ser divertido si te lo permites. Anda... ve al baño y sácate el mortero que tienes metido por el culo. ¡Que estás de despedida, hombre!

Los demás intercambiamos unas miradas incómodas mientras la tensión entre Martina y Jorge aumentaba. Era evidente que ninguno de los dos se tragaba y que no estaban dispuestos a ceder. Al final, terminaron abandonando el tema inicial para enzarzarse en una discusión sobre la alta cocina. Con unos comentarios bastante desagradables y unas críticas para nada sutiles.

—Creo que Martina tiene razón —saltó esta vez Abigail, intentando cambiar el tema de la conversación—. Podríamos hacerlo más divertido si hay algo a cambio.

—¿Qué propones? —Me puse a su lado y ella me miró con cara de pocos amigos.

—Si ganamos nosotras, nos devolvéis el dinero de la multa.

Me miraba fijamente, lo decía muy en serio, sin medias tintas.

—No podemos anularla, ya está registrada.

—Nadie ha dicho nada de anularla. Solo deberéis pagarla vosotros.

Era lista, y me encantaba. Cogí a mi pequeño grupo y comentamos la jugada, para nosotros sería muy fácil. Estábamos acostumbrados a ese tipo de pruebas, incluso a muchas peores. Ganaríamos sin apenas esfuerzo, así que llegamos a un acuerdo de lo que pediríamos nosotros, no queríamos pasarnos ya que el resultado estaba más que claro. ¡Que éramos policías, joder! Menos Jorge, claro. Sin embargo, su espíritu de competitividad era el más grande de todos nosotros.

—Está bien —terminé cediendo—. En cambio, si noso...

—¡Un momento, un momento! —me cortó la chica rubia guapita, la que nos había grabado en el coche—. Que hay algo más. —Juntó sus manos y empezó a frotarlas entre sí, como si estuviera a punto de pedir algo muy maligno—. También nos dejaréis haceros un video con la canción de Ana Bárbara vestidos de policías.

Las chicas se miraron entre ellas, sin duda, esa idea era solo fruto de Natalia, las demás no tenían nada que ver. Vi como una Abigail, entre enfadada y divertida, la codeaba a causa de su petición.

—De acuerdo —solté sin comentarlo con mis amigos, y ellos me miraron con mala cara, sobre todo Jorge, eso le podría meter en problemas—. Pero sin etiquetarnos. —Eso le ayudaría—. Lo que os decía, nosotros a cambio, si ganamos... Todas las consumiciones de los cuatro durante esta escapada van a cargo de vosotras.

Trato hecho, nos dimos las manos entre nosotros. Íbamos a ganar, no tenía ninguna duda.

Era hora de empezar con el juego.

CAPÍTULO 6

CARIÑO, ME ESTÁS CANSANDO



Dejé de mirarlo mientras intentaba hacer una patética actuación para disimular, observando el lugar y comentando alguna jugada por lo bajini con Andrea.

—Bien, chicas, peto azul, y chicos, el rojo. —Nos cedió José a cada uno el color de nuestro equipo—. ¿Tenéis mucho calor? Si veis que os achicharráis hay una manguera que podemos utilizar siempre que queramos. Eso sí, vigilad, que el primer chorro sale calentito.

Eso sería divertido, amplíe mi sonrisa, me giré hacia él y justo lo pillé observándome, parecía desconcertado ya que desvió la mirada con rapidez. José nos apartó a un lado donde había un *photocall* con el nombre de la empresa y allí nos presentamos con rapidez uno a uno, puesto que ya nos conocíamos de vista.

—Empecemos por los novios —sugirió poniéndonos uno enfrente al otro—. Adelante, capitanes. Nombre, edad y a lo que os dedicáis.

—Me llamo Abby. Tengo veintiocho años... —Mi equipo se empezó a descojonar.

—Serás petarda... ¿Cuánto hace que tienes veintiocho? —preguntó Natalia muerta de risa.

—¡Shhh! —Me giré para silenciarlas, aunque, fue en vano—. Y trabajo de fitoterapeuta.

—¿Y eso es...? —preguntó el chico tatuado sin ningún ápice de emoción en el rostro.

—Experimenta con las plantas —sentenciaron las tres a la vez para aclararle mi trabajo.

—¿Necesitas saber algo más? —le cuestionó Andrea con una pícaro sonrisa.

Él negó con la cabeza mientras cruzaba sus musculosos brazos, estaba ruborizado por haber sido pillado infraganti mirándome embobado...

Poco a poco nos fuimos conociendo hasta que le tocó a él, el fruto prohibido de mi tentación. No había notado el nerviosismo que sentía hasta ese momento, por fin sabría su nombre.

—Soy Santi, tengo treinta y cinco años y, como ellos dos, —señaló a Manu y a Ben—, soy policía.

Santi. Le pegaba. Y entonces, me topé con aquellos ojos verdes turquesa observándome de nuevo, analizándome. Aquellos increíbles ojos verdes que, muy a mi pesar, habían invadido mi mente en varias ocasiones, sin permiso, desde esa mañana cuando paró nuestro coche. No esperaba encontrármelo allí. Y estaba aquí, a pocos pasos de mí, con ese rostro serio e inquebrantable y con esa aura misteriosa que lo envolvía.

Una vez finalizadas las primeras tomas de contacto y unas fotos por grupos en el *photocall*, Andrea nos reunió a las cuatro.

—Chicas, será difícil pero no imposible —susurró ella con positivismo y ganas.

—Imposible no está en mi vocabulario, les vamos a ganar. —Puso su mano enfrente Natalia para que pusieran la nuestras encima, cosa que hicimos de inmediato—. ¡Recuperaremos el dinero y mi video se viralizará! ¿Quién me iba a decir que coincidiría con el mayor cocinero *streamer* aquí?

—Para el carro, que te han dicho que nada de etiquetar —le recordó Andrea.

—Sí, eso ha sido muy inteligente por su parte.

—Bueno, a lo que íbamos. Aunque tengamos que jugar sucio, tenemos que ganar. Ellos, si encuentran ocasión, también lo harán —manifestó Martina mientras observaba de reojo a Jorge con mala cara.

—¡A falta de un te amo, bueno es un tequila! —terminé con nuestro nuevo grito de guerra y alzamos a la vez nuestros brazos al aire.

Estaba claro, iríamos a por todas.

Tras nuestro chillido, los chicos no apartaron su mirada de nosotras intuyendo lo que habíamos hablado.

—¿Qué cuchicheáis? —se acercó Jorge a una Martina hastiada de él—. Miedito me das.

—Nada que te incumba —dijo ella entre dientes algo nerviosa al verlo acortar la distancia. Aquel chico lucía una sonrisa demoledora, y la miraba de una forma un tanto extraña...—. No me gustáis ni vosotros ni vuestra chulería. Vamos a ganar.

—No, no lo creo.

Jorge la estaba enfadando cuando de repente José se interpuso entre ellos dando por finalizada la discusión y acompañándonos a la primera de las pruebas.

—Basta, chicos. —Pidió silencio mientras alzaba la voz—. Empezaremos por la carrera de hinchables, la más difícil. Los dos novios harán el recorrido botando en los unicornios y el resto del grupo esperaréis a que lleguen, posicionados en las dos enormes orugas; cuando ellos se

sitúen a vuestro lado, se sentarán delante de todos para dar pistoletazo de salida a la competición. Tendréis que avanzar del mismo modo hasta la línea de meta juntos. El primer grupo que la atravesase obtendrá diez puntos. Pequeña pista: se trata de trabajar en equipo y tener una gran coordinación entre vosotros.

Vale, el resultado de la primera parte recaía en mí. Me coloqué en la salida y empecé a saltar al oír el silbato dejando atrás a Ben. Era demasiado difícil y el calor de mediados de agosto no ayudaba ni tampoco lo mucho que ardía el plástico. ¡Me estaba quemando! Ben no tardó en sobrepasarme, el tío era ágil. Las chicas no paraban de animarme. Si no hacía nada, perderíamos la primera prueba, así que puse en marcha el plan B. En lugar de brincar, me levanté y empecé a correr como alma que llevaba el diablo. Martina, Andrea y Natalia comenzaron a aplaudir al ver que llegaba a ellas con rapidez, mientras los demás no paraban de chillar que hacía trampas. Una vez aterricé allí no me esperaba para nada que Santi me cogiera en volandas, reteniéndome, pegando su duro torso en mí.

—Si vosotras podéis hacer trampas, nosotros también —me susurró ronco al oído.

Eso me despistó e intenté con todas mis fuerzas salir de su agarre, pero fue inútil. Tener su cuerpo tan cerca me complicaba la tarea de ignorar la conexión que fluía entre nosotros. Santi era grande y, para rematar, olía condenadamente bien. Y esos tatuajes terminarían persiguiéndome en sueños durante mucho tiempo.

Cuando Ben se sentó en la oruga, Santi y yo nos miramos durante un instante que a mí se me antojó eterno y, segundos después, todo pasó a una velocidad vertiginosa. Él me dejó a un lado, haciéndome sentir la pérdida de su contacto, y corrió a su lugar dirigiéndose hacia la meta para ganar la partida, fingiendo que ninguno de los dos habíamos sentido ese cortocircuito, que ahora parecía fruto de mi imaginación.

—¡Eso no vale! —abucheó una enrabiada Martina mientras llegábamos a ellos—. ¡Ha agarrado a Abby!

—Y ella ha corrido en lugar de saltar —defendió Jorge sin cortarse un pelo.

—Cinco puntos para el equipo rojo y cinco para el azul —sentenció José dándonos por imposibles—. A ver si así aprendéis a no hacer trampas.

La siguiente actividad era cruzar una piscina agarrados a una tirolina, y llegar al otro lado sin caernos al agua. Todos la pasamos con éxito, seguíamos empatados. Sin embargo, yo no podía apartar mis ojos de Santi ni olvidar el momento en el que nuestros cuerpos estuvieron unidos. Me había puesto taquicárdica y me había afectado de una forma que me era muy difícil denominar. Aunque después de eso intentó evitarme a toda costa. A pesar de mi insistencia en mirarlo, no conseguía que me devolviera su atención ni una sola vez.

¿Qué le sucedía? ¿Tan mal le caía? ¿Cómo podía ser así de frío conmigo cuando yo ardía con tan solo una mirada suya?

Superamos poco a poco las pruebas que nos tocaban. Los karts los ganaron ellos; nosotras, los bolos humanos, ya que el muy sinvergüenza de Manu pasó por detrás de mí y me tiró sin utilizar la bola para ello, con la mala suerte de que caí justo encima de Santi. No sabía cómo lo hacíamos, pero siempre terminábamos muy pegados. A mí, su cercanía no me molestaba, pero de él no podía decir lo mismo. José, al verlo, decidió que la totalidad de puntos era nuestra.

Volvimos a empatar, debíamos planear mejor nuestras jugadas o el premio terminaría desierto.

Durante el pequeño descanso, ya no podía más. Algunos integrantes de los grupos habían ido un momento al baño y otros a por unas cervezas fresquitas, y me dejaron sola.

—Como sigamos así, moriré de un golpe de calor... —manifesté para mí misma abanicándome con la mano, eso era inhumano. Brinqué al notar como el agua helada recorría

todo mi cuerpo—. ¡Joder!

Descubrí al causante de ello: no era otro que Santi. El vestido se adhirió a mí como una segunda piel, dejando entrever el bikini rojo a topes que llevaba debajo y los pezones erectos a causa del frío.

—Solo quería ayudar, no podía dejar que te murieras de esa manera tan cruel —dijo él, examinándome a conciencia mientras cerraba el grifo y soltaba la manguera.

—¡Gracias por aclararme las ideas! —chillé en respuesta, y me acerqué a él con unas claras intenciones.

Santi dio dos zancadas separándose de nuevo de mí. ¿Otra vez con la misma historia? No, señor. No le dejaría.

Recogí la manguera del suelo y abrí el paso del agua a máxima presión. Santi se encontraba a un lado, tranquilo, haciendo ver que no me prestaba atención mientras jugueteaba con su móvil con esa postura tan chulesca que me volvía loca. Aferré la manguera con las dos manos y la enfoqué hacia él, devolviéndole la jugarreta. Antes de que el agua impactara sobre él, en un movimiento rápido, tiró su teléfono a un lado. El líquido colisionó con su musculoso cuerpo empapándolo de pies a cabeza. No fui consciente de que Santi se aproximó a mí hasta que lo tuve encima. Intentaba quitarme la manguera, pero yo me aferraba a ella como si mi vida dependiese de ella. Sin embargo, él era mucho más fuerte y pudo controlarla girándola hacia mi cara, aunque no salía a tanta presión porque, sin querer, yo la estaba pisando. Cuando pude enfocar bien, levanté mi rostro hacia él, y lo que vi en su mirada me asustó y excito a partes iguales: pura pasión. Santi me pegó más a él y no tuvimos tiempo a hablar, ya que caímos los dos contra el césped.

—¿Guerra de agua? —Se acercaron a nosotros los demás, divertidos—. ¡Nos apuntamos!

Nuestro momento terminó y pude ver que el rostro de Santi mutaba a otro mucho más serio, haciendo aparecer el Santi antipático, el que ponía, sin que yo lo entendiera, distancia entre nosotros, y se marchó de allí, abandonando el juego y dejándome sola, empapada y con un deseo ensordecedor que hacía años que no sentía.

Toboganes de agua, troncos del infierno, carreras encima de unas tablas de surf en la piscina... Había todo tipo de actividades a cada cual más surrealista. Me lo estaba pasando bien, en mi mente no había cabida para Mario, que era, entre otros, uno de los objetivos de la escapada. Sin embargo, la aparición de Santi me traía de cabeza. Sus acercamientos y rechazos constantes me ponían de un humor que no sabía descifrar. Y el jueguecito de la manguera... Me sentía atraída por él y las chicas lo habían notado. No paraban de tirarme indirectas para que atacara y sacara a relucir a la nueva Abby, la que vivía el momento y se dejaba llevar por la situación. Aunque todo sería más fácil si él no tuviera esos malditos cambios de humor tan bruscos hacia mi persona, esos que estaba empezando a aborrecer.

—Ahora toca el fútbol humano —nos explicó José—. Uno de cada equipo no jugará, ya que no hay defensa. Solo tenemos un portero y dos delanteros por equipo.

Yo me escabullí, no me gustaba para nada esa prueba, así que decidí grabarlos con el teléfono. Unos minutos después, noté algo frío en mi brazo. Era Santi, que me tendía un botellín de cerveza alegando que así se nos pasaría más rápido el tiempo de espera; me daba la sensación de que quería firmar la paz. No le entendía, con él era una de cal y otra de arena.

Cómo no, esa prueba la ganaron los chicos e hicieron alarde de saber jugar muy bien a fútbol y de que nosotras éramos unas patosas.

Por fin llegamos a la última prueba, las artes marciales. Íbamos muy reñidos, 55 a 60. Debíamos ganarla si no queríamos cumplir con nuestra parte del trato. Había un ring y teníamos que practicar sumo. Quien saliera de las marcas, perdía. Lo tenía claro, esperaría a enfrentarme con Santi, dejaría que las chicas fuesen pasando hasta que le tocara a él. Sería difícil pero no imposible. Vi caer a Natalia y a Andrea. Martina venció a Jorge con un juego sucio de los suyos y con peineta hacia él incluida. Si perdíamos o empatábamos dependía de mí.

Me posicioné dentro del círculo mirando fijamente a mi rival.

Se me encendió la bombilla, sabía cómo ganarle. Seguro que lo dejaba noqueado.

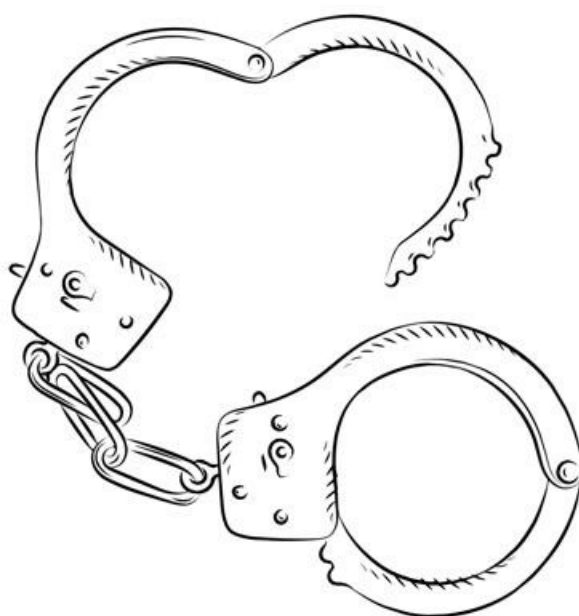
José silbó y yo me quedé quieta a la espera de un ataque que no llegaba. Con cara de pena me acerqué a él y lo abracé dejándolo petrificado y sin saber qué hacer. Y, justo en ese momento, que no habría otro, lo empujé hacia fuera proclamándome ganadora de ese asalto. Alcé los brazos en símbolo de victoria y mis amigas me auparon contentas con el resultado.

¡Habíamos empatado!

¿Qué pasaría ahora con las apuestas?

CAPÍTULO 7

ZONA DE CONFORT



Estuve toda la mañana tan entretenido, perdiéndome en sus ojos, en sus largas e infinitas pestañas, en sus gestos graciosos involuntarios y en las vertiginosas curvas de su pequeño cuerpo que, cuando José dio el resultado y anunció que habíamos empatado, ni me enteré. Perder el control de esa manera rara vez sucedía. ¿Cómo podía ser que una chica se me metiera tan hondo en tan poco tiempo? ¿Cómo podía ser que, sin ni siquiera ella saberlo, hiciera tambalear los cimientos de los muros que había erguido en mi interior? Me consideraba un excelente actor, fingía estar bien para no preocupar a mi madre. La depresión, la ansiedad, el estrés y las guerras intensas conmigo mismo no se veían, pero las sufría en silencio.

—¿Ahora qué? —preguntó un sorprendido Jorge.

—Pues que nos quedamos tal cual, listillo... —le recriminó en respuesta Martina sacándole la lengua como una niña pequeña.

—Perdonad que me meta donde no me llaman —cortó José, dándonos su opinión—. Pero creo que lo mejor sería cumplir cada uno con su parte del trato.

Todos estuvimos de acuerdo y, si lo mirábamos desde otra perspectiva, en realidad nos quedábamos igual. Aunque la que salía mejor parada era Natalia. Solo rezaba para que su vídeo no se hiciera nada viral.

Nos dirigimos a la mesa que la organización había reservado para todo el grupo y cada uno de nosotros tomamos nuestros asientos. Las chicas en un rincón y nosotros en el otro, sin llegar a mezclarnos. Y yo, sobre todo, lo más apartado de Abby posible. Necesitaba con urgencia mantener las distancias con ella.

—Esto es un horror... —señaló Martina su plato con el tenedor—. Qué manera de maltratar la carne.

Entendía que, para una chica como ella, que se dedicaba a la crítica gastronómica en la columna de una revista, según me comentó Jorge, eso le pareciera una aberración, lo que nos habían servido no se le podía llamar comida.

—¡No puedes resistirte, eh! Por lo menos no soy al único al que pones de vuelta y media —dijo Jorge por lo bajo, pero todos lo escuchamos.

Martina lo miró con mala cara, pero prefirió callar. ¿Qué sucedía entre esos dos? Sabía que eran enemigos, hizo una reseña bastante heavy del restaurante de mi amigo. Pero ya se sabe que del odio al amor hay un paso, y yo sabía de los gustos de Jorge por las mujeres, y Martina cumplía cada uno de los requisitos.

—¡Oye, guaperas! —se dirigió a mí Martina—. ¿Se puede saber qué te pasa para estar tan serio? ¡Que esto es una fiesta! Pobre Ben, qué amigos más aburridos te has buscado. —Le pasó un brazo por el hombro con una mueca divertida, ya que lo tenía al lado.

—¡Santi no estaría así si no tuviésemos que compartir actividad con alguien que llega tarde a la suya! —me defendió Jorge.

—Bueno, chicos, haya paz... —soltó Andrea para suavizar la situación.

Yo pasaría de todo, no quería entrar al trapo. Suficiente tenía con mantenerme alejado de la novia.

—¿Y de quién te piensas que ha sido la culpa?! —se quejó Natalia mirándonos fijamente—. Si no nos hubieseis parado...

—Solo cumplíamos con nuestro trabajo —comentó Manu, después de darle un largo trago a su cerveza—. Las que hacíais cosas ilegales erais vosotras, aunque debo admitir que ha sido divertido y original.

Puse los ojos en blanco ante su conversación, ya éramos mayores para esto... Miré a mi alrededor y, sin quererlo, mi vista se focalizó en un punto en concreto, en el sitio de Abby que estaba vacío.

¿Dónde estaría? Analicé cada rincón del recinto hasta que la encontré apoyada en la barra del bar conversando, con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, con el camarero. Se había ido sin que nadie reparase en ella, chica lista.

Mi cuerpo, de forma involuntaria, se levantó y, como si de un imán se tratara, me transportó hasta su lado. Me rasqué la nuca con desespero, me había vuelto loco al ir hasta allí. Abby contuvo el aliento, nerviosa, sin apartar sus manos del vasito al verme coger asiento a su derecha. Ya sobrepasado, retiré sus dedos del chupito y me lo llevé a la boca, bebiéndome su contenido de un solo trago. Me ardía la garganta, era tequila.

—Ah, eres de esos que comparten sus platos. Lo siento mucho, guaperas, pero a mí no me va eso. Cada uno con su postre, y ese tequila era mío.

A mí tampoco me agradaba compartir y justamente por eso me distanciaba de ella. Su cuerpo y su alma eran de otra persona y eso iba en contra de mi sistema. Hubiera sido tan diferente si fuese otra la que estuviera en su lugar y ella fuera una de las madrinas... Podría follármela a gusto y por fin olvidarme de ella. Fantasías.

—Te propongo un juego. —Salió mi voz, sin pretenderlo.

—¿Otro? —preguntó con una pícaro sonrisa en los labios—. ¿Estás dispuesto a perder de nuevo?

—Te recuerdo que hemos empatado, y no, voy a ir a por todas.

—¿Qué ganarás con ello?

—Divertirme.

—¿Y yo?

—Lo que tú quieras.

Vi como sus pupilas se dilataban mientras le daba vueltas a mi juego.

—Está bien. ¿En qué consiste?

Llamé al camarero y le pedí diez chupitos de tequila y la misma cantidad de agua. Abby me miraba consternada, sin entender qué pretendía. Una vez me los sirvió, mezclé los unos con los otros ante su atenta mirada.

—Trata de bebernos el contenido de uno de los vasos a la vez, sin hacer ningún tipo de mueca, ya sea agua o tequila. Quien adivine lo que ha consumido el otro, pregunta, y se deberá responder con sinceridad.

A Abby se le iluminó el rostro, la había convencido.

Cogimos cada uno nuestra bebida y nos la tomamos a la vez mirándonos a los ojos. Perfecto, la mía era agua y la suya también.

—Vamos, guapito de cara. —Sonrió con socarronería—. ¿Qué era el mío?

—Santi, me llamo Santi. Y me lo has puesto muy fácil. Era agua.

—¡No sabes lo mucho que me voy a divertir con esto!

—¿Por qué? —le pregunté enarcando la ceja.

—Porque era tequila.

Cogí su vaso y me lo llevé a la nariz, olía a alcohol. Joder, era buena, muy buena. Ya no me parecía la mejor idea continuar con aquello.

—Dispara.

—¿Por qué eres tan serio? Creo que no te he visto sonreír en lo que llevamos de día.

Me la quedé mirando, le dejaría saber lo que a mí me interesaba, no podía ir tan fuerte con la primera cuestión, si iba así podría terminar confesándole todo sobre mí, y eso me horrorizaba, no quería salir de mi zona de confort.

—Porque soy así, va con mi persona.

—No me lo creo, escondes muchas cosas, Santi, y voy a descubrirlas una a una —me respondió cogiendo dos chupitos más y tendiéndome el mío—. Te la voy a perdonar, esto era una toma de contacto, a la siguiente seré perversa. Prepárate.

Como intuía, ella era una de esas chicas de las que ponían tu mundo del revés sin siquiera darte cuenta. Bebimos. Su cara era la misma, no hubo ningún cambio en ella. Estaba perdido.

—¿Y ahora? —Batió sus largas pestañas coqueteando sin que fuera su intención, o ¿quizá sí?

Lo pensé, lo pensé muy bien. Sin embargo, no tenía ni idea. Por mucho que la analizara era imposible saberlo. Pero, por suerte, no era mi turno para adivinar.

—No vayas tan rápida, Abby. Te toca a ti mojarte.

Ella se acercó a mí y rozó su boca en mi oído provocándome una corriente directa a mi entrepierna. Joder, estaba cumpliendo con lo que había dicho, estaba siendo mala, muy mala.

—Llevo mojada desde que me empapaste con la manguera —susurró con voz erótica mientras postraba su mano en mi bíceps tatuado, recorriéndolo con sus largos dedos.

—Como sigas comportándote así de mal tendré que esposarte... —La aparté de mi lado, contrariado.

—Entonces continuaré por esta línea. —¿Qué le pasaba? ¿Acaso no pensaba en su prometido? Sus comentarios me ponían y me enfadaban por igual—. Y, Santi, has bebido agua.

Mierda, así era.

—¿Cómo lo sabes?

—Un mago nunca revela sus secretos. Mmm... —Se hizo la interesante antes de continuar—. ¿Tienes novia?

Negué con la cabeza.

—¡No, no, no! La retiro, era demasiado fácil. No la he pensado bien.

—Eso no vale —le aseguré apuntándola con el índice y deslizando otro chupito hacia ella.

—Pero me lo perdonarás como yo he hecho con tu primera respuesta. —Esta mujer me traería por el camino de la amargura—. ¿Por qué te acercas a mí para después ignorarme?

—¿No es obvia esa también? —Ella parpadeó extrañada—. Me atraes, Abby, y tú estás prometida y yo no soy de esos.

—¿Y de qué clase de chico eres?

—Bebe. —Señalé el vasito con mi mirada.

—Es una extensión de tu respuesta, me lo tienes que decir porque no entiendo nada.

Resoplé. En menudo lío me había metido yo solito.

—No soy de esos y punto. Por mucho que me pase los días pensando en empotrarte en la primera pared que veamos. Jamás traspasaré esa efímera línea que nos separa porque yo no soy de esos. Eso no pasará. Va en contra de mis principios y jamás me lo perdonaría.

Tocada y hundida. Aquí tenía su respuesta, la verdad.

Por fin. Ahora podría respirar tranquilo, nos había puesto a cada uno a nuestro lugar. Abby no movía ni un solo musculo, estaba sorprendida, normal.

—¿Los días?

Lo había pillado al vuelo. Bufé, con lo poco que la conocía, intuía que no pararía hasta que se lo dijera. Y... de perdidos al río, ¿no? No cambiarían las cosas si se lo decía. Además, notaba que el alcohol estaba haciendo efecto en mí y quería acabar con la situación cuanto antes.

—Llevo meses patrullando por tu zona. No es la primera vez que coincidimos.

Ella asintió pensativa y continuamos con el juego que, bebida tras bebida, lo único que consiguió era que yo me abriera en canal, como nunca lo había hecho antes, explicándole que no podía dar paso al amor en mi vida, que era un tipo solitario el cual se desahogaba de vez en cuando con alguna chica de la que no conocía ni el nombre.

Ya solo nos quedaba un chupito para finalizar con la tortura a la que yo solito me había sometido.

—Si no adivinas lo que he tomado... quiero que bailes conmigo la siguiente canción que suene en el escenario.

Entraba dentro de las normas, le había dicho que podía pedirme lo que quisiera y, siguiendo su línea, se estaba comportando como un auténtico demonio después de todo lo que le había explicado.

¿Y lo adivináis? Fallé.

CAPÍTULO 8

*TÚ Y YO SOLOS, BACHATAS
Y UNA BOTELLA*



¿Qué me estaba pasando? Me encantaba esta chica tan mala y juguetona que había florecido en mí. La nueva Abby, la que se dejaba llevar sin remordimientos, la que quería volver loco al chico que tenía enfrente y que no pararía hasta conseguirlo. Y más cuando averigüé que Santi sería el candidato perfecto para mi recuperación, ya que, según me había explicado, huía de cualquier relación, y eso me iba de perlas. Cero complicaciones. Lo único que le hacía retroceder era mi situación sentimental, él no se acostaba con chicas que tenían pareja. ¿Y si le decía la verdad? Que no estaba comprometida, que no había novio ni supuesta boda a la vista... Le rompería todos los esquemas. Pero eso significaría volver atrás, abrir mi corazón. Porque

preguntaría y no estaba dispuesta a darle respuestas. Parecía tener todos los ingredientes perfectos para llegar a enamorarme y no podía correr el riesgo. Ya me atraía bastante como para dar paso a algo que ahora mismo no estaba preparada para conceder. ¿No estaba suficientemente escarmentada como para no volver a fijarme en otro durante una buena temporada? Parecía que no.

Santi me miró con mala cara ante mi propuesta. ¿Qué harás ahora, chico de los ojos verdes? Desde que me sugirió el juego, sabía que iba a ganar. Estaba acostumbrada al tequila, de las fiestas de los fines de semana con las chicas. Me sorprendió cogiéndome de la mano dispuesto a cumplir su parte del trato, arrastrándome hasta el centro de la pista. Nos quedamos parados uno frente al otro a la espera de que terminase esa canción. Y, segundos después, empezó a sonar una familiar melodía. Aunque quisiera no podría haber seleccionado una mejor para seguir con mi flirteo, con una armonía envolvente.

*Asuntos peligrosos del pasado me persiguen todavía
Historias que la gente no olvidó y que me recuerdan cada día
Sigue, que vivo aquí, no me va a matar una vieja herida
Déjales que hablen mal, se mueran de envidia...*

Con una mirada pícara empecé a mover las caderas de la forma más sensual que sabía, haciéndole un gesto con el dedo índice mientras le vocalizaba un «acércate más».

Estaba guapo a rabiar. Me quedé absorta mirándolo, era el tío más desagradable y cortante que había conocido en la vida. Aunque, inexplicablemente, lejos de incomodarme me hacía sonreír con sus parcas palabras, y me lo tomaba como un reto para descubrir capa tras capa al verdadero Santi, y lo estaba consiguiendo. Me gustaba tanto con esos pantalones tejanos cortos, camiseta negra y esos jodidos ojos que me hechizaban...

*Hablan de mi vida como si hubieran pasao tos por ella, ah
Y mientras cuentan cuentos, tú y yo solos, bachatas y una botella
Quiero hacerle religión a tu melena, a tu boca y a tu cara
Y que me perdone la Virgen de la Almudena
Las cosa' que hago en tu cama*

Santi se aproximó a mi cogiéndome de la cintura balanceándola al mismo ritmo que yo, imitándome.

—No sé bailar este estilo de música —me susurró al oído con voz grave.

—Pues lo que estás haciendo se le asemeja bastante... —Depositó mi mano en su perfecto culo y lo uní más a mi pelvis—. ¿Quieres que te dé un consejo? —Jadeé cerca de sus labios, entremezclando nuestro aliento—. Solo debes imaginarte que estamos follando.

*Me sacaste de la oscuridad
Somos un asunto de gravedad
Tú despierta' ese diablo mío que me roba toda espiritualidad*

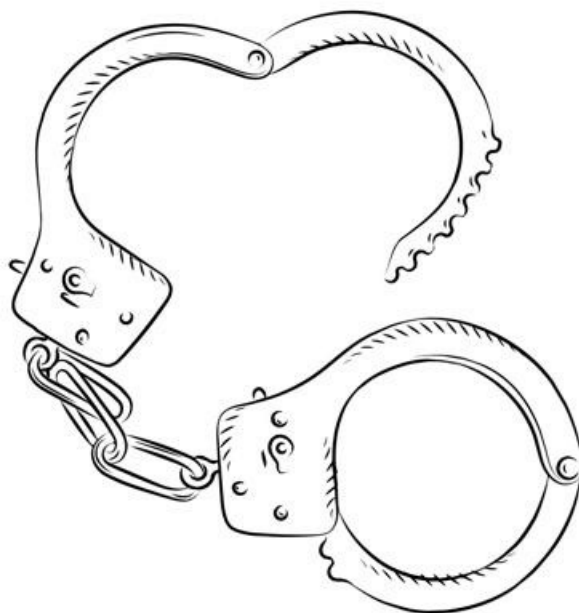
Las pupilas se le dilataron de golpe y soltó un ronco gemido, me dejé llevar de nuevo. Bailamos muy pegados y sin dejar de comernos con los ojos. Estaba excitada, con las bragas caladas y los pezones duros. Parecía gustarle y cuando no podía más, se separaba de mi cuerpo y me hacía dar vueltas sobre mí misma para bajar la tensión del momento. Cuando nos volvíamos

a fundir, a tocarnos, a rozarnos, podía notar su tremenda erección. Tanto contacto, tanto frote terminaría acabando conmigo. Iba a correrme como no nos detuviéramos, y él lo sabía.

Segundos después terminó la canción y nos quedamos petrificados sin saber qué hacer. Santi volvió en sí y se separó de mí como si quemara, desviando sus ojos hacia otro lugar, buscando la manera de escaparse. Y al final lo hizo. Se marchó, dejándome sola de nuevo en medio de la pista de baile al borde del orgasmo.

CAPÍTULO 9

*CUANDO LAS GANAS
SE SUBEN A LA CABEZA*



Beber era malo, siempre lo decía mi madre. A pesar del calentón que llevaba encima debía desaparecer de allí. Y llamadme desconfiado, estaba seguro de que Abby lo hacía a propósito. Ponerme al límite, jugar conmigo para ver hasta dónde estaba dispuesto a llegar. Busqué con la mirada a los chicos, nos iríamos al hotel y descansaríamos, que falta nos hacía. La abandoné sin apenas pronunciar una palabra, no podíamos continuar con aquello, se escapaba de mi control, como con todo lo que se relacionaba con ella. Estaba jodido y muy confuso. Algo me decía que saldría herido de toda esa mierda y, por mucho que mi cuerpo reclamara su contacto, no lo permitiría.

Jorge, cómo no, estaba teniendo una acalorada discusión con Martina. Esos dos no cambiarían. Me acerqué a ellos y tiré de Jorge hacia un lateral sin decir nada, y ella, liberada, aprovechó para escapar de sus garras dirigiéndose, enfadada, a paso ligero hacia los baños. Él me miró sorprendido por mi arrebató.

—Llama, que nos vamos.

—Tío, ¿qué cojones te pasa? Estamos en la despedida de Ben, no podemos irnos así como así. Aún queda mucha tarde por delante.

—Nada. Estoy cansado. —Me pasé la mano por la cara—. Mira, Jorge, no me apetece discutir. Me voy yo solo. —Saqué el teléfono de mi bolsillo para pedir un taxi, así ellos dispondrían del transfer que nos incluyó la organizadora.

Sin embargo, él me paró la mano antes de que lo hiciera.

—¿Discutir? Si no te ocurre nada ¿por qué íbamos a hacerlo?

Suspiré. Ya no aguantaba más.

—La estoy jodiendo. ¿Contento? Necesito irme de aquí, solo o acompañado.

Mi tono de voz subió varios decibelios. Miré hacia el centro de la pista de baile donde había abandonado a Abby, ella permanecía allí sin moverse ni un solo centímetro mientras me observaba, con una mirada perpleja que jamás había visto, se sentía rechazada y eso me afectaba hasta el punto de replantearme las cosas y terminar por explotar, y lo haría si no desaparecía. Porque terminaría yendo hacia ella, le cogería el rostro tan hermoso que tenía y la besaría pidiéndole perdón tras cada caricia, para después llevármela a algún lugar cercano, solos, y terminar de follármela como lo estaba haciendo en el puto escenario. Aquel fue el pistoletazo de salida para Jorge, el verme tan desesperado. Terminó de reunir a Ben y Manu, que estaban bailando con unas preciosidades mientras Natalia y Andrea les servían las cervezas que habían pedido pero que, al final, no se terminarían.

Nos dirigimos a la entrada, el coche tardaría unos minutos en llegar, y nos acomodamos en el parking, sentándonos en la acera para esperar al conductor. Desde esa posición podíamos observar todo lo que pasaba allí sin ser vistos. Estábamos solos en ese inmenso y silencioso lugar. Ben y Manu no apartaban su mirada de mí, perforando todas mis reservas, en un silencio denso y espeso.

—¿Nos vas a explicar por qué nos vamos cuando la fiesta está en su punto álgido? —Alzó una ceja interrogante Manu en mi dirección.

Negué con la cabeza. Nunca les había dado explicaciones y esa no sería la primera vez. Jorge tomó cartas en el asunto ocupándose de todo y cargándose con la culpa, manifestando que la comida se le había atravesado a causa de la hater de Martina y que necesitaba mantener las distancias con ella.

Si se lo creyeron o no, jamás lo sabría, pero, por lo menos, dejaron de preguntar.

Justo en ese instante se escuchó un gran alboroto, una canción empezó a sonar muy alto, no sabía de cuál se trataba, no la había oído en mi vida. Nos levantamos como un resorte para ver qué sucedía y mi corazón se detuvo. Abby bailaba subida a la barra, motivando a los demás a seguirle el rollo, estaba feliz, contenta, radiante. Como si nada hubiese ocurrido entre nosotros minutos atrás.

—Vamos, ya ha llegado —señaló Jorge la furgoneta que se detenía justo delante de nosotros.

No lo escuché, en ese momento no razonaba. No podía despegar mis ojos de Abby. Mi enfado solo aumentaba, haciendo palpar mi vena del cuello.

El feeling que habíamos compartido, nuestro acercamiento, nuestro nosexo, porque nos habíamos sobado de lo lindo, había hecho germinar una semilla en mi interior. Pero, al ver cómo

actuaba, la fulminé de un plumazo para dar paso a la decepción. Ya iba siendo hora de cerrar ese capítulo, de avanzar, de dejar a esa alocada que, joder, estaba prometida y que solo me traería dolores de huevos y de cabeza. Esa noche, en el barco, le pondría remedio buscando a la candidata perfecta para ello, para terminar con toda esa tontería. Estaba claro que lo que necesitaba era follar, y con urgencia, quizá así me la sacaría por fin del sistema.

Jorge, al verme perdido y al darse cuenta del porqué, me cogió del brazo mientras me guiaba hacia el coche.

—¿Cómo estás? —preguntó antes de hacerme subir, entornando la puerta trasera del auto para que no nos escuchasen los demás.

Tragué saliva para digerir el nudo que se había creado en mi garganta y que no me permitía hablar.

—Estaré bien.

Asintió, sabía que no me sacaría más información, y se sentó junto a Manu y Ben. Yo me dirigí a la parte del copiloto, así me libraría de entablar conversación con ellos. Mi mente estaba echa un lío. No sabía qué me molestaba más, el hecho de no haberme liado de una santa vez con ella y ponerle fin a esa atracción sexual, aunque faltara mi palabra, o la indiferencia que demostraba ella al verse rechazada por mí...

Y, joder, las dos opciones estaban muy igualadas.

CAPÍTULO 10

¡CAMARERO, UNA DE GAMBAS!



Se había ido, dejándome en medio de toda esa gente a punto del colapso. Eso necesitaba un buen trago. Hacía siglos que no coqueteaba con alguien, y que me rechazasen de esa manera no era plato de buen gusto para nadie, ni si quiera para la nueva Abby.

Me acerqué a la barra y esperé a que el camarero me atendiera.

—Vaya escapada de mierda. —Se sentó a mi lado Martina, que había vuelto del baño, con mala cara—. Pero ahora que no están los insufribles... se puede mejorar. —Y esperó a que finalizara la canción para chillar—: ¡Camarero!

Oh, no. Ya empezábamos. Esta iba más tocada que yo...

—¡¿Quééé?! —Vinieron a toda prisa hasta nosotras Andrea y Natalia, ante el grito de reunión.

Deberíamos cambiarlo, ya no teníamos dieciséis años...

—¡Camarero! —volvió a repetir Martina con una sonrisa traviesa en la cara.

—¿Qué te pongo, preciosidad? —Se desplazó hacia nosotras el chico que minutos atrás nos había servido los tequilas.

—Bff...¡No, a ti no te lo decía! —se dirigió a él Martina divertida.

—¡¿Quééé?! —

Se subieron encima de las sillas de barra Natalia y Andrea, llamando la atención de todo el recinto y contestándole para seguirle el juego. Eso se estaba yendo de madre y yo necesitaba una copa para estar a la altura.

—Un tequila, por favor —le susurré al chico antes de que se fuera, sin apartar la mirada de mis amigas.

Y él, al ver mi cara de circunstancias, me lo sirvió enseguida. Al terminar de llenarme el vasito, lo paré dejándole claro que quería la botella entera.

—¡Una de gambas! —gritó Martina dirigiéndose a todos los demás, y yo, pasando del chupito, empiné el codo directamente de la botella.

—¡¿Una de qué?! —respondieron mis amigas y otra gente que se había unido a la diversión.

—¡Una de gambas! —aclaró Martina cogiendo mi chupito y bebiéndoselo del tirón.

—*Para bailar la gamba, para bailar la gamba se necesita una poca de gracia, una poca de gracia pa mí y pa ti, ay arriba y arriba, ay arriba y arriba...* —empezaron a cantar Andrea y Natalia en tono guasón, seguidas por el mogollón coreándolas.

Lo que no esperaba, os lo juro, fue lo que pasó a continuación. Martina se fue directa al Dj y empezó a sonar la canción que tantas risas y buen rollo nos había provocado de fiesta, eso sí, sin letra. Y, Martina, con una sonrisa de oreja a oreja, le quitó el micrófono y empezó a cantar nuestra versión.

*Para ser secretaria
Para ser secretaria se necesita unas piernas bonitas
Unas piernas bonitas y otra cosita...
Ay arriba y arriba...
Ay arriba y arriba...
Por ti seré, por ti seré por ti seré*

Nos habíamos metido el público en el bolsillo, y todo el mundo, preso del alcohol y las ganas de pasarlo de vicio, empezó a bailar.

Madre mía, la que estábamos montando en un momento.

—¡Camarero! —se unió una chica rubia a nosotras cuando finalizó el temón—. ¡Camarero!

—¡¿Qué?! —contestó cada vez más gente.

—¡Una de *ruffles*!

—¿Una de *ruffles*?

—*Ruffles, mamón, devuélveme a mi chica...*

Así continuaron y yo me uní a ellas enseguida. Con cada petición sonaba la canción que correspondía, a cada cual más chiflada. Por fin iba más contentilla y lo que hacían me parecía superdivertido y, por lo menos, me hacían olvidar por unos momentos al chico que tan loca me traía, al chico de los ojos verdes.

Estábamos animando la fiesta como nadie y, al finalizar, los del recinto nos invitaron a las bebidas que habíamos tomado después de la comida, que eran unas cuantas.

—¿Quieres decir que vas bien para conducir? —le pregunté a Andrea mientras me desplazaba

de un lado a otro. ¿Por qué se movía todo tanto?

—Hace rato que voy a base de agua. Lo que pasa es que estabais demasiado entretenidas para fijaros.

Natalia y Martina iban detrás de nosotras, cantando su repertorio completo de cuando íbamos bebidas.

—¿Cuál toca ahora? —suspiró Andrea buscando en el bolso las llaves del coche.

—Creo que la vida pirata... —Sonreí uniéndome a mis dos alocadas amigas y empezamos a entonarla haciéndola nuestra.

Andrea nos ayudó a entrar en el Fiat y nos colocó los cinturones de seguridad.

—Vale, ahora, portaos bien. No quiero más problemas con la policía, creo que ya hemos tenido una buena ración.

Todas asentimos y las tres juntas continuamos con la fiesta en la parte trasera. Tardamos tanto en poder aparcar cerca del hotel que la borrachera ya casi se nos había pasado. Andrea estaba mosqueadísima, y no era para menos. Tendríamos el tiempo justo para ducharnos y arreglarnos para la noche en el barco.

Entramos en la habitación, debíamos reconocer que no estaba para nada mal. El apartamento lucía como nuevo. Un gran comedor con un sofá cama, dos habitaciones, una de ellas de matrimonio con baño en la suite y la otra con dos camas individuales y un lavabo de cortesía en el salón con ducha incluida.

—¿Me pido una de las camas individuales! Paso de compartir colchón con alguna de vosotras, sois insoportables —manifestó Andrea dirigiéndose hacia la estancia mencionada.

La seguí y me agencié de la otra. Yo tampoco quería que me molieran a patadas. Necesitaba descansar.

Martina y Natalia, al terminar de dejar sus cosas, sin quejas, en el otro cuarto, vinieron a nuestro encuentro.

—Ahora cuéntanos qué te traes entre manos con el guaperas... —Se sentó Martina con las piernas cruzadas estilo indio esperando mi respuesta.

Ya tardaban en preguntar, tenía una pequeña esperanza de que se hubiesen olvidado y que no me sometieran a un tercer grado, pero no iba a tener tanta suerte.

—No sé de qué habláis.

—Vamos... sabemos cómo eres y Santi te hace tilín —imitó Natalia a Martina con una sonrisa de oreja a oreja—. Con lo bueno que está te lo perdonamos.

—¿Y cuándo han estado bebiendo tequilas los dos bien juntitos? —metió el dedo en la llaga Martina.

—No, lo que ha terminado con mis bragas desintegradas ha sido el bailecito que se han pegado, no sé cómo no te lo has llevado a los baños a rematar el trabajo. —Se santiguó Natalia mientras se daba aire con la mano.

Las miré un buen rato sin abrir la boca. Andrea aún no había dicho la suya y eso me daba mala espina. Estaba hecha un tremendo lío y ellas me ayudarían a salir de él.

—Está bien... Sí, me gusta. —Natalia y Martina asintieron entusiasmadas, sin embargo, Andrea parecía algo molesta—. ¿Qué pasa?

—No creo que sea buena idea. Acabas de salir de una relación, Abby. Y no ha sido fácil.

—Para el carro. Una cosa es que me sienta atraída por él y otra muy distinta es que vaya a enamorarme.

Andrea me miró con una ceja enarcada, cómo me conocía la tía...

—Si te vas a sentir mejor engañándote, adelante. Abby, tú no eres de un tío de una sola noche,

tú te enamoras de ese tío y terminas haciendo planes de futuro.

—Me sorprende la fe que tienes en mí —le dije enfurruñándome como una niña pequeña—. Recuerda que soy la nueva Abby y que solo quiero dejarme llevar.

—Démosle un voto de confianza —nos cortó Natalia en son de paz—. Yo creo que se lo estaba pasando bien, eso le hará olvidar a Mario.

—¡¡¡Tssss!!! —nos asustó Martina—. *No se habla de Mario, no, no, no...*

Eso nos hizo destensar la situación, que falta hacía. Nos observamos entre todas y estallamos a carcajadas. Lo cierto era que desde que habíamos empezado con esta locura de aventura no había pensado para nada en él. Y eso hacía que me cuestionase muchas cosas. Sobre todo, el hecho que hubiese reparado tan rápido en Santi. Si realmente hubiera estado tan enamorada de Mario no habría sido capaz de fijarme en otro tan pronto, ¿no?

—Tienes razón... —Me situé al lado de Andrea y la abracé—. Sé que podría enamorarme de él. Y eso me da miedo, mucho miedo. Aunque sé que necesito superar esta prueba para sentirme como la nueva Abby. —Andrea me devolvió el gesto apretándome con fuerza—. Aunque, casi recaigo.

—¿Cómo? —Se separó de mí para mirarme a los ojos.

—Me ha dicho que no se acuesta con chicas comprometidas y mucho menos a punto de casarse y...

—¿Y? —preguntaron Martina y Natalia a la vez.

—Y ha faltado muy poco para decirle la verdad.

—¡Nooo! —Se tiraron encima de nosotras las dos a la vez.

—Coquetear y follar es una cosa —sentenció Natalia seria.

—Y lo que dices es otra muy distinta, debes seguir con el engaño —continuó por ella Martina.

—Lío de fin de semana, y después, si te he visto no me acuerdo.

Martina y Natalia chocaron los cinco, estas dos hablaban el mismo idioma. Su relación iba acorde con su locura.

—Pero ¿no veis que el chico ha sido sincero? —Andrea puso sus manos en jarras enfadada por su comportamiento—. No quiere. Punto.

—La desea. ¿O acaso no has visto lo mismo que nosotras? —la acusó Natalia imitando su posición.

—Sí... aunque... no lo veo. Eso es jugar con los sentimientos de la gente, y no me parece bien.

—Ni caso a esta, que es igual o peor que tú. Lleva mil años enamorada de cierta personita... —Me separó Natalia de su lado y Andrea la miró con mala cara haciéndola callar—. Tú canta, folla y bebe, que la vida es breve. ¡Ea!

Pasamos más de media hora discutiendo, cuando nos dimos cuenta, faltaba menos de una hora para embarcar. Se nos había pasado el tiempo volando y no conseguimos llegar a ninguna conclusión. Por lo menos, lo que sí me había quedado claro era que no podía ceder, debía continuar con la mentira.

Menos mal que el puerto estaba cerca y podíamos llegar en un momento. O eso era lo que nos pensábamos.

CAPÍTULO 11

ME LO PARÓ, EL TAXI



Natalia terminó de pintarme los labios de un rojo intenso. Las cuatro habíamos decidido asistir a la fiesta en el barco disfrazadas de marineras pin-up, muy matadoras.

—¡Chicas! —nos llamó Andrea, sentada en el sillón de la sala de estar, con el móvil en la mano—. ¡Tenemos un problema!

—¿Qué pasa? —Se dirigió hacia ella Martina al verla con la cara desencajada.

—¡Estamos a más de tres horas andando del puerto!

—¡¿Quéé?! —gritamos Natalia y yo mientras sacábamos nuestras cabezas por la puerta del baño.

Andrea giró su teléfono hacia nosotras mostrándonos Google Maps con el itinerario. ¡Mierda!

—¡No llegaremos! —Le quitó el aparato Martina y empezó a dar vueltas por la estancia con él.

—Que no cunda el pánico —dije tratando de tranquilizarlas—. En coche son veinticinco minutos. Voy a llamar a un taxi para que nos recoja a la de ya. Vosotras terminad de arreglaros.

Mientras ellas acababan, intenté contactar con miles de compañías y ninguna de ellas respondía. No me lo podía creer, las líneas estaban saturadas. Un bus era inviable, tardaríamos demasiado tiempo, y coger nuestro coche no era una opción. Me negaba a que alguna de nosotras se quedara sin beber por tener que conducir. Pero, como no encontrara una solución rápido, el barco partiría sin nosotras.

—Me voy a recepción —les informé recogiendo mi pequeño bolso con las cosas necesarias para la noche—. Os espero abajo.

Los recepcionistas obtuvieron el mismo resultado que yo. Nadie contestaba. ¿Cómo nos íbamos a imaginar que no sería el puerto de Salou sino el de Vila-Seca en Tarragona? Minutos después estábamos las cuatro sin saber qué hacer.

—Saliendo, bajando la calle, hay una parada de taxis. Quizá tengáis suerte —nos comentó el chico al vernos tan desanimadas.

Nos faltó tiempo para salir corriendo, como pudimos, de allí. Natalia era la más ágil, parecía una deportista de élite en la pista de carreras en tacones. La tía, si de verdad existiera ese deporte como tal, ganaría el oro con un simple pestañeo. Cómo corría la chavala. Nosotras, al ver lo avanzada que iba, nos esperamos al inicio de la calle. Si veíamos que ella podía, ¿por qué arriesgarnos nosotras a sufrir un esguince?

—¿Se ha metido en el taxi? —preguntó una sorprendida Martina—. ¡La madre que la parió!

Andrea y yo asentimos boquiabiertas mientras el taxi en cuestión se dirigía hacia nosotras.

—¡Entrad! —Se abrió la puerta trasera y sacó la cabeza de ella Natalia—. ¡Vamos, que se nos acaba el tiempo!

Andrea se puso de copiloto y Martina y yo nos dirigimos atrás junto a ella. Al entrar me quedé en blanco. El taxi estaba ocupado por un hombre con pintas de roquero, de muy buen ver, y Natalia estaba sentada encima de él. ¿Qué estaba pasando? ¿Se había vuelto loca?

—¡Esto consta como secuestro! —manifestó el chico con cara de malas pulgas intentado no tocar de más a Natalia—. ¡Yo había llegado antes y esta chiflada se ha metido sin permiso!

—A ver, sois demasiados. Uno tiene que bajar o me multarán —nos avisó el taxista incrédulo con lo que estaba pasando.

—Baja. —Se giró hacia el roquero Natalia—. Cuatro contra uno. ¡Y tenemos prisa, lo nuestro es mucho más importante!

—Ni de puta broma, yo de aquí no me muevo. Y yo, en cambio, prisas no tengo. Así que...

Natalia lo fulminó con la mirada. Miré el reloj, faltaban veinte minutos para embarcar. Andrea estaba discutiendo con el taxista dándole la dirección que debía tomar y Martina estaba en *shock* sin saber qué decir ante la situación tan de película en la que nos encontrábamos.

—Oye... —susurró Natalia, más calmada, dirigiéndose a él—. ¿Cómo te llamas?

—Leo —le informó con el rostro contraído y con mala hostia.

—Leo, necesitamos llegar en menos de veinte minutos al puerto de Tarragona. Como puedes ver —señaló nuestro atuendo—, nos están esperando, es la fiesta de despedida de soltera de Abby y...

Los labios de Natalia empezaron a temblar formando un puchero. ¿Dónde había aprendido a hacer eso?

—Pero...

—Te deberíamos un favor enorme —se le unió Martina, que ya se había recuperado, juntando sus manos en el pecho con cara de niña buena.

—Está bien, pero de aquí no me bajo. Será imposible conseguir un taxi el sábado por la tarde siendo puente.

—¡No podéis ser tantos! —saltó de nuevo el conductor.

—Por favor... es mi despedida de soltera. Natalia se esconderá y si le para la policía prometemos hacernos cargo de la multa. Pero, se lo ruego, no me haga llegar tarde a mi despedida. ¿Está usted casado? ¿Tiene hija? Si le pasara a ella, ¿no le gustaría que un buen hombre la ayudara a cumplir su sueño? ¡Es la despedida con la que siempre he fantaseado!

Le dimos tanta pena al pobre señor que se puso en marcha.

—Vale. Poneos el cinturón. Llegaremos a tiempo como me llamo Pedro. Y tú —miró por el retrovisor a Natalia—, ya te puedes esconder bien. ¡Agarraros, que vienen curvas!

Pedro se saltó semáforos en rojo, casi atropelló a un viandante que cruzaba y, en más de una ocasión, tuvimos que decirle que frenara que se saltaría la salida. Andrea iba pálida, sin decir nada, seguramente le estaba pasando la vida en diapositivas por delante. ¡Ese hombre era un temerario! Pero lo que más gracia me hacía era la cara de circunstancias del pobre Leo, que se agarraba como podía al asidero intentando rozar el mínimo a Natalia. Sin embargo, entre tantos botes, acelerones y frenadas...

—¡¿Te has puesto cachondo?! —Levantó la cabeza de su escondite Natalia.

—Uno no es de piedra, y tanto roce... No te creas que es porque me pongas. En ese sentido no te tocaría ni con un palo —se defendió él alzando la voz.

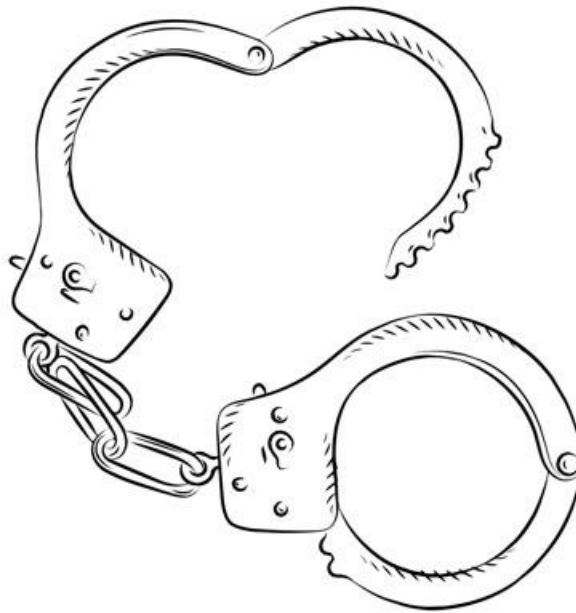
—Mira, por una vez estamos de acuerdo en algo.

—Será desagradecida la niñata... —susurró él de vuelta.

Natalia iba a responder cuando de repente el coche frenó en seco, habíamos llegado y, como prometió Pedro, a tiempo.

CAPÍTULO 12

*PUEDES INTENTARLO TODO
LO QUE QUIERAS, NO CAERÉ*



—¡Perdonad, ya estoy aquí! —puso Ben las manos en las rodillas en el *hall* del hotel mientras intentaba recuperar la respiración, cansado por la carrera—. ¿Llego tarde?

Sabía que sí. Había llegado el último, como de costumbre, pero de nada serviría enfadarme con él. Estaba casi seguro de que había bajado los cuatro pisos corriendo para no perder tiempo esperando el ascensor.

—Tranquilo. —Le propinó una colleja Jorge, con ese disfraz estaba irreconocible—. Si no llegamos, es culpa tuya. Tú verás, es tu despedida de soltero, no la nuestra.

Cierto. Incluso hubiese preferido que no llegase y que lo perdiésemos todo, poder quitarme el

maldito uniforme de policía, ligerito de ropa, que aprovecharíamos para cumplir nuestra puñetera parte del trato. Así me ahorraría tener que ir allí y aparentar que todo iba bien, que su presencia no me incomodaría, que no me volvería loco, que podría rehuir su mirada y sus provocaciones. Podría encerrarme en la habitación que compartía con Jorge, beberme un par de copas de whisky con hielo y descansar.

Fuimos a paso ligero, teníamos el *shuttle* esperándonos a la salida para acercarnos al puerto. Lo que no nos imaginábamos eran las colas que nos encontraríamos, ni algunas de las calles cerradas por las fiestas del pueblo. Maldito quince de agosto, cómo lo odiaba. Como era de esperar, no llegaríamos. Haría falta un milagro para hacerlo. Sin embargo, Jorge, muy apañado para lo que quiere, el cabrón, llamó a la organizadora y nos aseguraron que no pasaba nada.

Llegamos más de media hora tarde, un grupo bastante grande de gente estaban ya en el muelle esperando. Y entonces la vi. Estaba sentada, enfadadísima, junto a sus tres amigas. No podía ser, mi mente me estaba jugando una mala pasada. Era una puta visión, estaba casi seguro. ¿Por qué el karma me odiaba tanto? ¿Por qué se había disfrazado de marinera pin-up? Era mi fantasía sexual echa realidad. ¿Era eso una broma macabra del destino? Porque estaba a punto de tirar la toalla. Giré mi cabeza antes de que se diera cuenta de que la observaba, de que viera la confusión en mí y que, joder, aún estaba enfadado con ella.

—Mmm,... suerte que tenemos aquí al cuerpo policial por si nos pasamos de rosca...Tened, babies. —Se acercó a nosotras un animador vestido de *drag queen* con una sonrisa pícara en el rostro—. Dos hojas para cada uno, en una ponéis el número de vuestra entrada y en la otra tenéis que escribir una parte del cuerpo, la que queráis. Cuanto más creativos, mejor os saldrá la jugada. —Nos guiñó un ojo, provocándonos.

—Y eso, ¿para qué? —preguntó Jorge al coger los folios que le tendía.

—Lo descubriréis en unos minutos. No tardéis, que pronto embarcaremos. —Se despidió lanzándonos un beso.

Una vez nos pasamos los bolis y marcamos lo que nos había dicho empezamos a subir por la rampa. En la entrada estaba el mismo animador junto a otro, uno en cada lateral, con dos bolsas de tela para poner en una los números y en la otra las partes del cuerpo. Habíamos esperado a que el grupo de Abby ya hubiese entrado, así sería más fácil mantener las distancias. Debía recuperar el control de la situación y esa era una buena táctica. Los grupos estaban todos sentados en la cubierta, quedaban cuatro asientos en el fondo, los nuestros.

—Amores, me presento, soy Miranda PaCuenca. ¿Estáis preparados para la noche más loca de vuestras vidas? —Un sí ensordecedor retumbó en el medio del mar—. ¡¡Perfecto!! Esa es la clave de la vida, no tomársela muy en serio. ¡Es así como empieza la fiesta!

La gente aplaudía, silbaba e incluso chillaba de la emoción, de lo que esperaban de esa noche.

—Necesitaremos una mano inocente. —Se fue moviendo por el público con las bolsas de tela que contenían lo que nos habían pedido antes de embarcar. Y llegó a nosotros—. ¿Qué mejor que un buen policía para ello?

Miranda me observó con una radiante sonrisa, pero no. Así que, sin pensar, alcé la mano de Ben. Era su despedida, le tocaba apachucar con las consecuencias.

Entre risas, bailecitos y aplausos se lo llevó al centro de la cubierta, sonaba la canción *Las Babys* de Aitana. ¿Dónde nos habíamos metido? Con lo bien que hubiésemos estado alquilando una casa a las afueras de Barcelona, con piscina, barbacoa y una switch. Encerrados allí, bebiendo y jugando a la consola sin parar. Jamás dejaría que Jorge se volviera a encargar de una despedida, y menos contratando a una organizadora. Para ser sinceros, no me estaba enterando de mucho. El ambiente estaba muy animado, ¿y cuál era el problema? Pues que estaba más

pendiente de ella que lo que sucedía a mi alrededor.

Abby se reía con el chico que se sentaba a su lado. No debería afectarme, es más yo debería estar haciendo lo mismo que ella, lo que me había propuesto esa misma tarde. Pero me afectaba, claro que lo hacía. Joder. No los mires, me ordenaba a mí mismo. Aunque, cómo no, terminé desobedeciéndome y nuestros ojos colisionaron de nuevo. El tío con el que hablaba parecía emocionado pensando que la tenía en el bote. Qué equivocado estaba, tenía ganas de verle la cara cuando descubriera que ella era la novia.

—¡Muchas gracias, guapetón! —Volví en mí y vi que Miranda le pellizcaba el moflete a Ben después de presentarse—. Ahora, deberás sacar dos papeles de esta bolsa negra y uno de la roja. Después dirás los números que están escritos, las dos personas que saldrán serán un equipo. Y, para finalizar, extraerás la parte del cuerpo que las unirá durante toda la noche. Las reglas son muy fáciles: no separaros de la zona que os ha tocado porque si lo hacéis, bebéis.

Sería tener muy mala suerte que me tocara con Abby, ¿verdad? Aunque una parte de mí lo deseara para apartarla de ese baboso. Era casi imposible que eso sucediera. Había más de cincuenta personas, el porcentaje era minúsculo. Como dijo el animador, Ben fue sacando los papeles correspondientes para ir formando las parejas. Cuando salió el chico de su lado me alegré. No les tocaría juntos, y era un descanso. Poco a poco quedábamos menos. Y ¿lo adivináis? Entre las seis personas que faltábamos estábamos Abby y yo. Nos mirábamos sin dar crédito. Ella enfadada, suponía que por el desplante de esa tarde. Y yo, rabioso por cómo ella fue capaz de ignorarme en un suspiro y porque el destino nos unía una y otra vez, sin darme tregua.

—Y el último grupo... —informó el *drag queen*—. Números veinticinco y doce. Y la parte del cuerpo es... ¡Qué mamarrachos! —Se rio ella con malicia—. ¡La cintura!

Joder.

CAPÍTULO 13

*PERREANDO TODA LA NOCHE
CON LAS BABIES*



¿Acaso la vida era tan retorcida que estaba haciendo todo lo posible para juntarnos de nuevo? ¡Jodido destino! Maldito caprichoso que lo único que hacía era complicarnos la existencia.

Lo que más quería en ese momento era tirarme al suelo y patalear. No me extrañaría que me diese una taquicardia. Cuando salió mi número junto al suyo me cortó el rollo de golpe, y al anunciar la zona que debíamos unir no pude hacer otra cosa que parpadear varias veces para cerciorarme de que no era un sueño. Lo intenté de todas las maneras posibles, cerrando con fuerza los ojos y contando hasta tres para volverlos a abrir con el mismo resultado. Me había tocado formar pareja con Santi, y encima debíamos juntar nuestras cinturas. ¿Quién demonios

había puesto esa parte del cuerpo? ¿No podía escoger un dedo, como había hecho yo? Aunque mirando a mi alrededor podía darme por satisfecha...

Martina me empujó hacia delante mientras bailaba y gritaba a en mi dirección:

*La gente se entera que yo estoy soltera de vuelta
Party la noche entera con todas mis nenas...*

Natalia, contagiada, me guiñó un ojo y Andrea negaba con la cabeza.

Me situé a regañadientes al lado de Santi sin apenas dirigirle la palabra. Estaba enfadada y agradecería al universo que me concediera seguir estándolo. No solo por el desplante en la pista de baile de esa tarde, sino también por el hecho de que ellos se quejaron de nuestra impuntualidad y pecaran de lo mismo, ¡se habían retrasado casi tres cuartos de hora! Y nosotras casi la palmamos en el taxi. Y no nos olvidemos de que había pasado completamente de mí, como si no existiera, desde que habían llegado.

—¿Estás enfadada? —preguntó él, serio, con la vista clavada enfrente mientras Miranda PaCuenca, cuando por fin se detuvo la canción de Aitana que habían puesto en bucle para los sorteos, volvía a repetir por el micro las normas del juego.

No era nada justo... Dos malditas palabras que salieron de su boca hicieron latir mi corazón con vida propia para intentar escapar de mi cuerpo con triples mortales. Intenté controlarlo depositando mi mano en el pecho. Había tomado una decisión: haría como él, lo ignoraría. No contesté.

Al ver que no hablaba se giró hacia mí y me observó con detenimiento, imitándome. Madre mía, estaba tan guapo que sería capaz de, a la que no se diera cuenta, empotrarlo contra la pared y besarlo hasta quedarme sin oxígeno. Eso que me faltaba ahora mismo y que no me llegaba a la cabeza y por eso pensaba esas burradas. No paraba de rememorar el bailecito de esa tarde. Basta, Abby.

Notaba que Santi esperaba una respuesta, pero no pensaba hacerlo. Me crucé de brazos y desvié la mirada.

—A mí tampoco me gusta la idea...

—Me dejaste plantada en medio de la pista, como comprenderás, muy feliz no puedo estar —le solté. Hala, ya lo había dicho. Por lo menos ahora me sentía más tranquila.

Y Santi pasó de mí, no iba a entrar al trapo. ¿De qué me había servido contestarle? De nada. Por lo poco que empezaba a conocerle intuía que era parco en palabras, las justas y necesarias. El *drag queen* se puso a nuestro lado y dio por inaugurada la noche. Habían puesto una cuenta atrás en una gran pantalla a través de un proyector. Cinco segundos y tendríamos que unirnos si no queríamos empezar a beber. Quedaban muchas horas por delante y necesitaba estar lo más serena posible para aguantar la fiesta sin tirarme encima de él y manteniendo a flote mi nueva misión: ignorarle. Yo también me sabría comportar como si nada me importara.

En el último segundo, Santi me cogió de la cadera y me acercó a él juntando nuestras cinturas. Al notar el contacto resopló. ¿Tan mal lo pasaba? Yo me removí inquieta.

—Esta tarde no te molestaba estar pegada a mí —replicó sujetándome con fuerza.

Una idea maligna apareció por mi cabeza al recordármelo. Cierto, a mí no me molestaba lo más mínimo, aunque a él sí. Santi quería justo aquello porque, si se enrollaba conmigo, faltaría a su palabra... Una sonrisa de suficiencia floreció en mi rostro. Abortaba misión. Esto era ser mala persona, pero solo quería pasarlo bien, sin pensar en las consecuencias de mis actos y, al finalizar..., si te he visto no me acuerdo. Aparte, eso me ayudaría a mantener a salvo a mí ya no tan destrozado corazón. Si es que estaba que me salía, arriesgándome a hacer locuras según me

venían. Ni siquiera me reconocía. Pero tenía que ser sincera, esta nueva Abby, tan desinhibida y que solamente miraba por ella misma, me encantaba.

El único impedimento que tenía para no saltarle a la yugular era mi respeto a su reticencia a enrollarse con una chica con pareja y a punto de casarse, pero ya nada de eso importaba, no iba conmigo, ¿verdad?

Para él estaba prometida, sin embargo, no era cierto. Aunque eso él no lo sabría nunca. Lo volvería tan loco como él me volvía a mí.

Apuré la copa que tenía entre mis manos, la que nos habían dado justo al entrar, y observé a Santi de manera desafiante. Empezaba el juego.

—Vayamos a por una copa —le sugerí mientras le mostraba la mía, ya vacía.

Lo arrastré por toda la cubierta, apartando como podía a la gente que no paraba de bailar al ritmo de la música latina. Hacía un rato que había perdido a las chicas. No me preocupaba, ya las encontraría. Miranda PaCuenca estaba haciendo un show digno de un concurso de talentos, incluso se abrió de piernas, haciendo un espléndido spagat mientras sonaba la conocida canción de *Nochentera*. Santi me seguía los pasos apretándose a mi cintura, sin separarse ni un milímetro. Él no quería beber, se le notaba por el comportamiento.

—Ten cuidado... —Lo puse a prueba alejándome un poco para bajar los escalones que nos llevaban a la barra de la cabina. Y como intuía, estaba en lo cierto, intentó con todas sus fuerzas mantenernos bien juntitos.

Llegamos a la barra y pedí, rememorando esa tarde, un par de tequilas y se lo ofrecí. Primero, me miró con mala cara, pero al final terminó aceptándolo.

—¡Por fin te encuentro! —Se acercó a nosotros Martina huyendo de Manu, la pareja que le había tocado, interponiéndonos entre los dos. Parecían llevarse de maravilla.

—¡Te toca beber y no han pasado ni cinco minutos! —le recriminó Manu a Martina mientras intentaba pillarla, mareándome en el intento, no paraban de dar vueltas a nuestro alrededor y en cualquier momento echaría la pota.

Entre ellos dos y el vaivén del barco, me faltaba poco y eso que me había tomado una Biodramina por si acaso. Pero, que no os engañen, no sirve para nada. Debes tomártela media hora antes de subir a la embarcación o mueres.

—¿Estás bien? —preguntó Santi con esa voz que tanto me ponía al verme perder un poco la estabilidad.

Yo asentí con la cabeza y me agarré con fuerza a sus robustos brazos. Aproveché para tocar algo de más, pasé mis delgados dedos contorneando sus tatuajes, esos que tanto me gustaban. Santi suspiró sin apartar la mirada de mis labios, me los humedecí a conciencia de la forma más sensual que sabía. Si él quería creer que algo podía detenerme con mi nueva misión, qué poco me conocía. Iría a por todas.

—¡Que sí, pesado! ¡Que ya bebo! —Se detuvo en mi espalda Martina, y me hizo girar hacia ella rompiendo el momento—. ¿Tienes Sanabacanal?

Asentí con la cabeza, siempre que salía lo llevaba conmigo. Le pedí que sujetara mi chupito para buscar en el pequeño bolso, que tenía cruzado en el pecho, el cajetín. Hacía un par de años empecé a investigar la manera en la que la resaca no nos tumbara. Porque conforme iban pasando los años y bebíamos, peores eran las mañanas siguientes. Así que hallé la fórmula que nos salvó de las borracheras... Y eso que probamos con todo, incluido seguir bebiendo durante el día siguiente, que ya os adelanto que tampoco funciona. Ni siquiera con la bebida mexicana que sirve para ello llamada Michelada. Y así nació Sanabacanal, un comprimido natural de vitaminas B1, B6 y B12. Le tendí la pastilla para que se la tomara.

—¿Esto que es? —preguntó Santi confuso y parándole la mano a Martina para que no se la tomara sin investigar y saber de qué se trataba. Maldito controlador.

—Tranquilo, guaperas. No es droga, son vitaminas antirresaca que funcionan de puta madre —confesó ella apartándole la mano.

—¡No lo había oído en la vida! ¿Me das una? —me pidió Manu.

Se la entregué y me giré a Santi para ofrecerle otra. Él declinó mi oferta, no pensaba beber. Qué creído se lo tenía. Bebería y le haría perder la cordura, de esa noche no pasaba.

—Tienes que patentarla, Abby, ya te lo dijimos. Funcionan, son la hostia, te forrarías y nosotras podríamos vivir del cuento.

—Que... ¿tu amiga te ha comprado una reseña? —la chinchó Jorge, acercándose a nosotros con Ben, que les había tocado juntos, para variar—. Muy buena valoración por tu parte... Con el historial que tienes incluso me sorprende.

—Capullo. Sabes que podría hundirte en cero coma, ¿no? Solo con decir tu nombre...

—Esto sería demasiado ruin incluso para ti.

Jorge le tiró un beso con guiño incluido para provocarla.

—Es la segunda, ¿no? ¿Ya vas tan mal? —le pregunté preocupada.

Normalmente se debían tomar tres para que hiciera más efecto; una antes de empezar a beber, otra cuando empezabas a ir piripi y la última cuando ya no ingerirías más alcohol, eso sí, cada una con una gran dosis de agua.

—Sí, este... —señaló divertida a Manu que no dejaba de sonreír, se lo estaban pasando muy bien—. Hace que me aleje de él cada dos por tres, ¡su objetivo es emborracharme!

Anda, como yo con Santi, sonreí pícara.

—A falta de un te amo bueno es un tequila —dijo ella antes de ponerse la cápsula a la boca y beberse MI tequila de un solo trago.

—Otra vez con esta frasecita —bufó Jorge para molestarla.

—¿Qué pasa? Es nuestro nuevo grito de guerra.

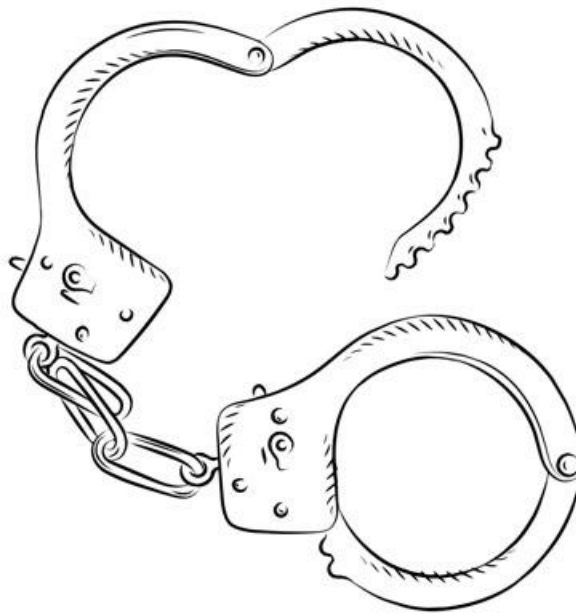
De golpe por los altavoces empezó a sonar la canción con la que habíamos revolucionado el cotarro esa misma tarde. La habían pedido las chicas que estuvieron con nosotras durante la fiesta, en nuestro honor. Vi acercarse a Andrea y a Natalia con sus respectivas parejas. Y comenzamos a entonar esa parte que iba de maravilla con nuestro atuendo.

*Yo no soy marinero
Yo no soy marinero, soy capitán
Soy capitán, soy capitán...*

Y empecé a moverme como una lunática, encajando mi pelvis con la de Santi, restregándome y perreando como una loca. En más de una ocasión pensé en detenerme para darle un respiro, la tenía muy dura gracias a mis provocaciones. ¿Lo hice? La verdad es que no, que se aguantara o que se corriera. A mí, plim.

CAPÍTULO 14

EN QUÉ ESTRELLA ESTARÁS



La ironía del destino parecía burlarse de mi determinación de resistir la atracción que ella despertaba en mí. Sin pretenderlo me estaba dejando llevar, dejando florecer ese chico que una vez fui, ese adolescente que perdió la oportunidad de ser quien era para hacerse cargo de una situación que, a su edad, no le correspondía, intentando fingir que no dolía, que no me escocía, que podía soportarlo porque estaba superado. Fue duro renunciar a todo lo que había deseado. Así que esa noche, por una vez, estaba decidido a desafiar a mis propios principios.

¿Mala idea? Seguramente sí, aunque ya no importaba. Abby estaba rompiendo con una rapidez asombrosa cada uno de los esquemas de mi vida. A parte de mi cadera, mis ojos no podían apartarse de ella. Era tal el magnetismo que nos unía que, a pesar de conocer cómo

terminaría la historia, estaba dispuesto a ceder por ella. Dejé de lado mis cambios de humor, que ni yo mismo entendía, mientras dejaba entrever a ese Santi que, al parecer, tanto le atraía. A partir de ese momento, todo fue a mejor.

Fui testigo de cómo ella y sus amigas bailaban, reían y canturreaban los éxitos del verano. Gritaban con cada canción que se sabían, es decir, casi todas.

—¡Salir con vosotras debe de ser muy intenso! —exclamó Manu sin dar crédito a lo que hacían.

—La verdad es que la palabra aburridas no existe en nuestro diccionario —se descojonó Natalia sin parar de moverse—. Ya sabéis, si queréis pasarlo bien en Barcelona, no dudéis en llamarnos.

Negué con la cabeza y taladré con la mirada a mi amigo. Dudaba que algo así pasara, sería mejor dejarlo en esa noche, sin más pretensiones.

Más tequilas, más canciones, más confesiones que nos hacíamos Abby y yo en la oreja, riéndonos de todo. Me encantaba mostrarle esa parte de mí que durante tanto tiempo anulé. La atracción había pasado a un segundo plano, y me había adentrado en uno más peligroso. Aunque sería muy estúpido por mi parte enamorarme de alguien a punto de comprometerse, ¿no? Sin embargo, me lo estaba poniendo muy muy difícil.

El caso era que cada vez me gustaba más pasar tiempo juntos, y si a eso le sumábamos que no nos habíamos separado ni un maldito centímetro... Pfff... ¡había estado empalmado durante toda la noche, y no disminuía! Como continuase así se me gangrenaría...

El ambientazo era increíble, en un momento dado, después de bailar una balada, a nuestro alrededor solo había parejas besándose. Menos nuestros colegas que, ya cansados, estaban en unos asientos hablando. Abby se había fijado en lo mismo y, al volverse hacia mí, sus ojos me atravesaron y se oscurecieron haciéndome mil promesas sin decir ni una palabra. Su colonia me hacía salivar. Usaba una de esas tan femeninas, afrutadas, cuyo olor era adictivo y que te pasarías media vida esnifando. La garganta se me secó y mis ojos se perdieron en sus labios. En ese instante mi cabeza era un hervidero de perversiones de todo lo que quería que me hiciera en todas las posturas existentes y por descubrir. Entonces, la oportunidad de escapar se presentó en forma de una excusa sutil: la necesidad de una copa para calmar los nervios que amenazaban con traicionarme.

—Necesito beber algo —logré decir para cortar ese momento de tensión sexual que nos había envuelto—. Vayamos a por unos tequilas y con los demás.

Sorteamos a la gente, me estaba acostumbrando a que Abby fuese una extensión de mi cuerpo, ya no era tan complicado avanzar con ella pegada a mi pelvis, hacía rato que ya no tenía nada que esconder.

El bar estaba repleto de risas y grandes conversaciones, pero mi mente estaba en otra parte. Necesitaba un respiro, un momento para reorganizar mis pensamientos y resistir la embriagadora conexión que Abby y yo compartíamos. Después de unos minutos de empujones y cola, por fin nos sirvieron nuestros chupitos.

—A falta de un te amo, bueno es un tequila —pronunció de nuevo esas diez palabras que no llegaba a comprender. Cada vez que hacían un brindis, decían esa frase.

Lamimos la sal y nos bebimos su contenido de un solo trago para terminar mordiendo la rodaja de limón. Mi garganta escocía y para ella parecía un simple juego de niños. ¿Cómo podía ser?

—¿Qué significa? —le pregunté haciendo referencia a esa expresión.

—Mmm... —reflexionó mientras buscaba una respuesta válida—. Pues que, en ausencia de

declaraciones de amor o de romanticismo en tu vida, el tequila puede ser una alternativa o un consuelo.

—Pero a ti no te falta...

Abby puso los ojos en blanco y, en consecuencia, se tambaleó ligeramente, sus movimientos eran inestables, la sujeté con fuerza y la anclé a mi cuerpo. Estaba pálida, una sensación de malestar se reflejaba en ella.

—Vamos a tomar el aire, te urge si no quieres terminar en el suelo.

Ella me observó entrecerrando sus parpados, intentando focalizar su mirada. Sus músculos perdían fuerza, sus gestos eran lentos, descoordinados. Su respiración se había vuelto irregular, acompañada de un leve sudor en la frente.

—Creo que será lo mejor... —balbuceó con la boca pastosa.

La cogí en brazos para ayudarla, pegándola a mi pecho, como si de una princesa se tratará. Se revolvió ante mi intento, pero terminó cediendo. Me angustiaba que no llegase afuera ilesa. ¿Desde cuándo me preocupaba lo que le pasase? Joder. Tampoco podía dejarla así, ¿no? Lo haría por cualquiera en su misma situación... Había bebido demasiado y ahora empezaba a ver los resultados, maldita irresponsable.

Llegamos a la proa del barco, el viento acariciaba nuestros rostros y las estrellas iluminaban el cielo nocturno. No había nadie, estábamos solos, la gente se encontraba al otro lado gozando de la fiesta o en el bar, bebiendo y charlando sin parar. El lugar disponía de unas tumbonas para descansar. La tumbé en una de ellas y me senté a su lado.

—Te has separado de mí, deberías estar encima para seguir uniendo nuestras cinturas. ¿Por qué no lo haces, Santi? —preguntó con una erótica voz, haciéndome estremecer—. ¿Tienes miedo a lo que pueda suceder a continuación?

Abby se incorporó con una sonrisa traviesa, la brisa le había sentado de maravilla incluso había recuperado su color. Estaba muy cerca de mí, a pocos centímetros de mis labios, como si supiera que besarnos era la acción que en ese momento estábamos destinados a vivir.

—No es miedo, Abby. Es responsabilidad. Estás comprometida.

—¿Y si rompiera con el compromiso? Te deseo, Santi, mi corazón late muy fuerte cuando estas cerca. Y...

No la dejé continuar, me separé de ella, sus palabras me asustaron. ¿De qué iba todo aquello? ¿Romper su compromiso? ¿Que sentía algo por mí? Me levanté y di unos pasos hacia atrás, alejándome de ella. La miré con seriedad, intentando ocultar los sentimientos que se habían desatado en mí con su declaración. Una turbulencia emocional bullía en mi interior y debía dominarla.

Suspiré. ¿Cómo podía tener tanto autocontrol incluso en un momento como ese?

—Lo siento, no puedo darte lo que desees. No sería justo ni para mí ni para ti. No cruzaremos esa línea, son mis reglas. ¿Lo has olvidado?

Abby me observó con una mezcla de deseo y desafío. La luna la iluminaba, intensificando su figura y capturando el instante que estábamos viviendo, haciéndolo más emocional, más nuestro.

—Santi, las reglas están para romperse, vete a otra con esta excusa.

—Si dejamos que suceda, tendremos problemas. ¿No lo entiendes?

Mi voz sonaba firme, ya le había dicho todo lo que le tenía que decir. ¿Por qué insistía? Una noche de sexo desenfrenado, un compromiso roto, un nosotros que jamás sucedería, ella destrozada y yo también. Mi corazón latía descontrolado. Abby se alzó de su asiento y se acercó de nuevo a mí, tambaleándose, a causa de su mareo. Cuando llegó a mí, su perfume embriagador inundó mis sentidos. Bebiendo como lo había hecho, ¿cómo podía oler así de bien?

—¿Y si las consecuencias valen la pena? —susurró para después rozar sus labios contra los míos, dando paso a la pasión vertiginosa que Abby estaba dispuesta a desatar.

Con la poca fuerza de voluntad que me quedaba la aparté de mí. La había rechazado otra vez. Aunque me muriese de ganas de hacer lo contrario.

—Ahora que estas recuperada, vámonos con los demás.

Abby me miró con una mezcla de decepción y aceptación. Aunque sus ojos reflejaban cierta tristeza, por fin, pareció comprender mi posición.

—Abrazame —me suplicó mientras apartaba la mirada—. No puedo beber más, y si nos ven separados tendremos que cumplir con el juego.

Se recolocó su vestido de marinera con un gesto decidido y la agarré por la cintura anclándola a mí.

Nuestro gemido resonó y se difuminó en el aire, la decisión estaba tomada.

Ben, Manu, Martina y Andrea se hallaban en unos asientos con unas copas entre sus manos, hablando, como si fueran colegas de toda la vida. Sin embargo, no había ni rastro de Jorge y Natalia.

Me senté al lado de Ben y, justo cuando iba a colocar a Abby encima de mi regazo, entendí que su ataque no había terminado.

—Necesito ir al baño... —comunicó delante de todos.

Sería cabrona.

CAPÍTULO 15

*NO SÉ CUÁNTO DURA UN RATO,
PERO LO QUIERO INFINITO*



Me encantaba esa faceta de él; me encantaba que se soltara, que me explicara cosas, que hablara. Me encantaba saber que era la única con la que lo hacía. Me encantaba que hiciera florecer a la antigua Abby y que a él le divirtiera tanto. Me encantaba ponerle una y otra vez entre la espada y la pared. Esa noche había descubierto un nuevo Santi, uno más divertido, cariñoso, inteligente y que, por cómo nos habíamos movido en la pista, tenía pinta de que el sexo se le diera muy bien; solo esperaba poder descubrirlo esa noche.

Cuando comuniqué que debía ir al baño, sin de verdad necesitarlo, hubo tres reacciones muy diferentes. Santi no se creía lo que estaba a punto de suceder y no se lo veía muy convencido.

Andrea me lanzó una mirada de desaprobación, no le parecía bien que jugara con los sentimientos de otra persona. Y Martina me guiñó el ojo animándome a pasármelo de puta madre con el poli guaperas.

Así que allí estábamos, otra vez solos, haciendo cola para entrar en los baños, con un Santi más taciturno, como si estuviese valorando todo lo que le pasaba por la cabeza y con nuestras cinturas totalmente pegadas. ¿Se habría dado cuenta de mi artimaña? Después de lo que había sucedido minutos atrás, sabía que estaba jugando sucio.

—Cuando entremos, nos separamos —me susurró en el oído.

Qué bien olía el condenado.

—Mmm... Me encanta que me atraveses con tu pistola cargada de nuevo... —respondí juguetona subiendo mi mano por su muslo con lentitud.

—Estar así de pegados es el causante y tú no me lo pones fácil, joder —dijo rabioso, removiéndose y retirando la mano que estaba a punto de llegar a su destino.

El barco se empezó a mover de nuevo, nos dirigíamos hacia el puerto, y perdí el equilibrio. Suerte que Santi estaba a mi lado y me agarró con un rostro enfurruñado, destilando seriedad. Estaba mucho mejor que antes, pero el mareo seguía jugándome malas pasadas.

—La Biodramina no me ha servido de nada...

—No es culpa del barco, eres tú, que te has bebido hasta el agua de los floreros. ¿Siempre eres así de irresponsable?

Resoplé, tenía razón, me había pasado. Santi me sujetaba con fuerza, era verdad que estaba aturdida, sin embargo, probaría a hacer pis, y así estaba segura de que mi nivel de alcohol disminuiría y me encontraría un poco menos borracha. Aunque no estaba muy convencida de que durante el resto de la noche no volviera a mi estado de embriaguez.

Después de unos minutos sumidos en un silencio, por extraño que pareciese, para nada incómodo, por fin pudimos entrar.

Santi cerró la puerta tras de sí y nos quedamos a solas. Se separó de mí mientras me observaba sin saber cómo proceder. Su mirada, sus labios..., aquel hombre me volvía loca. Lo que pasó a continuación nunca me lo hubiese imaginado: sin más, me besó.

Santi empezó a comerme a besos mientras me tocaba por todas partes haciéndome estremecer. Por fin obtenía lo que quería, por fin, había derribado de un plumazo todos esos muros con los que me chocaba una y otra vez sin parar. Por fin, Santi había caído en la tentación. La música de la fiesta desapareció y ambos olvidamos dónde nos hallábamos mientras un deseo atroz se apoderaba de nosotros. Estaba tan bueno y me había hecho sentir tan yo de nuevo que estaba cagada y para nada convencida de que no me arrepentiría de ello.

Acallé esa voz que me detenía, dejé de pensar en esas consecuencias que él mismo me había advertido, de medir el impacto de mis actos, de ser tan racional y tener todo programado, y saqué, de una vez, mi parte impulsiva a flote.

Había llegado el momento definitivo para expulsar a la Abby del pasado.

«Lo que ocurre en Salou, se queda en Salou», me dije a mí misma para convencerme de lo que hacía. Lo que pasara después no me importaría, ni un poquito, me repetía.

Deslicé mi mano por su pantalón. Como pude notar anteriormente, estaba erecto, muy duro y preparado para mí. Pff..., era enorme.

Santi se separó un instante de mí y soltó una risita malvada al ver mi cara. Tiró de mi muñeca y me empujó hasta el lavabo.

—¿Se te han pasado las ganas? —Señaló la taza mientras se relamía con una sonrisa perversa. Se me había olvidado por completo y ahora, excitada, me costaría horrores hacerlo.

—Ahora no puedo...

—¿Y se puede saber por qué? —Me escaneó con la mirada ante mi silencio, jamás se lo diría—. Respóndeme.

—Porque estoy muy excitada y, en realidad, no tenía tantas ganas de hacer pis.

Santi asintió con socarronería, le gustaba lo que escuchaba y volvió a centrar su atención en mis labios. En ese momento me sentía como su muñequita, dejándome hacer todo lo que quisiera. Empezó a subirme la falda marinera, enrollándola entera en mi cintura y dejando entrever el ligero de las medias. Sus ojos brillaban de admiración. ¿Qué tendrían los hombres con la lencería?

—¿Era esto lo que querías?

Asentí. Se arrodilló ante mí, me sacó el zapato izquierdo y, después, hizo lo mismo con el derecho. Deslizó su dedo índice por mis medias hasta la cinturilla y las destrozó de un tirón, haciéndolas trizas. Quería jaderar, pero, si lo hacía, los del exterior podrían oírnos. El alcohol, por una puñetera vez en mi vida, había surtido el efecto que deseaba, y que nos escuchasen me volvía aún más loca.

Santi por fin llegó a mi tanga, seguro que notaba mi humedad, y no me avergonzaba que lo hiciera. Quería que viese lo que producía en mí, lo cachonda que estaba. Besó mi sexo por encima de la tela, provocándome un cortocircuito cerebral y haciéndome temblar del placer. Ascendió hasta mis pechos, subiendo a su paso el top que los cubría y sacándolos del sujetador para empezar a lamer los pezones, succionándolos con fuerza y mucha dedicación. Sopló sobre ellos, hinchándolos. No era consciente de que estaba gimiendo hasta que Santi tapó mi boca con una de sus manos, subió hasta quedar frente a mí y, con una sonrisa de lo más sucia, susurró:

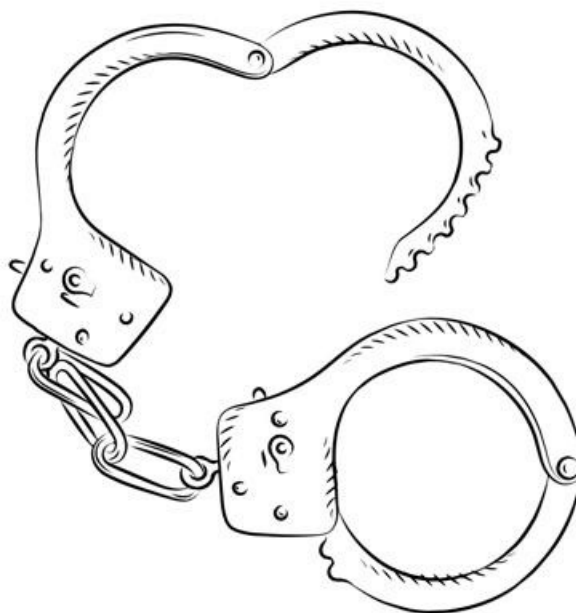
—Te voy a follar duro y muy fuerte, Abby... Espero que te guste el sexo salvaje, porque así es como lo haré para que recuerdes el resto de tu vida que me perteneces.

Y eso me calló de golpe. Ese rato que pasaríamos juntos, tan pegados, dando rienda suelta a nuestra pasión, no sabía cuánto duraría, pero me di cuenta de que lo quería infinito.

¡Madre mía con el madero!

CAPÍTULO 16

*SER INCAPAZ DE TOMAR
BUENAS DECISIONES*



Una vez me enfundé el preservativo, la envestí de un solo golpe, de una estacada, sin suavidad ni purpurinas. Sin prepararla, haciéndolo del tirón, una y otra vez sin parar, sin descanso. Me apartaba hasta casi salir de su interior y volvía a introducirme en ella con fuerza, llenándola entera. Me la sudaba no ser tierno con Abby, quería volverla loca, como ella lo estaba haciendo conmigo. En poco tiempo se me había metido bajo la piel y eso me enfurecía. ¿Qué estaba haciendo conmigo?

—¿Más? —le pregunté con la voz enronquecida por el deseo apartando mi mano de su boca.

Ella asintió con los ojos cerrados, eso me enfadaba, quería que me mirase, que viera quién la

estaba follando en ese momento, que se diera cuenta de que no era su prometido quien la hacía jaderar, si no que era yo el causante de todos sus espasmos, de que ella estuviera cachonda y mojada por mí, solo por mí. Quería apartar esas imágenes de mi mente y disfrutar del momento. Desde el instante en el que juntamos nuestros labios, la realidad me asaltaba sin miramientos.

—¡Mírame, Abby! —le dije con una voz firme—. Y pídemelo.

Le mordí el cuello y masajeeé su culo mientras deslizaba mi miembro por su sexo, sin llegar a penetrarla. La quería hacer desesperar, volverla majareta.

—Santi, quiero más...

Aumenté el ritmo, una, dos, tres... hasta que sentí que en cualquier instante estallaría de placer.

Arremoliné mi mano derecha en su pelo y le di un pequeño tirón para que me volviese a mirar. Arrastré la otra hasta dejarla sobre su clitoris y lo rocé con suavidad sin detenerme. Abby, desinhibida, no paraba de reclamarme más y más.

Unos minutos más tarde se corrió, estallando de placer. Y unos instantes después de ella, exploté yo.

Nos quedamos apoyados el uno contra el otro, sin articular ni una palabra, exhaustos por la intensidad de lo que había ocurrido y calibrando lo que había sucedido entre nosotros. Había ocurrido lo inevitable, lo que ambos habíamos deseado durante todo el día, y ya no había vuelta atrás. La había jodido de la peor manera posible, faltando a mis principios. Me sentía fatal, no había sido capaz de tomar la decisión correcta, y llegué a la conclusión de que eso no cambiaría nada. Que dentro de unos meses Abby se casaría, y no sería conmigo.

—Mierda, joder... —murmuré separándome de ella, me sentía sucio, usado y muy confuso por mi comportamiento.

—¿Qué pasa?

Me di la vuelta para encararla, comprendiendo el porqué de esta locura. Era ella, joder, la nena que no me había sacado de la cabeza desde que la vi patrullando por mi zona; esa que, cuando la paré en el control, sabía que pondría mi mundo patas arriba si no ponía remedio y distancia. Me subí los pantalones, que habían terminado arremolinados en mis tobillos, de un solo movimiento. Desesperado, levanté de nuevo la cabeza hacia ella, que me miraba sin comprender mi cambio de humor.

—¿Qué? —preguntó de nuevo con su dulce y bebida voz.

¿No veía que estaba agobiado? ¿Qué demonios había hecho?

Sin apartarle la mirada, mi mente y mi corazón libraban una batalla. Mi yo responsable quería huir, no volvérmela a cruzaren lo que quedaba de noche y cambiar mi lugar de patrulla para no ser testigo de sus paseos con su futuro marido. Ese que la esperaba en Barcelona, lleno de ilusión, aguardando por su apasionado enlace.

Y, por otro lado, tenía a mi otro yo, al pérfido que se moría de ganas de hacerle más travesuras en ese diminuto baño y con ese jodido vestido de marinera.

—¿Por qué me miras de esta manera? ¿Qué quieres? ¿Otro polvo de despedida? ¡Joder! —Chasqueeé los dedos para enfatizar más mi actuación—. Eso me recuerda que estás aquí para eso, para tu despedida de soltera.

Cerré los ojos intentando controlarme, debía salir de allí cagando hostias si no quería terminar haciéndonos más daño del que ya nos hacíamos.

—No soy de esas —soltó antes de que abriera la puerta.

—Hace unos minutos sí que lo eras.

—Genial, Santi. Me encanta que me veas de esta manera, ¡esto solo me confirma que no me

conoces ni una mierda!

Joder. Sentí como su mirada se entrecerraba y su expresión mutaba del enfado a la decepción de un plumazo.

—Está bien..., perdona, mis maneras no han sido las correctas. ¿Ahora qué hacemos? —me atreví a preguntar, aunque ya sabía la respuesta.

—Nada de esto es real, Santi. Volveremos a nuestra rutina y me casaré.

De puta madre. «Lo sabía», me recriminaba una y otra vez mi mente. ¿Cómo podía haber sido tan inconsciente? Ella ya había obtenido de mí lo que buscaba, y le daban igual mis sentimientos.

—Pero podríamos ser amigos. Me caes bien, Santi, y estoy muy a gusto contigo.

Sacudí la cabeza, muy decidido, en señal de negación. A otro lobo con ese cuento. Ella esperaba mi respuesta. Era una egoísta y, aun sabiéndolo casi todo de mí, me la había jugado y había hecho que me fallara a mí mismo. Y caí en la cuenta de que jamás podría ser su amigo.

—Yo no puedo ser tu amigo, Abby. No quiero. No aguanto esta situación, ya tienes lo que has estado buscando desde que me conociste, así que, ahora, agradecería que me dejaras en paz.

Confusa, me observaba con el ceño fruncido con la ropa descolocada, preciosa. Abby se agachó un momento, cogió su tanga, ese del que minutos atrás me deshice, y me lo tiró con furia a la cara. Lo cogí al vuelo y me lo guardé en el bolsillo. Ahora pasaría la noche sin él y ese pensamiento me hacía hervir aún más la sangre. Y, con la decisión tomada, erguido, con la cabeza bien alta, salí del baño por la puerta grande, sin importarme las caras de sorpresa de las chicas que esperaban para hacer sus necesidades. Ya no quería saber nada más de ella.

CAPÍTULO 17

*SI ESTO ES UN SUEÑO,
NO QUIERO DESPERTAR JAMÁS*



Allí estaba, recomponiéndome el vestido y enjuagándome las lágrimas que pugnaban por salir en un cubículo de un asqueroso baño donde cada partícula de aire olía a sexo. Sexo del bueno. Disfruté del momento dejando de lado las responsabilidades y mi manía de hacer planes. Me permití gozar un poco sin sentirme culpable si no alcanzaba el propósito que tenía. Por eso me encontraba allí, en Salou, en una despedida falsa, con la esperanza de que fuese mi oasis en la mitad de mi desierto del autodescubrimiento emocional. Pero, aunque intentase disimular con mis chicas, decirles que era la nueva Abby y que todo estaba bien, me daba la sensación de que me engañaba, porque si era así... ¿por qué me sentía tan mal después de haberme acostado con

Santi? ¿Por qué no podía olvidarme de él si ya había obtenido lo que buscaba? ¿Por qué me dañaba tanto su enfado?

Antes de salir como una demente repasé mis propósitos, mis mantras, que me marqué cuando acepté esta locura de escapada. Uno de ellos era olvidarme de Mario, de momento, el que mejor llevaba. Por fin me había dado cuenta de ello; descubrí que lo que yo creía que era amor, con todas sus letras, era tan solo aprecio, monotonía y una zona de confort en la que yo me sentía segura. Que solo estaba con él por comodidad, por la rutina que habíamos establecido entre los dos y que nos había ido de lujo hasta el momento en el que decidí que para mí no era suficiente. Dolió. Sí que lo hizo. Porque con una persona que llevas tanto tiempo su simple ausencia pesa, pero no de la manera que imaginaba. Mario era un buen amigo y cuando llegase a Barcelona hablaría con él para recuperarnos, era una parte importante de mi vida y no la quería obviar más, nos merecíamos nuestra amistad, esa que habíamos cultivado durante tantos años. Esa que me pidió mientras cortaba conmigo y que no acepté armando un buen escándalo. Sin embargo, esos días había pasado por un luto, el de nuestra relación, y no fue fácil. Una semana me pasé llorando a moco tendido. Nadie nos enseña a afrontar la soledad, así que la viví desde el miedo, recordando todos los momentos que compartimos juntos, su olor, su manera de demostrar su cariño, sus salidas de tiesto que tanto echaría de menos. Marchándose sin más, dejando ese hueco que creía incapaz de llenar, sin darme cuenta de que tenía gente a mi alrededor dispuesta a hacer todo por mí, a tenderme la mano y llenar cada hueco de mi alma.

Con Santi había sido distinto, todo lo era con él. Sentía, de verdad, que me gustaba y que era yo misma uniendo a la Abby del pasado con la del presente, en mi estado más puro, en mi auténtica esencia. Y quedaba más que claro, después de lo sucedido, que mi deseo por él iba más allá del razonamiento. El juego se me había ido de las manos. Y había vuelto a salir herida. La mirada de decepción de Santi, su dolor y hacerle creer que me iba a casar obligándole a romper sus ideales... había terminado por hundirme. Era una mala persona y me merecía estar pasándolo así de mal. Me sentía emocionalmente seca, desamparada, y ya no podía más. Preferí decepcionarle, engañarle, antes que fallarme a mí misma. Y lo que no sabía era que lo haría de todas formas. Había salido de un fracaso sentimental, que por fin había entendido, y quería protegerme del amor sin darme cuenta de que estaba a punto de caer en él de nuevo a cuatro patas.

Salí de allí, las chicas que hacían cola me miraban apenadas. Fui al lavabo y empecé a lavarme las manos con jabón subiendo hasta los brazos, el cuello, la cara... Quería quitarme el olor a sexo que llevaba encima y, con el agua fresquita, intentar aclararme las ideas, porque las tenía un tanto nubladas y no sabía qué hacer, cómo reaccionar con él. ¿Cómo podría mirarle a la cara después de lo sucedido? Necesitaba hablar con Santi, debía decirle la verdad, por lo menos así disminuiría un poco esta presión que sentía en el pecho: la culpa.

Las chicas me esperaban en el sitio donde las había dejado antes de ir a hacer mis necesidades. No había rastro de los chicos y me sentí decepcionada.

—Solo dinos que estás bien... —me susurró Andrea mientras me abrazaban las tres a la vez, sujetándome con fuerza.

—Sí, todo se solucionará.

Ellas se separaron y me miraron mientras asentían. Sabían lo que había pasado en los baños minutos atrás con Santi y respetaban, por el momento, mi silencio.

Después de unos cuantos chupitos, atracamos en el puerto. Por los altavoces, Miranda PaCuenca nos informaba de que aún faltaba una hora más y que nos presentáramos en cubierta porque nos quedaba el último juego, el más importante. Con los ánimos un poco recuperados

porque ya sabía qué debía hacer, lo único que no tenía claro era cuándo, nos dirigimos allí.

La prueba consistía en interpretar una canción, la que más nos gustara, para poner el broche de oro a la despedida de esa noche con un gran premio para los ganadores: cinco días y cuatro noches con todo incluido en Menorca. Nuestros ojos se toparon con complicidad y una sonrisa lobuna apareció en nuestros labios, sabíamos exactamente cuál interpretaríamos. Lo que la organización no sabía es que esa era nuestra especialidad. Dar la nota era una de las mejores *skills* que teníamos juntas, las cuatro inseparables amigas. Seríamos las reinas de esa escena.

Natalia se dirigió a la tabla de mezclas del Dj para entregarle la hoja en la que apuntamos nuestro grupo y la canción que bailaríamos. Escogimos una oda al glamour de los años cuarenta, una época elegante y que a las cuatro nos encantaba, nuestros uniformes marineros pin-up así lo demostraban.

Unos minutos después la música jazz inundaba la sala y las notas inconfundibles de *Candyman* empezaron a sonar. Las cuatro subimos corriendo al improvisado escenario, los chicos no nos quitaban los ojos de encima. Menos los de Santi, que por fin lo había localizado, que se había girado hacia otra dirección y no me prestaba atención. ¿Por qué?

Como siempre, nos posicionamos de espaldas al público con Natalia y conmigo en el medio y con Andrea y Martina en los laterales. Y, con un giro y una sonrisa deslumbrante, iniciamos la coreografía que habíamos hecho infinidad de veces, ya que en el instituto hicimos clases de rock and roll y, a partir de ese momento, ese baile formó parte de nosotras y de nuestras fiestas.

Empezamos con un paso elegante de charleston, nuestros pies se deslizaban con gracia por el suelo mientras nuestras caderas se agitaban al ritmo de la música. Nuestros brazos y piernas se desplazaban con sincronización, los movimientos eran contagiosos, energéticos, coquetos y volvíamos loco al público. No era para menos, nos salía de maravilla.

—¡Chicas, el premio es nuestro! —susurró Martina casi sin aliento con una sonrisa resplandeciente en su rostro.

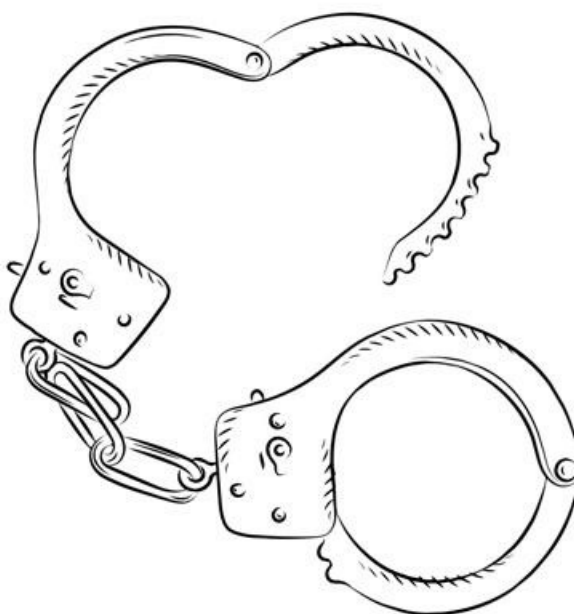
Asentimos en respuesta con un guiño de ojos sensual que nos hizo reír a carcajadas. Nos lo estábamos pasando de vicio. En ese momento no había cabida para pensamientos negativos, ni ralladas de coco por saber si hacía lo correcto o no con Santi. Ese era nuestro instante, y lo demás carecía de importancia. Era un tributo a la amistad que habíamos compartido a lo largo de los años, representando todo lo que habíamos vivido juntas.

Bajamos del escenario y avanzamos por la pista de baile con gracia y confianza. Era el momento de sacar a los demás a bailar para hacerlos partícipes de esta locura y que la vivieran de pleno. Varios chicos se acercaron con intención de ser mi pareja, aunque yo ya sabía a quién escogería. Vi a Santi girarse hacia mí y poner sus ojos en mi cuerpo. Los sentía a fuego. Su mirada me devoraba, sin tocarme, de una manera que me hacía pensar que jamás me había sentido así de deseada, ni con Mario cuando empezamos con nuestra relación. Mi mente me decía que aceptase a otra persona, que compartir ese instante con él complicaría aún más las cosas. Pero mi astuto cuerpo se dirigió hacia él sin miramientos. Después de eso, no tendría escapatoria y tendría que hablar quisiera o no conmigo. Estaba dispuesta a abrirme en canal, delante de todos si era necesario. A medida que me acercaba, Santi negaba con la cabeza, sabía que no me lo pondría fácil. La ayuda de Jorge, empujándolo hacia mí, me vino de perlas, ya lo tenía donde quería. En el momento en el que nuestros cuerpos se acoplaron y sus brazos rodearon mi figura, mi piel se erizó y me hizo temblar. Sin poder evitarlo, mis lágrimas empezaron a brotar de mis ojos y se deslizaron con lentitud por mis mejillas. Quería que me perdonase, que me diera la oportunidad de explicarme. Mi garganta se estrechaba a causa de un nudo provocado por todas las emociones que sentía y que dudaba poder detener. La música

seguía sonando al mismo ritmo que mis latidos, que retumbaban en mi pecho. Estaba entre sus brazos otra vez, notaba cada célula de su piel. Su tacto, su cercanía extrema..., y cerré los párpados mientras me dejaba llevar, deseando no despertar jamás.

CAPÍTULO 18

PRENDIDO DE TU CUERPO



Me volví de espaldas cuando el Dj pronunció el nombre de su grupo, no la podía mirar o caería rendido a ella y su forma, que me había demostrado con creces, sensual de bailar. Quería seguir enfadado con ella por hacerme perder el control y replantearme ciertas cosas que no estaba dispuesto a ceder, ni siquiera por ella.

—Joder con las marineritas... —dijo Manu mientras miraba embobado cómo se movían las chicas.

—Cuéntame qué pasa... —le susurré a Jorge para que solo me oyera él.

—¿Todo en general o la parte que te interesa? —preguntó descojonándose de mi situación ya que sabía perfectamente la respuesta. Resoplé—. Está bailando muy bien... Los chicos no

apartan su mirada lobuna de ella.

Hijos de puta. Quería que quitasen sus ojos de Abby. Era mía, joder. Otra vez esa maldita palabra que había empleado solo con ella. MÍA.

—Han bajado del escenario y se están acercando. Las chicas han salido para buscar a alguien que baile con ellas entre el público. Tío, se le están acercando bastantes hombres, yo de ti haría algo si no quieres que otro te la levante.

—¿Levantármela de qué? —Me giré hacia el escenario sin aguantar un segundo más—. Está comprometida joder.

—Pues yo veo que tiene cierto interés en ti...

Abby se aproximaba a mí mientras yo negaba con la cabeza. Y Jorge, cansado de la situación, me empujó hacia ella. Luego le diría cuatro cosas a ese personaje que se hacía llamar amigo.

La rodeé con mis brazos, apretándola contra mi cuerpo, otra vez estábamos juntos, un sentimiento de alivio creció en mí y pude respirar tranquilo. No era un ritmo lento y estábamos en pleno movimiento cuando noté como ella temblaba sin cesar y, más tarde, después de hacerla girar un par de vueltas, me di cuenta de que estaba llorando. ¿Qué le pasaba? Aunque quisiera negarlo, no me gustaba verla así, rompía todos mis esquemas y me escocía el corazón. Estaba vulnerable, replanteándose todo por mi culpa, por nuestra mala decisión. Y por más que me jodiese, jamás podría estar con ella, por su bien y por el mío. Al cabo de unos minutos la canción terminó, los dos respirábamos acelerados, intentando coger el aire que nos faltaba a causa de tanta actividad. Ella se retiraba con brío las lágrimas que surcaban su cara y yo necesitaba salir de allí antes de que fuera demasiado tarde. Me giré para irme con mis amigos, así no le daría tiempo a replicar. Sin embargo, la muy bruja, a sabiendas de mis intenciones, me agarró del brazo y pronunció esas palabras que tanto me temía.

—Tenemos que hablar.

Me quedé quieto, sin saber qué contestar, suerte que en pocos segundos escuché cómo el animador decía el nombre de nuestro grupo, teníamos que dirigirnos con rapidez hacia el escenario. Localicé a los chicos con la mirada y asentí.

—Dile a Natalia que grave bien el bailecito, que no tendrá otra oportunidad.

Me encontré con Manu, Ben y Jorge en la pista, haríamos el paripé un ratito para cumplir con nuestro trato y bajaríamos de inmediato. Odiaba la escena que montaríamos, pero habíamos dado nuestra palabra y la íbamos a cumplir. Acto seguido, nos plantamos en el centro dispuestos a darlo todo mientras las chicas nos observaban divertidas, menos ella. Seguro que Abby ya había informado a Natalia, puesto que estaba en primera fila con el móvil en la mano. Todo el mundo nos observaba y no era para menos. Cuatro tíos, guapos, ataviados con un uniforme policial, inertes allí con cara de circunstancias. Lo que estaba dispuesto a hacer me parecía más difícil que una misión de incógnito.

La letra de la canción comenzó, solo la habíamos escuchado un par de veces y, como si fuésemos modelos, empezamos a hacer poses de lo más bochornosas. Ellas no dejaban de mirarnos en ningún momento mientras sonreían con descaro. Cuando por fin el tema terminó, los aplausos resonaban por el espacio. Pasé por el lado de Natalia, que asintió con suficiencia y me guiñó un ojo. Trato cumplido. En la distancia me fijé en que Abby hablaba con sus amigas y se disponía a acercarse a mí. Negué con la cabeza, no era el momento, y Andrea, que se había fijado en toda nuestra conversación sin palabras, la detuvo a su lado.

—Bueno, bueno... —habló por el micro Miranda PaCuenca—, con estos bailecitos y desfiles ha subido la temperatura. ¿Quién no querría ser arrestada por estos pedazos de policías? —Las féminas del lugar empezaron a alzar las manos diciendo todo tipo de comentarios soeces que nos

hicieron enrojecer—. Creo que ha llegado el momento de dar el resultado de qué grupo obtendrá el gran premio para regalárselo a los futuros novios.

Un redoble sonó por los altavoces para crear más expectación y uno de los animadores subió al improvisado escenario para entregarle un sobre con el nombre escrito del ganador. La presentadora lo abrió despacio y sonrió.

—Y los ganadores son... ¡Las divas con la interpretación de *Candyman*!

Al oír aquello la locura y los gritos no se hicieron esperar. Todas saltaban, aplaudían y reían como si les hubiese tocado la lotería. Las amigas de Abby la empujaron hacia el escenario para que fuera a recoger el premio.

Abby, radiante de felicidad, subió en busca del premio, ese que tanto se merecía, mientras se reía. Pensar que lo disfrutaría junto a su futuro marido me enfermaba. Porque ese puto momento de imaginármelos en una cala privada, con las olas del mar rozándoles los pies mientras follaban sin descanso, me lastimaba. Porque quería ser él. Porque por fin me había dado cuenta de que me había enamorado loca y perdidamente de Abby. ¿Que de dónde vino el amor en tan poco tiempo? ¿Por qué me enamoré de esa manera tan visceral de ella? Primero fue por la atracción que sentía y mi obsesión por ella que crecía día a día cuando la observaba, desde las sombras, mientras patrullaba. Me gustaba su físico, era una mujer sencilla, con gracia, de las que conseguía que los hombres se voltearan cuando se cruzaban con ella. Luego, me sorprendió lo loca que estaba, lo igual que le daba el mundo y sus prejuicios y era ella misma en todo momento sin que eso le supusiera un problema. Sin olvidarnos de la manera en que poco a poco fue destruyendo los muros de mi interior. Incluso me hizo bailar, ¡cuatro veces! De todo eso al amor... no, no había un paso, era muchísimo menos, un milímetro, un insignificante milímetro para cruzarlo. Un milímetro que traspasé en el instante en el que me lancé a por ella en el baño. Y porque, como intuí desde el momento en el que la conocí, aunque no quisiera creerlo, Abby era esa clase de chica que une las piezas de un puzle que otros rompieron. Esa clase de chica que se merecía un final de cuento que otro haría realidad.

Esa clase de chica que jamás sería para mí, y debía entenderlo de una puta vez. Nos observamos fijamente y le sonreí, me lo pidió en nuestro juego y ahora se lo regalaría como despedida, porque sería la primera y la última vez que permitiría que una persona calara tan hondo en mi corazón. Abby me miró entre apenada y desesperada. Pude ver antes de girarme como su cara se ensombrecía, no había ni rastro de la chica feliz de segundos atrás.

Estaba dispuesto a irme cuando...

—Muchas gracias, de verdad. Pero debo declinar el premio. —Sus palabras me detuvieron e hicieron silenciar a todo el mundo—. No podría gozarlo sabiendo que no lo merezco.

—Pero, Baby... es un *regalaso* que podrás disfrutar con tu madirín, estarías *crazy* si no lo aceptas —le hizo entender Miranda PaCuenca para que pensara bien en sus palabras y lo aceptara.

Abby clavó su mirada decidida en mí.

—Justo por eso. Se me caería la cara de vergüenza cuando todo es una mentira y no estoy comprometida.

Un murmullo entre la gente la impidió continuar. Y yo no podía creer lo que estaba escuchando.

—¿Es otra amiga tuya la que se casa? —preguntó la animadora sin entender, haciendo callar a un público revolucionado.

—No, todas estamos solteras. Mi novio de diez años me dejó la semana pasada en la boda de mi prima —continuó con tristeza, y se escuchó un ¡oooh! de fondo—. Y mis amigas decidieron,

con un pacto que hicimos años atrás, disfrutar de una despedida de soltera por todo lo alto, pero sin novia. ¿Por qué solo pueden disfrutar de una fiesta de este calibre en las despedidas de soltera? ¿Por qué no se puede celebrar de la misma manera la soltería?

La gente que minutos atrás murmuraba empezó a aplaudir para darle los ánimos necesarios, estaban con ella.

No. No podía ser. Por favor. Justo en ese instante me di cuenta de que, por mucho que me pesase, en realidad, no conocía a la persona que tenía delante confesándolo todo. Que lo único que sabía de ella era la imagen que quería aparentar para solucionar el cacao mental y sentimental que la traía de cabeza.

Y qué fácil fue odiarla después de sincerarse delante de todo el mundo, a causa de la culpabilidad. Odiarla por haberme engañado, por creer empezar a conocerla y encoñarme hasta el punto de traicionarme a mí mismo para terminar descubriendo que todo era una fachada. Por haberme hecho olvidar mis ideales, haberlos mordido, masticado y tragado para vomitarlos a causa de una indigestión. La indigestión del engaño. Yo, que me creía analítico, que calculaba cada expresión corporal, que calaba a las personas porque eso formaba parte de mi trabajo. Y me equivoqué, me la metió doblada... Solo quería irme de allí, terminar con la maldita fiesta y no volver a verla en mi vida. Di unos pasos hacia atrás dispuesto a hacerlo.

—¡Santi, espera! —Bajó corriendo del escenario para llegar a mí y tirar de mi camisa deteniéndome.

—¿A qué estás jugando? —le grité zafándome de su agarre—. ¿Te lo has pasado bien? ¿Ha sido divertido engañarme? Tú y tus amigas os lo habréis pasado bomba haciendo enloquecer a una persona y jugando con sus sentimientos. ¿Qué era, otra apuesta de las vuestras? ¿Quieres saber más? ¿Quieres que te explique por qué no quería abrirme al amor?

Ella negaba la cabeza, muerta de miedo por todo lo que iba a decir. Sin embargo, ya no callaría. Se lo merecía.

—¿No? Demasiado tarde. Has ganado y ahora me vas a escuchar.

—Santi...

—Mis padres estaban enamorados, muy enamorados. Éramos una familia ejemplar donde el amor se respiraba por cada recoveco de la casa. Idílico todo, ¿verdad? Un puto cuento. Ahora te explico que mi padre trabajaba de policía, y que murió en una misión. Así, de la noche a la mañana, sin poderme despedir de él. ¿Te desarrollo cómo fue mi vida después de eso? —A cada pregunta que le formulaba más me acercaba a ella, hasta que no quedó distancia entre los dos, pero sin salir de mi zona de confort—. Vi a mi madre destrozada, estuve a punto de perderla. Porque, sí, Abby, sí que se puede morir de amor. Tuve que tomar las riendas de nuestras vidas, sacarla de ese pozo mientras intentaba superar mi propio luto, intentando no olvidarlo y siguiendo sus mismos pasos convirtiéndome en policía. ¿Y quieres saber lo mejor? Me prometí que jamás me enamoraría, que jamás haría sufrir a una persona como vi sufrir a mi madre. Curioso, ¿verdad? De lo que nadie me avisó fue de que quien podría salir herido era yo.

La odiaba, ya no quería nada de ella. Abby levantó su brazo a mi dirección y acercó su mano a mi mejilla. Pero no le permití tocarla.

—¿Te lo has pasado bien intentando enamorarme? ¿Cuál es tu puta mierda para hacer esto? Este era al Santi que querías conocer, ¿no? Felicidades, ya lo conoces.

—Santi, por favor, déjame explicártelo... —me suplicó entre hipidos que no podía controlar.

—Ya no. Adiós, Abigail.

Y dolía. Me dolió como dolió la muerte de mi padre, pero, esta vez sabía que tarde o temprano terminaría superándolo. La única diferencia es que a ella definitivamente la olvidaría. Retrocedí

un par de pasos, ya habíamos atracado de nuevo en el puerto. Jorge, Manu y Ben estaban callados. Jamás les había explicado nada de eso, y enterarse de esa manera, aunque no lo dijeran, les había afectado. Había perdido el control de mí mismo y todo a causa de una mujer que no merecía la pena. Agarrándome cada uno por un lado descendimos del barco, y en silencio nos fuimos al hotel, al día siguiente volveríamos a nuestras vidas y por fin podría olvidarme de esta pesadilla.

CAPÍTULO 19

*ACALLAR LOS DEMONIOS
QUE LLEVO DENTRO*



Grité de dolor cuando Santi se iba, me ahogué en sollozos tirada en el suelo mientras toda esa gente, desconocida para mí, me observaba con tristeza. Me permití esos segundos de debilidad, y me dejé caer. Quería llorar, sacarlo de dentro, porque cuando algo me hacía daño o me tocaba tan hondo en el alma, me derrumbaba. En unos minutos ya me levantaría y ya decidiría mi próximo movimiento.

Después de conocer toda su historia y de la peor manera posible, me di cuenta de que Santi era una de las mejores personas que el destino había puesto en mi camino. Me recliné por haber actuado de aquella manera, por no haberlo entendido, por no haber comprendido nada.

¿Cómo había sido tan ilusa de pensar que no sentiría nada por él? Santi no podía amarme, lo entendía y no me importaba, porque yo había decidido que sería la que tendría amor suficiente para los dos.

Solo deseaba verlo, tocarlo, besarlo, hablar con él, acariciarlo, curar uno a uno los arañazos que tenía en su interior. En definitiva, darnos la oportunidad de conocernos de verdad. Sin compromiso, sin saber qué pasaría, sin ponerme unos objetivos, sin prometernos amor eterno ni planear nada. Vivir el día a día sin más expectativas que compartir momentos juntos.

Esperaría, le daría esa distancia que necesitaba, ese tiempo que pondría cada cosa en su lugar. Solo me quedaba eso, esperar. Me iría a casa, me lamería las heridas deseando que el tiempo pasara lo suficientemente rápido para que volviera a mi lado; con eso, de momento, me valía.

—Abby, levántate. —Me tendió su mano Andrea, como siempre—. Nos vamos.

Mis amigas me arroparon y me sujetaron al mismo tiempo mientras nos dirigíamos a la salida.

Andrea se hizo cargo de la situación y habló con los animadores. El premio, al final, fue cedido a Ben y sus amigos. Habían quedado en segundo lugar y me sentía muy contenta de que fuese él quien lo disfrutara con su futura mujer.

No fuimos a la fiesta, cogimos el primer bus que la misma organización había dispuesto a lo largo de la noche para acercar a los asistentes a los hoteles que habían reservado. No había ni rastro de los chicos y eso me hundió, aunque, en esos instantes, sabía que era lo mejor. Quedarnos allí habría supuesto alargar demasiado un innecesario momento y tener que dar detalles de toda esta historia.

En media hora nos plantamos en la habitación, nos quitamos los vestidos de marineras y nos desmaquillamos para irnos a dormir lo más pronto posible y así madrugar al día siguiente para marcharnos a casa.

—Abby, ¿estás bien? —me preguntó Martina mientras me acariciaba el pelo.

Nos habíamos acurrucado las cuatro en la cama de matrimonio, muertas de calor, esa que ninguna de nosotras esa misma tarde quisimos ocupar.

—Creo que sí, solo estoy asimilándolo... —suspiré derrotada—. Ha pasado todo tan rápido que parece un maldito sueño.

—Hombre, para una comedia romántica da... ¡Cómo enamorarse perdidamente en un día! —enfaticó Martina intentándome animar y ganándose un codazo de mi parte.

—Si es que los tíos con el alma torturada siempre han sido tu perdición... —dijo Natalia subiendo y bajando las cejas uniéndose a ella—. Solo hace falta verte cuando vemos una de esas pelis y te mueres de amor por esa clase de chicos.

Las dos asintieron ante su afirmación.

—Joder, lo siento... —Se rompió Andrea con la voz entrecortada mientras me abrazaba con fuerza—. Sabía que terminaría mal y no he sido capaz de...

—Tiempo. Vamos a tranquilizarnos, no estamos aquí Natalia y yo intentando animar el cotarro para que tú lo vuelvas a hundir con tu voz de la conciencia. No hay culpable. Aparte, nadie te ha dado un silbidito para que aparezcas.

—Ni tampoco hemos gritado ¡Pepito Grillo!, así que, chitón.

Andrea resopló, no le gustaba que la comparasen con ese personaje de animación de la película de *Pinocho*. Y yo me reí sin poder evitarlo. Martina y Natalia, mis dos alocadas amigas fanáticas de Disney, y Andrea, como bien habían dicho, mi voz de la conciencia, eran lo mejor que tenía en la vida. Siempre lograban sacarme una sonrisa en un momento de debilidad y no sabía qué sería de mi sin ellas.

—Todo saldrá bien. Sé que la he fastidiado, pero tengo un presentimiento —dije en alto

tocándome el pecho a la altura del corazón—. Vendrá a por mí, solo está asustado.

Mis amigas se miraron entre ellas, para nada convencidas. No quise hacerles caso. Me rompía el alma pensar lo contrario.

—¿Y si no vuelve? —Me besó la frente Andrea—. ¿Cuál es tu plan B?

—Ninguno, ya no quiero hacer eso, viviré el momento, y lo que tenga que ser será.

En algún momento durante la conversación me quedé dormida, las cuatro lo hicimos.

Seis días después

Esperé seis largos días, manteniéndome ocupada con encargos de distintos comercios. Acepté más de los que solía hacer, así evitaba pensar. Pensar en él y contar las horas que tardaba en dar señales de vida, esas que no llegaban. Me convencí de que, en el mejor de los casos, podría olvidarlo, ¡apenas le conocía! Pero a medida que pasaban las horas entendí que sería incapaz de hacerlo. Estaba rota de dolor, se me aceleraba el corazón cada vez que mi teléfono emitía un sonido y, al ver que no era él, una aguda punzada me machacaba el estómago. Lloraba sin consuelo durante minutos encerrada en esas cuatro paredes de mi pequeño laboratorio. Me había quedado sin helado de mango y sin películas romanticonas para ver durante la noche. Decidí no hablar del tema con nadie o, por lo menos, durante la primera semana. Martina, Andrea y Natalia no se sorprendieron, sabían que era una chica altamente sensible y que necesitaba más tiempo para analizar y aceptar los estímulos internos a los que me enfrentaba.

El timbre me sacó de mis cavilaciones. Serían las chicas, ya habían pasado los días acordados y vendrían con toda la artillería pesada para sacarme a flote. Miré a mi alrededor, estaba todo echo un asco y yo llevaba mis gafas transparentes que utilizaba cuando trabajaba, mi bata blanca y mi pelo atado en una coleta alta alborotada. Penoso.

Abrí decidida y con un argumento que había hilado durante esos días para no preocuparlas, pero lo que vi me dejó ojiplática.

Mario.

—Hola, Abby. Perdona por venir sin avisar... —dijo él al reparar en mi aspecto desastroso—. Si molesto puedo pasar en otro momento.

Negué con la cabeza y me aparté de la entrada para darle paso al interior. Vi que Mario se detenía en medio del comedor sorprendido por todo el desorden que reinaba en él. Jamás había visto mi piso así, siempre que venía me encargaba de hacer una limpieza general para que viera lo buena mujer que podía llegar a ser. Qué vergüenza, no solo por lo que él presenciaba, sino por mis propios pensamientos.

—¿Estabas trabajando? —Se giró hacia mí con una sonrisa que no le llegaba a los ojos, parecía realmente afectado.

—Sí —susurré sin dar crédito a que estuviera allí y sin entender el porqué—. ¿Qué haces aquí, Mario?

Él se pasó nervioso la mano por el pelo, ese gesto que tanto me gustaba cuando salíamos ahora no me hacía sentir nada.

—Venía a disculparme por cómo te traté, no era el lugar ni el momento para mantener esa conversación, debería haber esperado a que estuviésemos aquí para contártelo. También vengo a recoger las cuatro cosas mías que se habían quedado aquí.

—Yo tampoco me comporté bien... Lamento haber armado tal escena. —Me paré unos segundos para asimilar todo lo que estaba sucediendo, y aproveché la situación que el destino me

presentaba—. ¿Qué te parece si preparo un café y lo hablamos todo?

Mario asintió y me siguió hasta la cocina mientras iba recogiendo a mi paso los pañuelos usados por toda la estancia. Nos sentamos en la isla y empezamos a hablar largo y tendido de lo que habíamos pasado y cómo habíamos llegado a tal situación. Me enterneció el momento en el que me aseguró que me quería, pero no de la misma manera que yo en ese instante. De lo duro que fue para él darse cuenta de ello y, dejando salir el dolor que durante tanto tiempo lo estuvo torturando para no hacerme daño, se derrumbó delante de mí. Yo también me sinceré con él, le expliqué todo lo sucedido ese fin de semana con Santi, y que fue donde me di cuenta y pude entender, por fin, lo que Mario me contaba referente a nuestra relación. Nos habíamos enamorado, sí. Habíamos sido felices, también. Pero todo tenía su fecha de caducidad y nuestro amor adolescente caducó cuando crecimos, cambiamos y nuestros planes no siguieron el mismo camino. Sin embargo, no queríamos perdernos porque, sin darnos cuenta, ese amor que creíamos olvidado había resistido con fuerza, aunque en forma de amistad.

El aroma del café recién hecho flotaba en el aire mientras Mario y yo nos sumergíamos en una conversación profunda y honesta.

—Quizá sea la última persona a la que quieras escuchar darte un consejo —aseguró con la mirada fija en la taza que sujetaba entre sus manos—. Pero, como muestra de que aún me importas, te lo diré: ¿dónde se encuentra la Abby amorosa que conocí? —Me observó entonces con detenimiento—. ¿Dónde está esa mujer que luchaba por el amor? Cielo —dejó su café en la encimera para agarrar mis manos entre las suyas—, quemaste todos los cartuchos, habidos y por haber, por nuestra relación. Y ahora que, con toda probabilidad, has encontrado el amor verdadero, porque estoy casi seguro de que lo es, ¿te rindes a la primera de cambio?

Sus palabras resonaron con fuerza en mi mente. Tenía razón, había aceptado la derrota y dejado en el tejado de Santi la pelota sin prestar atención a que a mí me quedaban muchas más por lanzar. Mario continuaba sosteniendo mis manos, sus ojos buscaban respuestas en los míos, y sentí que sus palabras eran un despertar, una llamada a la acción que había estado ignorando.

—No puedes dejarte vencer, Abby. No te rindas. Saca a relucir esa mujer que me tiró una bebida encima en un acto de valentía. Eres fuerte y atrevida. A veces, solo necesitamos recordarnos a nosotros mismos quiénes somos en realidad. No dejes que nuestra relación fallida te haga cerrar las puertas al futuro. Porque, tu más que nadie, merece ser feliz.

Reflexioné sobre sus palabras, y sentí una verdad demoledora en ellas. Miré alrededor, viendo el desorden en mi vida reflejado en mi hogar, pero, sobre todo, en mi corazón.

—¿Crees que estoy a tiempo?

—La esperanza siempre está ahí, Abby. Es lo último que se pierde. No puedes rendirte ante la primera adversidad. Tal vez Santi cometió un error, y tú también, pero eso no significa que no podáis superarlo juntos, aprender de ellos y seguir adelante.

Asentí con lentitud y por fin pude sonreír como no me había permitido en todos esos días.

—¿Sabes que eres un gran amigo?

Él imitó mi gesto y presencié alivio en sus ojos.

—Me alegra que pienses eso porque, como novio, dejaba mucho que desear.

—No digas eso, solo te hace falta encontrar a la persona adecuada para ello, esa que hará tambalear tu mundo y lo hará girar sin parar.

Después de terminar nuestro café y compartir unas risas tímidas, Mario se levantó para irse, pero esa vez sin la tensión del principio. Habíamos liberado nuestros sentimientos, nos habíamos perdonado y sellado un capítulo, abriendo uno nuevo protagonizado por una verdadera amistad.

Mientras cerraba la puerta detrás de él, sentí un cambio en el aire. La luz de la tarde se filtraba

por la ventana y la abrí, tomé una profunda bocanada dispuesta a enfrentar lo que viniera. Me dirigí al escritorio de mi despacho, abrí el cajón y saqué de él un papel en blanco. Después de todo, la vida seguía su curso, y yo estaba lista para escribir mi propia historia, empezando por redactar una carta con todos mis sentimientos plasmados en ella para hacérsela llegar.

Una hora más tarde, arreglada y con mejor cara, me presenté en su comisaría. Sabía que era aquella porque, tras una llamada a Martina, me dio el teléfono de Ben, se los habían intercambiado para quedar alguna noche por Barcelona.

—Hola, preciosa. —Se acercó a mi Ben, abrazándome con cariño en la sala de espera.

—Hola, Ben. ¿Cómo estás? —respondí, devolviéndole el gesto con afecto—. ¿Preparado para el gran día?

—Estoy de los nervios. ¡Mañana seré un hombre casado!

Sonreí ante su entusiasmo, se le veía perdidamente enamorado, y me encantaba.

—¿Está Santi aquí?

—Abby... no quiere salir.

—Imaginé que pasaría esto. —Agarré mi bolso, nerviosa, busqué en su interior el sobre y se lo tendí. Tenía los ojos llenos de lágrimas, esas que, por nada del mundo, dejaría salir—. ¿Se lo podrías entregar de mi parte?

Ben asintió con comprensión y lo tomó con delicadeza.

—Se le pasará, dale tiempo y espacio. Jamás lo había visto así por nada. No te puedo asegurar que sea bueno o malo. Pero en algún momento reaccionará.

Sus palabras acariciaron mi destrozado corazón y me devolvieron un poco de esa esperanza que perdí al saber que no quería verme. Le di un suave beso en la mejilla y le deseé mis mejores sentimientos para la mañana siguiente. Poco después, cuando le llamaron para una reunión, nos despedimos y salí de allí con impotencia, sin saber bien hacia dónde me dirigía, sin rumbo definido y sin mirar atrás.

CAPÍTULO 20

COSAS QUE NECESITABA SABER



Una semana y un día después

Las ganas que tenía de verme y de solucionar lo nuestro me lastimaban. La boda de Ben, el día anterior, me fue bien para desconectar. Porque, aunque lo quisiese negar, yo tampoco había podido sacármela de la cabeza. Me enamoré de Abby el día que cruzó delante de mí, sin darme cuenta. No lo vi venir porque era algo que no entraba en mis planes, porque enamorarme no era una opción. No sabía si había niveles en cuestión del amor, pero, si los había, los crucé todos cuando me dijo su nombre. Cuando vino de visita a la comisaría y yo me negué a verla y Ben me

entregó su carta, esa en la que se abría en canal y decía lo mucho que, sin pretenderlo, le gustaba, me horroricé y me desmoroné por partes iguales.

Por mucho que me dañara, no podía atarme a Abby. No quería depender emocionalmente de ella. Nunca. No podía dejar que sufriera mi pérdida si algún día me pasaba algo. Había caído en las redes del amor, sí. Pero aún estaba a tiempo de frenar el gran desenlace, en el que ella se quedaba sola, hundida y muriéndose por dentro. No lo permitiría.

Si para ello debía sufrir yo, lo haría. Estaba derrotado, dentro de un bucle del que desconocía si lograría salir. Abby ya era consciente de todo mi pesar, la razón de mi rechazo. Ella lo sabía todo. Empecé a sentir una molestia desagradable en el pecho que terminó fulminándome, quemándome el corazón por completo, escociéndome el alma. Dejé de respirar mientras hundía mis hombros de puro dolor. Me sumí en él sin saber qué hacer, solo había una persona que podría mitigarlo. Saqué el teléfono de mi bolsillo y marqué su número.

—¿Santi?

—Mamá —susurré roto mientras las lágrimas caían libres por mi rostro—. Te necesito.

Pilar

Santi me llamaba varias veces al día, necesitaba saber que estaba bien en cada momento. Si no le respondía, se presentaba en casa preocupado. Desde que falleció su padre había tomado las riendas de la familia, ocupando un lugar que no le correspondía por la edad que tenía y dejando a un lado la juventud y los placeres más maravillosos de la vida. También se convirtió en un hombre de pocas palabras, haciéndose un experto en camuflar sus verdaderos sentimientos. Y eso me preocupaba y me hacía sentir culpable por ello.

Descolgué el teléfono dispuesta a darle mi parte diario, lo que no esperé fueron esas palabras. Esas tres palabras que me dolieron y me aliviaron como nunca. Cuando colgó y puso rumbo a nuestra casa, me quedé pegada al auricular mientras observaba la fotografía familiar que tenía enmarcada encima de la mesa. La cogí y pasé mis dedos por el rostro de ese hombre, el amor de mi vida, la persona que lo había sido todo para mí y sonreí con tristeza.

—Amor, Santi por fin ha explotado. No te preocupes, estaré con él para recoger sus pedazos.

—Santi... —dijo mi madre al abrir la puerta de casa, y vino corriendo hacia mí para cobijarme entre sus brazos—. Oh, hijo mío.

Me eché a llorar como ese niño que no me permití ser delante de ella.

—Shh... Ya estás aquí conmigo. —Me acunó mientras me acariciaba—. Tranquilo, cielo, todo saldrá bien.

—He caído, mamá —le confesé entre sollozos agarrándome con fuerza a su cintura—. Yo no quería... de verdad que no quería.

—Santi, entremos. Déjame prepararte una tila y me lo cuentas todo.

—¿Podría ser un whisky?

—Es verdad, ya eres todo un hombre —dijo ella pellizcándome con cariño mi moflete—, aunque para mí siempre serás mi pequeño.

Asentí con la cabeza sin parar de llorar mientras mi madre me guiaba al interior. No sabía si sería capaz de hablar, de dejar salir las palabras que había guardado con tanto empeño en lo más

profundo de mi ser para no dañarla.

Nos dirigimos a la cocina en silencio, solo se oían mis hipidos a causa del llanto. Cogí asiento en la mesa y mi madre depositó en la encimera el vaso junto a la botella, y se acomodó delante de mí mientras sujetaba mi mano con firmeza.

—Santi.

—Estoy perdido. No sé cómo salir de este laberinto. No sé si seré capaz de hacerlo.

—¿Qué ha pasado, Santi? —me preguntó incorporándose y levantando la cabeza para obligarme a encontrarme con su mirada. Esa mirada profunda con un brillo que había recuperado y que me hacía sentir como antes. Una mirada que significaba hogar, confianza, protección y amor.

—Me he enamorado.

—Oh, cariño... —susurró, echándose a llorar de felicidad junto a mí—, eso es maravilloso. Hacía tanto tiempo que esperaba este día...

La observé confundido, ¿a qué se refería?

—Mamá, no lo entiendes...

—¿Por qué no me lo explicas?

—No puedo. Me mataría saber que hago sufrir a la persona que amo. No puedo dejar que pase por lo mismo que tú.

—¿Y qué es lo que pasó yo? —Me mantuvo la mirada esperando a que respondiera, sintiendo el dolor a través de sus ojos. Quería que lo dijese en voz alta. Jamás lo había admitido, jamás había hecho referencia a la muerte de mi padre con ella. Jamás le lloré ni me permití romperme en su presencia. ¿Estaría ahora preparado para ello?—. Dímelo, Santi. ¿Qué es lo que pasó yo?

Silencio. Ella esperó treinta eternos segundos sin separarse de mí, dándome la fuerza necesaria para, por fin, tener esa conversación que yo nos había prohibido.

—Te perdí cuando él se marchó. Casi te mueres de amor.

Ella negó con la cabeza. Se levantó poniéndose a mi lado, abrazándome con ternura.

—Eso es lo que tú te piensas, nunca me has dejado hablar de ello, siempre ha sido un tema tabú entre nosotros. No me permitiste cuidar de ti, asumiendo que yo ya no sería la misma. Cuando intentaba sacarte el tema, te ponías tan nervioso que dejé de insistir, esperando el momento en el que te rompieras y vinieras de nuevo a mí. Santi, hace tiempo que lloré a tu padre y acepté su marcha. Me dolió su muerte, pero siempre te tuve presente y supe que debía seguir adelante por ti. Cariño, fue un horrible accidente. Debemos asumirlo, sin buscar culpables y hablando de ello.

—Papa murió y tenía tanto miedo de perderte a ti también... Escuchaba como por las noches llorabas y...

—Escogiste un rol que no te correspondía, Santi, y no sabes lo que me arrepiento por ello, debí llorarlo a tu lado y no dejar que me mantuvieras en una urna de cristal, protegiéndome de todos, anulándome como madre. Me pesa tanto no haber mantenido esta conversación antes de que estuvieras así... Me duele tanto que te encuentres de esta manera habiéndolo podido evitar...

En ese momento me di cuenta de tres cosas: mi madre era mucho más fuerte de lo que me imaginaba; que esa conversación que había evitado durante tanto tiempo, ya no escocía tanto, porque el dolor, cuando se compartía, dolía menos; y que era un hombre de treinta y cinco años que estaba acojonado por dar paso a los sentimientos y vivir el amor verdadero. Había salido huyendo de Abby, convenciéndome de que era lo correcto, lo adecuado para protegerla, sintiendo que no sería capaz de amarla como se merecía, que no tenía nada bueno que ofrecerle, solo angustia, porque quizá algún día me pasaría lo mismo que a mi padre. Me rendí, me

consumí por un miedo atroz a la pérdida. Parecía que las piezas empezaban a encajar, que cada una volvía a su lugar, al lugar que les correspondía.

—Santi, cariño, no sabes lo que el destino nos depara a cada uno de nosotros. Aunque conociera el final de mi historia de amor y supiera lo mal que lo pasaría, volvería a escoger a tu padre una y mil veces. Porque los momentos compartidos y todo lo que viví con él fueron maravillosos. Y no olvidemos que me dio el mejor regalo del mundo: tú. Santi, me odiaría y fracasaría como madre si por un accidente desafortunado decidieras estar solo e infeliz por el resto de tus días. Porque el amor es lo que mueve el mundo y sin él estaríamos perdidos.

Entonces lo comprendí todo. No podía estar con ella porque la dañaría. Y no me había dado cuenta de que ya lo estaba haciendo al obligarla a olvidarme.

—Joder. —Abrí los ojos de golpe, los había mantenido cerrados sin darme cuenta, y miré a mi madre—. No puedo dejarla escapar. No puedo tomar una decisión que nos pertenece a ambos.

Mi madre cerró los ojos y sonrió. Aún estaba pegada a mí, envolviéndome entre sus brazos, escondí la cabeza en su cuello y me dejé mimar.

—Gracias, mamá. Voy a recuperarla. No puedo perder al amor de mi vida.

—No sabes lo feliz que me hacen tus palabras, cariño.

—Abby te va a encantar.

—Si ha sido capaz de hacer volver a mi hijo, no tengas dudas de que lo hará.

—Está muy loca...

Y los dos empezamos a reír sin dejar de abrazarnos.

Los siguientes días fueron una tortura, quería acercarme a Abby, hablar con ella y que me disculpara por ser tan obtuso. En varias ocasiones mis amigos y los de ella me frenaron.

Ellas estaban en Ibiza, en una escapada que le habían regalado las chicas. Debíamos ceñirnos al plan inicial que habíamos acordado entre todos, incluidos mis colegas del cuerpo de Policía de la isla, con los que me reunía una vez al año en Madrid, todos juntos. Y yo solo podía rezar para que fuera bien, que funcionara, que me perdonara y volver junto a ella para empezar esa historia de amor que había decidido comenzar a su lado.

CAPÍTULO 21

ESTA LOCA NO TE OLVIDA



Las chicas me guiñaron el ojo, como muestra de su apoyo incondicional, mientras nos sentábamos en los asientos correspondientes en el avión. El día anterior las invité a cenar en un pequeño restaurante, quería agradecerles la ayuda que me habían brindado en la locura que había sido mi vida en esa última temporada. Les expliqué con todo lujo de detalles lo que pasó con Mario y la carta que entregué a Ben para que se la diera a Santi de mi parte. Y ellas, en respuesta, me sonrieron sin entrar en detalles, cosa que me sorprendió. Quedaron conmigo esta misma mañana, tenían una sorpresa para mí que ocuparía mis siguientes días y no me podía negar. Me abroché el cinturón y me incorporé para mirarlas.

—¿Me vais a decir de una vez dónde vamos y qué estáis tramando? —pregunté sin saber aún

el destino, ya que me habían vendado los ojos hasta llegar allí y me habían puesto unos cascos con música a todo volumen para que no me enterara de nada.

—Serás impaciente, ahora lo dirá el comandante, mujer. ¡Es una sorpresa! —respondió Martina divertida.

—Tú solo déjate llevar —indicó Natalia mientras posicionaba su mochila debajo del asiento.

—Me dais miedo, la última vez fue hace dos fines de semana y todo terminó fatal.

—Chica lista, yo tampoco me fiaría —murmuró Andrea poniéndome de los nervios.

—Debería estar en casa trabajando, no subida a este avión sin saber el destino.

—Vamos a divertirnos, que te lo mereces. Has sido una valiente, Abby, y vamos a celebrarlo —comentó Natalia sin apartar la mirada del pasillo donde se encontraba un azafato bastante mono.

—Estáis locas.

—Buenos días, señores pasajeros. El comandante y todos nosotros les damos las gracias por elegir este vuelo con nuestra compañía con destino a Ibiza. La duración estimada del vuelo será de una hora veinticinco.

—¿¡Vamos a Ibiza?!

Las chicas eran increíbles, no solo eran un apoyo en mi día a día, sino que eran unas auténticas liantas y habían organizado todo ese tinglado para impedir que me quedara en casa pensando más de la cuenta. Eran adorables.

Las tres asintieron con una enorme sonrisa y, durante el tiempo que duró el trayecto, hablamos de lo bien que lo íbamos a pasar, las payas que íbamos a visitar y los pubs a los que pensábamos ir esa noche, sin olvidarnos de Pachá.

—Aún no me lo creo —dije cuando descendimos por fin del avión una hora y media más tarde—. ¿Cómo se os ocurre organizar algo así?

—Pues por cuatro motivos muy claros —me respondió Martina mientras nos dirigíamos hacia la salida en busca del coche que habían alquilado para recorrer la isla durante esos días.

—Porque te queremos —enfaticó Andrea levantando un dedo.

—Porque nuestros trabajos de autónomas nos lo permiten —irguió un segundo Martina.

—Porque nos queremos despedir del verano —mostró el número tres Natalia haciéndome sonreír.

—¿Y el cuarto?

—¡Porque nos da la real gana! —respondieron las tres a la vez lanzándose hacia mí para darnos un abrazo grupal.

—¿Se puede saber qué os habéis fumado? —Me reí al separarnos—. Gracias de corazón, chicas, sois las mejores.

¿Que me querían? ¡Ja! Todo no podía ser tan bonito. Las tres estaban desatadas, habían decidido beber hasta límites insospechados, lo primero que hacíamos al llegar a cada local era dirigirnos hacia la barra y pedir unos tequilas. Así que ya llevábamos unos cuantos en el cuerpo y el alcohol empezaba a hacer estragos en ellas. En cambio, en mí, estaba provocando el efecto contrario. Cuantos más chupitos tomaba, menos me subía, y me venían sin parar todos los recuerdos vividos con Santi aquella noche, intentando, en vano, ahogarlos en tequila. Observaba a las chicas, que se lo estaban pasando en grande, no paraban de gritar, bailar y cantar. Los hombres que se hallaban a nuestro alrededor no les quitaban el ojo y querían acercarse a ellas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Martina aproximándose a mí al ver mi mala cara.

—Que por más que bebo, no me sube.

—Mmm... ¡Ya lo sé! ¡Te han hechizado y todo lo que bebes nos afecta a nosotras!

—¿Se puede saber quién me tendría tanta manía como para hacerme esto? —Me carcajeé en respuesta.

Era la única que estaba bien de las cuatro, los comentarios de Martina y los movimientos de las demás me hicieron ver que debía velar por ellas. Genial, una escapada que habían organizado para mí y ahora me tocaba vigilarlas, conducir y, si hacía falta, sujetarles el pelo cuando echaran la pota. Estábamos en el último local, los habíamos recorrido todos con las ganas de juega que me llevaban, pero, después de mi insistencia por irnos, al final, cedieron.

De vuelta en el coche —había sido toda una odisea guiar a mis amigas borrachas hasta allí, y una vez dentro, comprobar que todas estuviesen bien y con los cinturones atados—, dejé salir un enorme suspiro y arranqué en dirección a nuestro hotel.

Si pensaba que se dormirían como unos angelitos estaba completamente equivocada.

Andrea estaba de copiloto y no dejaba de bailar como si el propio automóvil se tratara de una discoteca.

—¿Se puede saber qué te ocurre? —le pregunté desviando la mirada hacia ella—. No es típico de ti.

Andrea me miró y sonrió, sin hacerme caso. Natalia no dejaba de echarse hacia delante para subir el volumen de la música hasta casi dejarme sorda, y yo no paraba de propinarle manotazos para intentar impedirlo.

—Estoy muy mareada... —manifestó Martina, que se había puesto pálida de repente. No, en el coche de alquiler no—. Tengo ganas de potar.

—Y yo me estoy haciendo pis... —dijo Natalia con cara de apuro.

—¡Abby, para el coche! —gritó Andrea ante lo que estábamos viviendo.

Puse el intermitente y desvié el coche parándome al lado de la acera. Me bajé enseguida y me dirigí a la parte trasera para ayudar a Martina a descender del vehículo, era la que iba más perjudicada de todas ellas. Una vez que llegamos a un lugar más oscuro para evacuar, hice que se agachara y le recogí el pelo para que vomitara. Y ella empezó con su expulsión de fluidos.

—Pff... hay tropezones —se mofó Natalia al ver el pastelón de Martina.

Estaba enfadada, ¿Cómo habíamos llegado a esa situación? ¿No debería ser yo la que estuviese prácticamente inconsciente y ellas cuidando de mí? La noche estaba siendo un auténtico desastre y ellas se lo estaban pasando bomba a mi costa, mañana me oirían.

—Buenas noches. —Escuché una voz de un hombre detrás de mí—. ¿Podrían darme su documentación?

Me giré cabreada después de comprobar que Martina estaba mejor, eran unos policías con cara de malas pulgas. Otra vez no, por favor.

—Buenas noches serán para usted —dijo Martina levantándose y pasándose la mano por la boca para borrar cualquier rastro—. Yo estoy bastante mareada y acabo de potar.

—Martina....

—¿Qué?

—Cállate.

Otra noche, otra luna sin tu vida...

Esta loca, no te olvida.

No, no me lo podía creer, la historia se repetía. Me giré hacia Natalia, que tenía una mueca divertida mientras enfocaba con su cámara al madero.

—Señoritas, me temo que me deberán acompañar —se pronunció el hombre con seriedad.

Esto no nos podía estar pasando. Al cabo de unos segundos, las tres, acompañadas por el policía, nos detuvimos delante del coche patrulla que estaba justo aparcado detrás del nuestro.

—Antes de entrar debemos cachearlas.

—¿Es necesario? —pregunté nerviosa—. ¿No debería ser una mujer quien lo hiciera?

El uniformado, con malas pulgas, nos mandó callar. Las chicas y yo intercambiamos miradas de incredulidad mientras los policías procedían a revisar nuestras pertenencias y me escoltaron a mí primera para ello. Me pusieron de cara al coche con las manos separadas encima del vehículo, tenía unas ganas irrefrenables de darle un tortazo por su atrevimiento.

—Tiene la obligación a permanecer en silencio. —Esa voz... Mi corazón dio un vuelco al reconocerla—. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Está obligada a escucharme, y a saber que estoy aquí para recuperarla, dispuesto a cuidarla y amarla como se merece.

¿Qué hacia él allí? No entendía nada, volteé mi rostro hacia mis amigas, que me sonreían con socarronería. ¿Alguien me podía explicar qué estaba pasando?

—Tiene derecho a escoger una de estas dos opciones, marcándola en el papel. Si elige la equivocada, tendrá grandes repercusiones. —me mostró por un lateral las esposas—. ¿Entiende usted sus obligaciones y derechos?

Me dejó un papel y un bolígrafo encima del capó. Me reincorporé queriendo girarme para poderle ver la cara, esa que había echado tanto de menos. Sobre todo, esos ojos verdes que me quitaban la cordura. Pero sus fuertes manos me lo impedían.

Cogí la hoja y pude leer:

*Te:
AMO
QUILA*

Eso me hizo sonreír, sería capullo. Las lágrimas que había conseguido retener se derramaban ya por mis mejillas. Rodé de cara a él con el papel entre mis dedos y me perdí en esos ojos verdes con los que soñaba cada noche desde que le conocí.

—¿Qué significa esto? —pregunté, levantando la hoja.

—Significa lo que tú quieras que signifique. La elección es tuya, Abby.

—No puedo escoger sin leer la letra pequeñita y qué implica cada una de las opciones.

Santi me observó con una radiante sonrisa y mis amigas soltaron una sonora carcajada, observando la escena, con los ojos brillantes llenos de emoción.

—Te amo implica que nos perdonamos, que estamos dispuestos a conocernos, sin pretensiones, tiempos ni etiquetas, disfrutando del presente juntos y ver hasta dónde nos lleva. Eso sí, con miles de palabras edulcoradas, muestras de cariño y sexo desenfrenado. —Me guiñó un ojo, sus palabras transmitían sinceridad y la promesa de un nuevo comienzo—. Por el contrario, la opción de Tequila significa la liberación de ataduras emocionales, la oportunidad de dejarme atrás, en el pasado. Noches sin preocupaciones, sin complicaciones de ningún tipo. Hombres que van y vienen en tu cama. Quiero que sepas que con el tequila solo obtendrás una sensación momentánea, irreal.

Tenía entre mis manos dos alternativas que, de alguna manera, definirían el rumbo de mi historia de amor con Santi. Desde el momento en el que las había leído sabía cuál iba a escoger, sin embargo, después de todo lo que me había hecho pasar en esos días, mi parte demoniaca quería hacerle sufrir un poco. ¿A quién quería engañar? Deseaba a la de ya lanzarme a sus brazos. Capturé entre mis dientes el tapón del bolígrafo para sacarlo, puse el papel apoyado en el

capó y marqué con un enorme corazón la primera opción mostrándosela con una sonrisa radiante.

Santi imitó mi gesto, con los ojos brillantes por la emoción. Me agarró de la cara con ternura y me observó con adoración, como si de un momento a otro fuera a desaparecer.

—¿A qué esperas para besarme, guaperas?

Había apostado por nosotros, asumiendo que quería conmigo todas y cada una de las palabras que había dicho. El hecho de que me viniera a buscar sin saber qué escogería, dándome la opción de elegir mi camino era la mayor prueba de amor y sinceridad que me habían hecho nunca. Sin poder reprimirse más, Santi se abalanzó sobre mí y me besó con una pasión e intensidad que pusieron cachonda a más de una que lo presenciaban.

—¡Por fin, ya era hora! —chilló Martina viniendo hacia nosotros con una radiante sonrisa.

—Joder..., lo que nos ha costado entretenerla —manifestó Natalia a un Manu y Jorge que se encontraban allí entre nosotras. ¿Cómo no me había dado cuenta?

—Llegáis más tarde y todo el plan se va al carajo —informó Andrea para mi sorpresa. ¿Plan? ¿De qué diantres hablaban?—. Qué pesadita estaba la niña con irnos al hotel...

—Sí, y tener que hablar con los camareros para que le pusieran tequila sin alcohol cada vez era más difícil —resopló Martina divertida—. Y antes que preguntes, sí, hija, existe.

—¿¿Eras tú!!?

—Te necesitábamos en plenas facultades para que escogieras la respuesta correcta — me respondió Andrea escondiendo a Martina a su espalda para defenderla de mí.

Santi no había dejado de agarrarme en ningún momento, me giré hacia él con el ceño fruncido esperando respuestas.

—¿Habías hablado con ellas? ¿Todo era algo organizado?

—Bueno, quizás haya habido alguna pequeña coordinación previa —admitió Santi, besando mi frente con ternura—. Pero te aseguro que cada palabra que te he dicho es de mi propia cosecha.

—Entonces ¿todo esto fue un plan para...?

—¡Para reconquistarte! —interrumpió Martina, asomándose desde detrás de Andrea—. ¡Era de lo más romántico, Abby! Tú lo esperabas, él te había perdonado y quería estar contigo, todo lo demás fue sobre la marcha.

—¿Y si hubiera elegido Tequila? ¿Qué hubiera pasado? —pregunté, aún procesando la situación.

—En cada fiesta, en cada noche entre amigas me verías allí y yo mismo me encargaría de que pasaras la noche conmigo hasta el punto de volver a enamorarte y que escogieras la primera opción. Y si todo esto fallara, sé muy bien cómo retenerte.

—¿No es un poco creído?

—Pero sabía que elegirías la primera. Tu carta me dio la certeza.

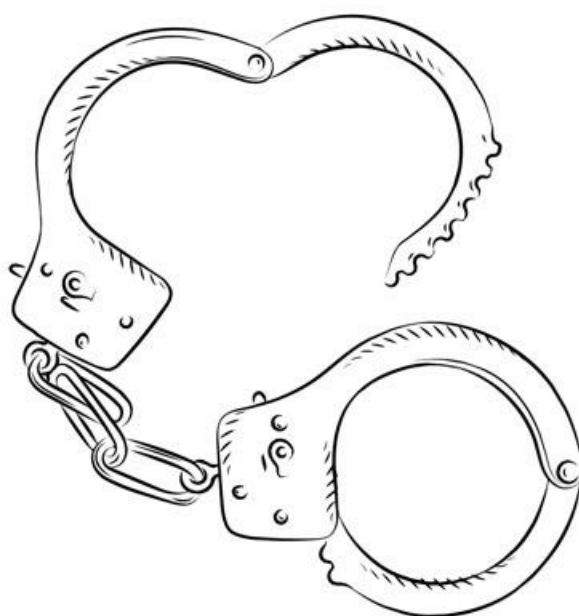
Natalia se acercó a nosotros con el móvil entre las manos.

—Tía, la cámara te adora, ¿has visto la expresión de tu rostro al escuchar su voz? Cuando lo suba, se hará viral, seguro.

Me reí, todo parecía un sueño del que no quería despertar. Enamorada como nunca, volví a apresar sus labios, mientras él me elevaba en repetidas ocasiones sujetándome fuertemente por la cadera y los demás aplaudían sin cesar.

CAPÍTULO 22

CINÉNDOSE AL PLAN



Me había perdonado, me había dicho que sí, que quería conocerme y ver hacia dónde nos llevaba toda esta locura. No tenía todas conmigo de que el plan funcionase. Pero lo había hecho. Era el momento de poner la segunda parte en marcha y toda la carne al asador. Solo esperaba impresionarla, enamorarla hasta el punto en el que yo estaba. Y, sobre todo, que nos conociéramos, no solo en el ámbito sexual, que podía intuir, por nuestro único encuentro, que sería una pasada, sino en el sentimental. Necesitaba saber cómo era ella, en todas sus formas, en todas sus etapas, en todas sus facetas.

—Felicidades, parejita —dijo Jorge mientras me daba un par de palmadas en la espalda, con una sonrisa, para después ajustarse bien la gorra—. Aunque es demasiado azúcar para mi cuerpo.

—¡Ya era hora! —corroboró Manu alzando las manos en forma de victoria—. Qué pena que Ben se lo haya perdido...

—Déjalo tranquilo, con un mensajito le bastará —respondió Jorge metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón de forma chulesca—. Está disfrutando de su luna de miel con la buena de Marga.

—Querrás decir follando como descosidos. Apuesto cien euros a que nos hacen tíos a la vuelta —puntualizó Manu haciéndonos reír a todos mientras apuntaba nuestros nombres y la elección de cada uno en su móvil. Justo después abrió sus ojos todo lo que pudo y, ante mi estupefacción, se volvió hacia Jorge para decirle—: Le debemos trescientos pavos a Ben.

—Trescientos eran si volvían juntos, cien si lo perdonaba. De momento está por ver el resultado...

—Espera, espera... No os habréis jugado dinero también con los resultados de mi plan, ¿no? Jorge y Manu se miraron de reojo, mala señal.

—Venga, hombre... —Se acercó a mí Manu, pasando su brazo alrededor de mis hombros—. Ahora esto da igual. Lo importante es que ha funcionado.

—No me lo puedo creer. Jugando con mis putas emociones. Por eso nunca quiero contaros nada —les sermoneé, aunque esta vez más serio.

—Solo queríamos ayudar a Ben... —se sinceró Manu apartándose de mí antes de que le diera un codazo en todo el abdomen.

—Él jugaba con ventaja, así que, apuesta como tal, no era —me informó Jorge con una mueca—. Pero lo hicimos igual y apostamos mal para que se llevara el dinero. Casarse es un gasto tremendo. Por lo menos, podrá recuperar algo.

Eran increíbles.

Los gritos de Martina, Andrea y Natalia, que estaban junto a una emocionada Abby, me distrajerón. La abrazaban alteradas llenas de alegría por nuestro comienzo.

—Santi —se puso a mi lado Marco, el compañero policía de Ibiza, con las llaves del coche patrulla en la mano—, nos vamos, si necesitas algo más, ya sabes dónde encontrarnos. De todas formas, nos vemos mañana.

Asentí y le agradecí de nuevo todo lo que había hecho por nosotros, sin preguntar ni esperar nada a cambio.

—¿Y ahora qué? —preguntó Abby viniendo hacia mí junto sus amigas al ver marchar a nuestros compañeros de la isla.

—Ahora, pequeña Abby, sabrás a qué sabe el sexo de reconciliación —le susurró Martina a la oreja, aunque lo suficiente alto para que la escuchásemos todos los demás—. Te adelanto que es uno de los mejores.

Al oírla, Jorge resopló. En cambio, Manu se posicionó delante de ella y le chocó los cinco. Daba miedo lo mucho que esos dos se parecían.

—Eso tendrá que esperar.

Todos se giraron hacia mí, con curiosidad. Después de lo sucedido con las apuestas, no volvería a pasar. Así que cogí la mano de Abby y me la llevé, apartándola de los demás. Necesitaba estar a solas con ella.

—¿Por qué tanto secretismo? ¿Tienes algo que decir que ellos no puedan saber? —me cuestionó ella con una sonrisa que no había desaparecido aún de su rostro, curiosa—. Debo advertirte de que ya te has expuesto ante todos, Santi. Ahora, haz lo que haz, digas lo que digas, no sorprenderá a nadie. Has dejado el listón muy alto.

—Créeme, lo sé —suspiré, negando con la cabeza, rindiéndome—. Sin embargo, aún hay

cosas que no me agrada compartir, ya sabes...

—Sí. Tu forma de no dejar entrar a nadie en tu interior me preocupa. Aunque debo admitir que me alegra saber que tienes unos amigos con los que, al final, por poco que sea, te has abierto. Y que vuelvo a formar parte de esas personas en las que confías lo suficiente para mostrarte tal cual eres. —Abby posicionó su mano en mi mejilla, acariciándomela con suavidad para terminar pellizcándome el pómulos—. Gracias por perdonarme y por venir a por mí...

Mantuve su mano allí, necesitaba su contacto, me tranquilizaba.

—Sé que puedo parecer un tempaño de hielo, que a la gente le cuesta tener simpatía hacia mí por mi forma de ser, de mantenerme al margen, de dar una imagen de impermeabilidad, como si todo lo que sucediera a mi alrededor me patinara. Como si no necesitara a nadie y huyera de las emociones. Un hombre comedido, distante. Pero eso no significa que no sienta, Abby. Y contigo he sentido de todo, desde el momento en el que te conocí. Aunque me cueste horrores expresarme. Y ahora mismo me siento como un puto pez fuera del agua.

—Pues para no saber cómo encajarlo lo estás haciendo francamente bien...

—Estoy trabajando en ello. Pero para eso necesito que seamos sinceros, Abby, que confiemos el uno en el otro. Sin mentiras, sin una falsa imagen que sostener. Quiero que veas lo que hay; algunos días serán increíbles, otros días me querrás matar, unos seré muy cercano y otros tantos me verás escapar. Estoy aprendiendo a no juzgarme, a darme permiso para ser humano, con mis triunfos y mis decepciones y pidiendo ayuda a la gente que se encuentran dentro de mi zona de confort, buscando abrigo en ellos. Y quiero que hagas lo mismo. Por ti, por mí, por los dos. Quiero que empecemos de cero, con más calma, con más amor. Quiero valorar tu compañía, sin que nada ni nadie nos vuelva a dañar.

Abby asintió con lentitud, sus ojos se habían humedecido, me acerqué a ella y la envolví en mis brazos, apretándola fuerte contra mí.

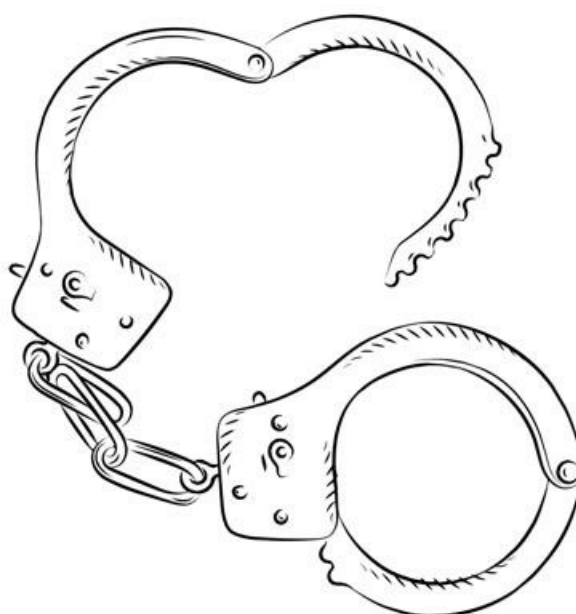
—Tranquila, canija... lo tengo todo controlado.

—¿Canija? —Se revolvió para mirarme a la cara, con una media sonrisa en los labios—. ¿Ya estamos en este punto? Esto sí que no me lo esperaba... —Me encogí de hombros ante su reflexión, se me había escapado ese apelativo cariñoso. Aunque no me molestaba en absoluto—. Me encanta... —se sinceró, y justo después me dio un piquito en los labios que me supo a poco.

—Ahora, centrémonos en lo importante.

CAPÍTULO 23

NO ME HAGAS ESTO



Último día en Ibiza

Desde que Abby aceptó mi propuesta, cada día fue una puta revelación, descubriendo una nueva faceta de mi propia alma que desconocía. Lo que empezó como una toma de contacto para conocernos y darnos una oportunidad como pareja, se transformó en una conexión que desafiaba la lógica y la razón. Le sugerí una aventura emocionante a través de las azules costas de la isla, con paseos llenos de adrenalina en moto acuática, vuelos atrevidos de *flyboard* y saltos vertiginosos de puénting. Actividades, que, en el pasado, estaban diseñadas para ahuyentar los fantasmas que me perseguían, haciéndome sentir libre y vivo. Aunque, esta vez, añadí esa parte

de mí que no sabía que existía, con paseos llenos de confesiones que nos susurrábamos bajo el manto estrellado del Mediterráneo. Compartiendo con ella mis calas secretas, mostrándole esas partes de mí que jamás creí capaz de revelar. Y ella, joder. Se abrió a mí como una flor en primavera, vibrante, bella y llena de energía. Nunca imaginé que tuviésemos tanto en común y me encantaba.

Me prometí antes de salir en su búsqueda, ir despacio. Pero, cada momento que pasaba a su lado, hacía que mi corazón deseara acelerar el tiempo, saber más de ella, estar más tiempo juntos. Las risas que compartimos, las miradas llenas de pasión que cruzábamos, la chispa; ese destello en sus ojos que me decía que ella también sentía ese magnetismo inexplicable que nos unía. Nuestros retos, esos desafíos que nos empujaban a nuestros propios límites, explorando nuestras pasiones y miedos, construyendo, sin apenas darnos cuenta, algo que iba más allá de la atracción física que nos unió cuando nos conocimos. Algo que se forjó durante esa semana a fuego lento, con honestidad y respeto. Vi a mi canija en sus momentos de duda, y ella los míos. Y, todo eso, sumó puntos a ese hermoso lío en el que nos habíamos metido, al borde de nuestro propio precipicio, no del peligro, sino algo mucho más aterrador a la par de maravilloso: el amor.

Fueron los cinco días más bonitos y perfectos de mi vida, quitando el desplante que les dimos a nuestros amigos el día de su partida enviándoles un mensaje del rollo «no molestéis, ya os avisaremos cuando lleguemos a Barcelona», y sin presentarnos en el aeropuerto para la despedida. Estaba justificado, no quería que nadie rompiera esa burbuja que habíamos creado. Nos lo harían pagar, no lo dudaba, pero en esos momentos mi prioridad era ella, ya acataríamos con las consecuencias cuando volviésemos.

—Se me ha hecho cortísimo... —Se sentó Abby en el filo de la cama mientras terminaba de empacar las prendas que había en ella.

—Quedémonos más tiempo —susurré pegándome a su espalda, rodeándola con mis brazos.

—No podemos. —Se carcajeó y depositó un pequeño beso en uno de mis tatuajes, para justo después separarse de mí—. Tengo que trabajar, y tú también. Creo que ya va siendo hora de encender nuestros teléfonos y volver a la realidad.

Los habíamos apagado luego de avisar a todo el mundo para que no se preocupasen. Volver a la realidad, qué mal sonaban esas palabras en su boca. Porque la realidad no me apetecía lo más mínimo. No poder verla ni besarla durante días y esperar para coincidir sería una tortura. No solo eso, me había acostumbrado a dormir junto a ella, los dos bien acoplados como si lo hubiésemos hecho toda nuestra vida.

Aquella mujer que un día apareció en mi mundo, y gracias a la cual, a pesar de los engaños que la trajeron hasta mí, volví a bajar los muros que había establecido a causa de mis traumas y me enamoró hasta las trancas, hizo que tomara la maldita decisión. No quería volver, no estaba dispuesto a separarme de ella, ni a dormir de nuevo solo por las noches en mi pequeño apartamento.

Sonriendo y seguro del paso que estaba a punto de dar, la observé pelearse con la maleta con tal de cerrarla. Pero, antes de lanzarme a pedirle lo que hacía escasas horas que me rondaba por la cabeza y que por fin me iba a animar a verbalizar, recibí una llamada justo al encender mi móvil. La pantalla iluminada mostraba un nombre que me ponía los pelos de punta, y que, si hubiese sido cualquier otro, habría ignorado hasta llegar a Barcelona. Sin saber a qué me atenía y con una disculpa muda a Abby, mientras le señalaba el teléfono, me alejé a la terraza para responder.

—Sí —contesté intentando mantener una voz neutral y seria.

—Malas noticias.

Justo lo que me imaginaba, Alfonso, mi jefe, jamás llamaba para algo bueno.

—Te escucho.

—La operación en la que trabajamos ha sido delegada al CNI.

Me tensé ante sus palabras. La cosa se complicaba por momentos, eso quería decir que el caso era para departamentos superiores y que nosotros no podíamos hacer nada al respecto.

—Alfonso, ve al grano. Nunca nos ha gustado el juego del gato y el ratón.

—Te necesitamos en Madrid, Santi. No solo como parte de la operación, sino en un cargo nuevo dentro del CNI. Un ascenso que conlleva mucha más responsabilidad... y riesgo. Dado tu rango, experiencia y habilidades, eres el candidato perfecto.

Madrid. Ascenso. Responsabilidad. Riesgo. El corazón me dio un vuelco. No solo significaba dejar a mi madre y a mis amigos, ahora también implicaba abandonar a Abby. La idea de mantener una relación a distancia, de los peligros que corría por mi nueva posición, me estremeció.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté mientras intentaba asimilar toda la información.

—No te quiero engañar. No es un trabajo de unos meses, Santi. Estamos hablando de un ascenso significativo. Deberás estar al frente de operaciones críticas, supervisando equipos, tomando decisiones muy importantes que afectarán la seguridad nacional. Este es un compromiso de años, quizá incluso hasta tu jubilación.

Si me hubiese llegado esta noticia un mes antes, ahora mismo me encontraría saltando de la emoción. Era el tipo de oportunidad que siempre había soñado, pero nunca imaginé que llegaría en este momento y con un precio a pagar tan elevado.

—¿Cómo afectaría esto a la seguridad de mi familia?

—Santi, sabes muy bien que este trabajo conlleva riesgos más elevados que el de ahora. Si aceptases, tendrías que mantener tu identidad en secreto para la seguridad de los tuyos.

Lo sabía, claro que lo sabía. Sabía muy bien todo lo que significaba aceptar el puesto. Sin embargo, necesitaba oírlo de su boca para hacerlo real. No pude evitar pensar que todo por lo que había luchado esos últimos días, se acababa de romper en mil pedazos. No puede evitar pensar de nuevo en como mi madre había vivido bajo la sombra de la pérdida de mi padre, algo que jamás querría para Abby. Todos mis miedos e inseguridades habían vuelto a aparecer.

—No puedo responderte ahora, Alfonso. No es una decisión que deba tomar a la ligera.

Él suspiró.

—Lo entiendo, sé todo lo que estás poniendo en juego. —No, no tenía ni idea—. Pero, Santi, el tiempo corre y el CNI quiere una respuesta pronto.

Colgué y me quedé paralizado mientras observaba el horizonte, perdido en mis pensamientos. La escena de una vida junto a Abby y de pedirle que se fuera a vivir conmigo se había esfumado ante la propuesta y los riesgos que corría al acceder a ella.

Después de unos segundos que se me antojaron eternos, regresé al interior y me encontré que Abby me miraba dudosa y su mente parecía trabajar a mil por hora.

—¿Qué pasa? ¿Va todo bien?

Aún no había encontrado la manera de explicarle toda la situación, y hasta que no lo hiciera, sin revelar más de lo necesario, aunque me doliera, debía evitar la conversación costara lo que costara.

—Supongo... —intenté desviar el tema mientras formaba una sonrisa que no me llegaba a los ojos, y evité su mirada para que no sospechara nada—. Solo era trabajo.

No era el momento para discutirlo, no hasta que tuviera claro sobre qué significaría eso para nosotros, para nuestro futuro. No paraba de repetirme eso para justificarme.

Abby asintió, aunque por su expresión me mostraba con claridad que no estaba para nada convencida con mi respuesta. Podía leer la preocupación en su rostro, esa intuición que tenía ahora conmigo porque me conocía mucho mejor.

—Creo que te he demostrado que puedes confiar en mí, Santi... —Se acercó a mí y me cogió de la barbilla, moviéndola, para que la mirara—. Sea lo que sea, lo solucionaremos juntos —me suplicó en un susurro lleno de miedo—. Dijimos que ante todo seríamos sinceros, que la base de nuestra relación sería la confianza. Por favor, no rompas ahora todas nuestras promesas... Eso me mataría.

Sus palabras me golpearon con fuerza, cada sílaba cargada con nuestra verdad, su mano rozándome la cara y su mirada implorante; rompió el muro que intenté levantar para protegerla.

—Me ha llamado mi jefe —dije con la voz temblorosa, revelándole la tormenta interna contra la que estaba luchando sin descanso—. El caso en el que he estado trabajando estos últimos meses ha sido delegado a la CNI.

Abby asintió ante mi declaración.

—¿Y eso es malo?

—No, lo malo es la oferta que me ha hecho. Una oferta que lo cambiará todo.

—¿Qué tipo de propuesta?

—Un ascenso. —Ella abrió los ojos de par en par, sin entender realmente lo complicado de la situación—. Un nuevo cargo dentro de la CNI, en Madrid. Una vida nueva, que, si la acepto, me obligará a alejarme, a alejarnos... Significaría dejar Barcelona y todo lo que conlleva.

—Y ¿qué has decidido? —preguntó reteniendo el aire en sus pulmones, su voz apenas era un susurro.

—No lo sé —admití pasándome la mano, desesperado, por el pelo.

—¿Que no lo sepas tiene que ver conmigo?

Claro. Claro que tenía que ver con ella. Todo, desde que la conocí, giraba a su alrededor. Mi mirada habló por mí y Abby, agarrándose de las manos con fuerza, mostrándome todo su apoyo, me contestó.

—No quiero ser la razón por la cual rechaces algo así. Te quiero más tuyo que mío. Te quiero libre. Te quiero tomando tus propias decisiones y librando tus propias batallas. Si esto es lo que quieres, si esto es lo que necesitas hacer, entonces yo estaré aquí, esperándote.

—Abby... Yo no puedo ser la razón de que vivas constantemente con miedo, con temor a que algo me pase, con pánico a vivir lo mismo que mi madre. No podría soportarlo, Abby. Me niego a vivir pensando que cada despedida podría ser la última.

—Y yo no podría perdonarme si te retuviera a mi lado, sin permitir que pudieras saber todo lo que podrías llegar a ser. —La sinceridad y el amor en su voz eran palpables, y derribaron las últimas barreras de mi resistencia. La quería. La amaba. Ella acercó su boca a la mía y me dio un tierno beso, lleno de todas esas cosas bonitas que había estado dispuesto a perder por el miedo. La perspectiva de una vida sin Abby, de días y noches sin su risa, sin su apoyo, sin ella, era inimaginable, incluso más que los riesgos que mi nuevo cargo podría implicar—. Sea lo que sea, cariño, estaré contigo.

—Juntos. —Abby asintió con los ojos repletos de lágrimas, esas que yo besé hasta hacerlas desaparecer—. Canija, un te quiero se me queda corto.

Ella sonrió y se abalanzó sobre mí para besarme con descaro. Un rato después se separó por falta de aire, me miró con picardía abanicándose con la mano por la subida de temperatura repentina.

—¡Madre mía, Santi! ¡No había caído! Si el Santi de ahora, uniformado, me pone a mil, el

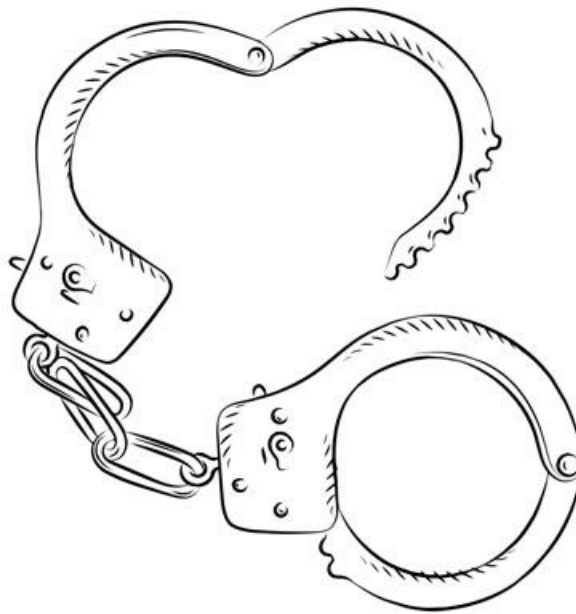
Santi del CNI me lo follaría ahora mismo.

Me carcajeé sin poder evitarlo, solo ella, con esta situación tan tensa, podía conseguir este efecto en mí. Con un todo va a estar bien resonando por fin en mi mente, la cogí por la cintura dispuesto a cumplir cada cosa que el amor de mi vida me propusiera.

—Entonces, canija, no sé a qué esperas, imagínatelo y hazlo.

EPÍLOGO

QUÉDATE TODA LA VIDA CONMIGO



Dos años después

Estaba en la habitación del hospital, vestido con el uniforme verde de las operaciones quirúrgicas, sujetando con fuerza la mano de Abby y esperando con paciencia el momento en el que la enfermera entrara para entregarnos a nuestro primer hijo. Había sido una valiente, al llegar estaba ya tan dilatada que no le pudieron poner la epidural y terminó pasando por un parto natural en el que me chillaba muerta de dolor y me ponía de vuelta y media por haberla dejado embarazada.

—Santi, prométeme algo.

—Lo que sea, mi amor.

—Prométeme que no tendremos más hijos. No sé si podría pasar por esto de nuevo.

En sus ojos veía una vulnerabilidad que nunca antes había presenciado. Me preocupaba verla sufrir tanto, así que, sin dudar, le hice la promesa, aunque en mi interior la idea de ser padre nuevamente no me desagradaba del todo, sobre todo porque quería ir a por la niña.

Había vuelto de Madrid un año después, cuando, por fin, terminé el caso y decliné la oferta que me proponía el CNI. No quería permanecer más tiempo alejado de Abby. Nos fuimos a vivir juntos y sentí que había tomado la decisión correcta, regresando al sitio donde correspondía, al lado de mi familia, de ella. Mi canija, que, con una paciencia infinita, me animó a perseguir mis sueños, y ahí me di cuenta de que mi sueño era ella.

En el bolsillo de mi pantalón llevaba una pequeña cajita, y esperaba el momento perfecto para formular la pregunta que hacía tanto tiempo que quería hacerle. Las paredes de la estancia estaban adornadas con dibujos infantiles y el suave murmullo de conversaciones de otras habitaciones se filtraba en la nuestra cuando por fin llamaron con los nudillos a nuestra puerta.

—Papás, aquí os traigo a vuestro precioso hijo bien limpito.

La enfermera entró con nuestro bebé en brazos, envuelto en una manta suave y con unos ojitos que exploraban el mundo al que recién había llegado. Abby y yo intercambiamos miradas llenas de emoción y asombro mientras ella recibía en sus brazos a la personita que cambiaría por completo nuestras vidas.

—Un niño sano y hermoso.

Lo miramos con asombro y felicidad, dejándonos llevar por la ternura del momento. Llegaba la hora. Me encontraba nervioso y mis manos me temblaban, mientras ella, con suavidad, retiraba la manta que cubría a nuestro hijo. Sus ojos se abrieron por la sorpresa al leer la frase que ponía en el boddy.

«Mami, ¿quieres casarte con papi?».

Era mi forma de involucrar a nuestro hijo en el momento especial que estábamos a punto de vivir. Abby no pudo detener las lágrimas por la emoción.

Sin dudarle, me arrodillé frente a ella sosteniendo la cajita con el anillo. La habitación del hospital se llenó de un silencio solemne y emocionado mientras esperaba la respuesta.

—Sí, claro que quiero.

Justo en ese momento entró toda la familia para felicitarnos por partida doble, les había avisado con tiempo la noche anterior, cuando justo entramos en el hospital porque Abby había roto aguas. Mi madre, con una sonrisa radiante, se acercó a nosotros y nos abrazó con fuerza, recordándome la importancia de luchar por lo que amamos y cómo, a pesar de las adversidades, el amor verdadero siempre encuentra su camino. Con el anillo brillando en su dedo y nuestro hijo en brazos, Abby y yo nos miramos con la certeza de que, pasase lo que pasase, estábamos listos para enfrentar juntos todos los desafíos y disfrutar de las alegrías que la vida nos tenía reservadas.

Fin



NOTA DE AUTORA 2

¡Hola de nuevo!

Queridos lectores, si habéis llegado hasta aquí, primero, y ante todo, os debo un enorme GRACIAS. Gracias por leerme, y espero de corazón haber provocado en vosotros todo lo que esta historia despertó en mí: risas, lágrimas, un poco de miedo y, sobre todo, mucho mucho amor. Me siento muy agradecida de haber compartido cada uno de esos sentimientos con vosotros.

Como os dije en mi primera nota de autora, antes de decir adiós (o mejor dicho, hasta luego) a esta novela, me guardaba un último as en la manga: un capítulo extra que os espera con impaciencia al girar la página. Este pequeño regalo es mi forma de deciros que aún queda mucho por vivir, descubrir y sentir.

Pero, eso sí, viene con un pequeño pero importante aviso: si preferís mantener el misterio y la emoción intacta para el próximo libro, este es el momento de parar de leer. Este capítulo es una ventana a lo que está por venir y, con ello, inevitablemente, trae spoilers.

Sin embargo, si la curiosidad os pica tanto como a mí y no podéis resistiros a un adelanto, os invito a que continuéis, esperando que os encienda esa chispa de intriga y emoción por saber qué pasará ahora.

Así que, queridos lectores, la decisión es vuestra.

Nos vemos en la próxima página. O no...

La elección es completamente vuestra, pero, sea cual sea, os agradezco de todo corazón haber llegado hasta aquí conmigo.

¡Hasta la próxima aventura!

Anna

CAPÍTULO EXTRA

MARTINA



Unos tenues pero molestos rayos de luz se filtraban a través de las cortinas. Abrí los ojos y la cabeza se me resintió con un martilleo que me provocó un agudo dolor. ¿Dónde estaba? Era una de las habitaciones de hotel que había reservado con Andrea y Natalia. Sin embargo, ellas no estaban conmigo y la estancia lucía como un campo de batalla. Las sábanas yacían arrugadas en el suelo y el aire estaba impregnado de un penetrante olor a alcohol, como si de una destilería de tequila se tratara. Había miles de prendas desperdigadas por ahí. Me revolví en la cama y parpadeé tratando de enfocar mi visión. Y, al girarme, me lo encontré. No podía ser. Allí, desnudo, como Dios lo trajo al mundo y durmiendo a pierna suelta estaba Jorge, mi enemigo declarado.

¿Qué demonios había sucedido anoche? ¿Qué hacía él allí de esa guisa? Mi mente se puso a mil por hora intentando evocar los recuerdos borrosos y fragmentados de aquella noche. Risas, chupitos de tequila, bailes, discusiones con él...

Pero, por más que lo intentara, no sabía cómo habíamos terminado en esa situación, en esa cama y, muy a mi pesar, desnudos.

El pánico se apoderó de mí cuando observé que en mi dedo anular izquierdo, como si fuera un anillo, tenía colocado... ¿Qué diantres era eso?! Lo acerqué a mi nariz y, efectivamente, era un aro de cebolla. ¿Cómo había llegado allí?

Interrumpiendo mi verborrea mental, el timbre del teléfono de Jorge retumbó en la estancia. Él, estirándose sin percatarse de quién estaba a su lado, lo silenció y volvió a dormirse. Perfecto. Segundos después recibió otra notificación, desesperado lo abrió y, de golpe y porrazo, cuando se percató de que me encontraba a escasos centímetros y al ver lo que le habían mandado, palideció.

Me acerqué a él y desvié la mirada hacia su móvil, y las fotos que aparecieron en la pantalla me sentaron como un puñetazo en el estómago. En las imágenes salíamos nosotros dos, vestidos de blanco y muy contentos. En la siguiente, aparecía Jorge arrodillado ante mí con el aro de cebolla. Y las otras eran de nuestro enlace rodeados de gente que ni conocíamos.

No podía ser. Me negaba a creérmelo. Era todo tan ridículo... ¡eso solo ocurría en las películas!

Nos habíamos casado, al más puro estilo ibicenco, con un rollito que me recordaba a Las Vegas y con un aro de cebolla como prueba.

Jorge, por fin, reparó en mí y su mirada se oscureció.

«Amiguito, a mí tampoco me gusta lo que veo, así que, ponte a la cola de la gente enfadada con el mundo que yo soy la primera».

De golpe su teléfono volvió a sonar, esta vez se trataba de una llamada. Jorge se levantó de un salto y me arrojó la sábana mientras vocalizaba un «tápate» enfundándose los calzoncillos que había encontrado.

—Dime —respondió él con boca pastosa. ¿Quién era? Jorge no paraba de negar con la cabeza, ¿qué le estarían diciendo?—. No, no es real. Sí, está a mi lado. Ahora pongo el altavoz.

—¿Martina?

—Sí —contesté sorprendida. ¿De qué iba todo aquello?

—Soy Tania, la representante de Jorge. Ahora que ya estamos todos, quiero que sepáis que las fotografías de vuestro enlace han sido filtradas a la prensa. He conseguido eliminar las más escandalosas.

Palidecí, eso era una puta pesadilla y quería despertar cuanto antes.

—Esto no es real —repitió Jorge como un mantra. Claro que no, era una locura—. Esto no es real...

—¿Tú eres así o es que te dan apagones cerebrales? —Miré a Jorge con mala cara, así no ayudaba. ¿Dónde estaba el chico resolutivo que pensaba que era?

—Eh, tranquilos. Jorge, sí lo es, lo he hablado con el abogado y es tan real como el aire que respiras. Toda la documentación está formalizada.

No, no, no.

—Y algo se podrá hacer, ¿no? —pregunté al borde de la desesperación mientras me sacaba el dichoso anillo grasiento del dedo y se lo tiraba a Jorge a la cara.

—Si es lo que queréis, podría buscar la manera de anularlo.

Jorge y yo, por primera vez en la vida, nos pusimos de acuerdo y nos miramos a la cara

sonriendo, ¡había solución!

—Pero... —continuó Tania haciendo que nuestro rostro se congelara, no me había gustado nada de nada ese pero—. Han contactado conmigo de un famoso programa de televisión para cocineros de renombre. ¡La gente se ha vuelto loca con vuestra boda! Y me han propuesto que participéis... como pareja.

—¿Cómo?!—respondimos Jorge y yo al unísono.

Tania nos explicó emocionada que los medios de comunicación estaban entusiasmados con la noticia de que un chef de estrellas Michelin como Jorge y una crítica gastronómica como yo hubiesen hallado el amor entre bocados. Y de ahí surgió la oferta succulenta que le habían puesto encima de la mesa. Si aceptábamos entraríamos a formar parte del mayor *reality show* culinario del mundo. Una oportunidad inigualable para impulsar, aún más, nuestras carreras.

Los dos nos miramos sin mediar palabra, asombrados y con una mezcla de preocupación y confusión.

—Si aceptáis deberéis continuar con la farsa de vuestro matrimonio. ¿Estáis dispuestos a ello o inicio la cancelación de todo?

Jorge y yo nos enfrentábamos a una decisión que cambiaría nuestras vidas por completo. ¿Hasta dónde seríamos capaces de llegar para alcanzar el máximo reconocimiento? ¿Seríamos capaces de seguir ese engaño en público, en nuestras vidas y, lo que era más importante, en la cocina?

AGRADECIMIENTOS

Hay muchas personas a las que debo mi gratitud con este libro, pero quiero empezar de una manera un poco inusual.

Gracias al taxista que se convirtió, sin saberlo, en la mejor parte de esta increíble aventura. Te prometo que plasmaré la escena como se merece en el libro que corresponde. Gracias por convertir un simple viaje en taxi en una experiencia digna de ser contada, demostrando que, a veces, lo inesperado es lo más memorable y divertido.

A mi marido, por una locura más que no frenas. Gracias por tu comprensión, tu paciencia y por no tacharme de desequilibrada. Gracias por estar siempre a mi lado, por apoyarme y por creer en mí, incluso cuando mis ideas parecen sacadas de una película de ficción.

A mi familia y amigos, que han soportado mis ausencias. Vuestra paciencia y vuestro apoyo incondicional han sido el combustible que me ha mantenido en movimiento incluso en los días más difíciles. Gracias por entender mi pasión, por celebrar mis victorias y por consolarme en mis fracasos. Sin vuestro amor y apoyo este libro no sería lo que es.

A mi correctora Laura, por los miles de emails, por nuestras reuniones semanales que tanto me ayudan. No solo has pulido este manuscrito hasta hacerlo brillar, sino que también eres un pilar fundamental para mí y mis novelas. No sé qué haría sin ti.

A mis lectoras cero, @mimilovebooks, @notrepetitslecteurs, gracias por uniros a este viaje y aportarme vuestras más sinceras críticas. El resultado que veis es gracias a vosotras.

A mis queridos lectores, que con cada página que giráis, dais vida a las palabras que escribo.

A todos vosotros, gracias desde lo más profundo de mi corazón.

Anna Vibes

Libros de este autor

[¿Y si nos conocemos?](#)

Un libro donde nada es lo que parece.

Una novela de segundas oportunidades.

Una amistad que va más allá de los límites que dos desconocidos pueden compartir.

Cuando Mía abandona su trabajo de teleoperadora tras un episodio de acoso sexual, encuentra una nueva oportunidad como probadora de juguetes sexuales, pero su vida da un giro inesperado tras una llamada telefónica con la que planea avivar la relación con su novio y probar el primero de los artilugios.

Hugo ha vuelto a Madrid después de cinco años, tras descubrir la infidelidad de su novia, con un único propósito: tomar las riendas de su vida y abrir un local de música en directo con el que siempre fue su mejor amigo. Pero una noche recibe una llamada de teléfono que lo cambiará todo.

Mía va a casarse con el amor de su vida; Hugo ha descubierto el amor y lucha por demostrar que es correspondido.

Una llamada telefónica los une más de lo esperado.

Una boda truncada los separa cuando se acaban de encontrar.

Quizá poner tierra de por medio sea la única solución...

Los lectores han dicho:

«Un libro donde nada es lo que parece. Una novela de segundas oportunidades. Una amistad que va más allá de los límites que dos desconocidos pueden compartir». mimilovebooks

«El ritmo de lectura es muy ágil y rápido. No dejan de pasar cosas en ningún momento, y, en parte, eso hace que quieras seguir leyendo para saber qué va a pasar(...) Sin duda, ha sido una lectura diferente». surroundedby_books

«Una novela ligera y divertida, que engancha desde el principio, ideal para leer entre lecturas y con un punto spicy». anoseinabook

[Nuestro estúpido intento de solucionar el mundo \(Mardeleva 1\)](#)

Cuando todo se ha dicho ya, ¿qué más puede pasar?

El fin de año en Canarias con Enrique y su familia puede ser el plan perfecto para Olimpia, a pesar de tener que celebrarlo con Jared, uno de sus hermanos, porque además de sufrir sus desplantes, Olimpia debe lidiar con el intenso deseo que siente por él.

Cuando Jared descubre quién es en realidad Olimpia Trías, y que esta participa en el secreto que Enrique intenta ocultar, un odio visceral se apodera de él y no puede tolerar que la novia de su hermano Enrique disfrute de esas fechas tan señaladas con su familia.

Una tregua inquebrantable entre ambos los llevará a pasar juntos más tiempo del que quisieran... hasta que toda la verdad explota y salta por los aires.

Sin embargo, ¿qué sucederá cuando sus corazones se encuentren y descubran que su conexión y su atracción física tira por tierra todos sus planes?

Un alma destrozada por la tragedia, los secretos, el engaño y muchos malentendidos.

Unas navidades reveladoras, una familia que le abrirá las puertas de su casa y una verdad que hará tambalear su vida.

¿Serán suficiente los sentimientos que han surgido entre ellos para que Jared pueda liberarse de las cadenas que lo atan al pasado? ¿Serán capaces de cerrar el libro que tanto les tortura y escribir juntos una nueva historia de amor?

Los lectores han dicho:

«Anna es una escritora de 10, te atrapa y te hace partícipe de la historia con solo dos líneas y eso me encanta de ella, ya lo dije una vez y siempre lo volveré a repetir... FAN FAN FAN para siempre!». @mimilovebooks

«Es una bella historia de romance, superar el pasado y una enemistad con toques de amistad y más». @monibookscol

«Esta historia me ha tenido enganchadísima. Empezando por el odio que se tienen los protagonistas, siguiendo por el pasado traumático de Jared y terminando por el desenlace de la historia». @carmenbooks14

«¡Esta lectura me ha encantado porque literalmente se bebe! Es muy ágil, los capítulos son cortitos y te atrapa desde la primera página. @notrepetitslecteurs

La fórmula exacta de la felicidad (Mardeleva 2)

Él buscaba sanar cicatrices que la pandemia dejó en su alma.

Ella encontrar el equilibrio y la fuerza para seguir con su vida.

Un reencuentro que pondrá sus mundos patas arriba.

La pandemia no fue fácil para nadie. Tampoco para Liam. Pero su familia no está dispuesta a abandonarlo ahora, cuando más los necesita. Por eso, un retiro en Cantabria, con yoga y surf, inmerso en la cultura japonesa, es el regalo perfecto para él.

La salud de Raquel pende de un hilo. Y descansar es lo que más le conviene en este momento. De ahí que deba suspender las clases de yoga aéreo. Sin embargo, y aunque lo intenta con todas sus fuerzas, relax no será lo último que encuentre durante los siguientes días.

Un lugar que lo tiene todo para ser idílico, un reencuentro casi increíble, una lucha absurda contra lo evidente... y un obstáculo que, a pesar de parecer insalvable, los unirá para siempre en la búsqueda de la fórmula exacta de la felicidad.